
3 1761 05503031 6







O QUE SE POR MI

SERIE CUARTA

[illegible]

# LO QUE SE POR MI

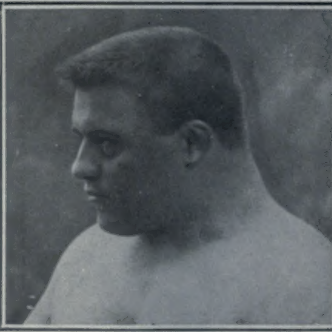
---

## SERIE CUARTA

CONTIENE CONVERSACIONES DEL CABALLERO AUDAZ CON MARÍA PALOU, EMILIO THUILLIER, EUGENIO SELLÉS, OCHOA EL LUCHADOR, RUSIÑOL LITERATO, LA ARGENTINITA, EMILIO CARRERE, RAQUEL MELLER, MÉNDEZ ALANÍS, LORETO PRADO Y ENRIQUE CHICOTE, ANTONIO DE HOYOS Y VINENT, RAFAELA ABADÍA, GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA, HUERTAS EL EX PRESIDENTE, JUAN MANÉN, ENTRE HÉROES INVÁLIDOS, UN LADRÓN DE GUANTE BLANCO, JACINTO OCTAVIO PICÓN, «EL CABALLERO AUDAZ» Y JOSÉ MARÍA CARRETERO, JOSELITO. :: :: :: :: :: ::





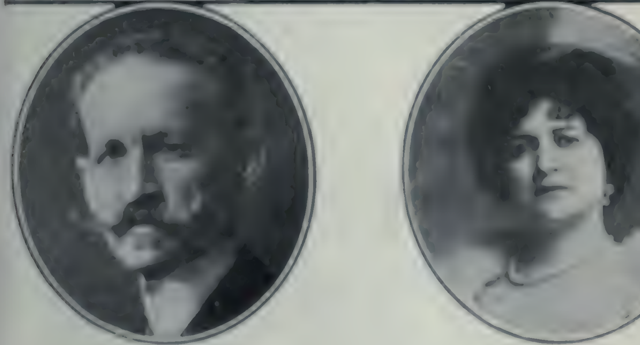













# LO QUE SÉ POR MÍ



EL·CABALLERO·AUDAZ

[José María Carretero]

# LO·QUE·SÉ·POR·MÍ

(Confesiones del siglo)

*Serie cuarta.*



EDITORIAL·MUNDO·LATINO
·MADRID·

Tip. Yagües —Doctor Fourquet, 6.—Madrid.—Teléfono 30-76 M.

# DEDICATORIA

PARA MARIANO ZABALA, GRAN CEREBRO Y GRAN CORAZÓN,

EL CABALLERO AUDAZ.



# MARÍA PALOU

—¿Me perdonan la espera?...

—¡Oh, María!... Fué corta, y, además, todas las esperas fuesen tan bien recompensadas como ésta...

—Es usted muy galante, *Caballero Audaz*.

—En este caso, no; soy muy sincero, nada más.

—Mil gracias.

Y la preciosa artista hizo un gracioso mohín de agradecimiento y se dejó caer sobre el sofá, con la serena elegancia de un maniquí de Paquin.

He dicho «preciosa» y no es precisamente éste el adjetivo que mejor define el rostro de María Palou. Es una belleza original, que parece el símbolo de una tierra, de un sol y de una raza: Andalucía. Todo en ella es andalucismo: sus cabellos, negros como la endrina; su tez

morena, de palidez mate; su cuerpo gentil y cimbreante, lleno de gracia y de dulce abandono; su conversación ágil y alegre, como la de una *mosita* de los Quintero, y sus ojos... ¡oh, sus grandes ojos negros!... Tienen en su mirada la misma intensidad apasionadísima y trágica, soñadora y triste, que las mujeres de Romero de Torres; sí, María parece escapada de un lienzo del notable pintor cordobés... Su rostro habla de quereres, de celos, de coplas, de jazminez, de cautiverio, de harén...

Muy elegantemente vestida, con un sencillo traje de sastre color ladrillo, adornado con martas cibelinas. También sus medias de torzal eran color ladrillo...

Permaneció un momento con las largas y pulidas manos cruzadas sobre el regazo esperando mis preguntas, al mismo tiempo que con sus ojos quería auscultar mis intenciones.

Estaba un poco temerosa de las naturales indiscreciones del periodista...

—¿Por qué está usted inquieta, María?

—Le tengo a usted un poquitín de miedo. Una noche me dijo usted...

Y me recordó una broma que, en el saloncillo del Infanta Isabel, le gasté una noche.

—¡Bah!... Aquello fué dicho en un momento de buen humor. Usted debe estar tranquila

ante mí y ante todos los periodistas, porque es usted una gran actriz, una artista extraordinaria, y todos hemos de hacerle justicia.

Sin embargo de oír estas palabras, dichas con absoluta sinceridad, María continuaba muy alerta y muy inquieta. Yo os confieso que a mí estas intranquilidades de los *pacientes* me hacen gozar mucho.

Y empecé:

—Hábleme usted de su niñez, María... De pequeñita, ¿qué juegos prefería usted?

—¡Oh!, los que prefieren todas las niñas: mis muñecas.

—¿En Sevilla? ¿En la Sevilla mora y bizarra?

—En Sevilla nací; pero los primeros años de mi vida los pasé viajando con mis padres.

—Sus papás de usted ¿eran...?

—Artistas de ópera: tiple mi madre y barítono mi padre.

—¿Sevillanos también?

—Mi padre, catalán, y mi madre, sevillana. Allá por América hicieron grandes negocios y consiguieron reunir una fuerte fortuna; pero vino uno malo y todo se lo llevó la trampa.

—¿En dónde se educó usted?

—Estuve seis años en Méjico, en un colegio francés. Al poco tiempo de abandonarlo, sentí

vehementes deseos de dedicarme al teatro. Allí, dadas las relaciones que teníamos con toda la buena sociedad, no era posible, pues ya sabe usted que resulta mal visto, y entonces decidimos venir a España.

—¿En dónde debutó usted?

—En los Campos Elíseos, de Bilbao.

—¿Con qué obra?

—Con *El cabo primero.*

—¿Por qué escogió usted esta zarzuela?

—¡Phs! ¡Qué sé yo! Porque me estaba bien y porque se hacía mucho entonces.

—¿Recuerda usted la emoción que experimentó al salir a escena por primera vez?

—La recuerdo... Ya lo creo; está tangible en mi imaginación igual que un sobrerrelieve; pero no sé explicarla. Tenía miedo y no tenía miedo; era una especie de aturdimiento que subió de punto con las ovaciones del público... ¡Eso es: un aturdimiento! ¡No se me olvidará jamás!... ¡Qué momentos aquéllos!...

Y las apasionadas y negras pupilas de María quedaron un momento quietas y fijas, como si volvieran a mirar al pasado.

—¿Y después de este día?—la pregunté, interrumpiendo su dulce rememorar.

—Después...—exclamó como volviendo de un sueño—. Pues, después, anduve por pro-

vincias un año, hasta que vine a Madrid, al teatro Cómico, en donde era empresa la López Martínez, y debuté con *El arte de ser bonita.*

—¿Con éxito?

—Con mucho éxito. Tan es así, que en seguida me contrató Apolo, que entonces, como recordará usted, era la *Catedral* del género chico, y en su escenario se consagraban las artistas... Bueno, pues senté allí *mis reales* y estuve seis años.

—Entonces, ¿Apolo será el teatro que usted más quiera?

—En efecto: es al que conservo más cariño... Allí me hice artista y allí tuve mis primeros éxitos.

—¿Cómo nació en usted la idea de cambiar de género?

—Mire usted: antes de estrenar *La suerte de Isabelita*, Yáñez me había hecho proposiciones para ir a Lara; después de esta obra, la Prensa, los autores y el público me decidieron a dejar el género chico.

—¿Y está usted satisfecha?

—¡Ya lo creo!... En el género dramático los éxitos halagan más, inmensamente más, porque es otro arte.

—¿En qué obra tuvo usted su primer triunfo dramático?

—En *Celia en los infiernos;* por eso quiero tanto a esta comedia.

—¿Es su preferida?

—No; no tengo preferencia hasta ahora por ninguna obra ni por ningún autor.

—Veo que es usted muy discreta; no quiere dejar descontento a nadie.

Ella rechazó rápida:

—No; de verdad. Muchos autores y muchas obras me han proporcionado éxitos análogos. ¿Por quién, pues, iba a tener esta preferencia?

—Los Quintero, por ejemplo, pueden ser los autores que más se amolden a su espíritu—insinué, malicioso.

—¿Más? No...—desechó con augusta serenidad—, igual que otros. Sí, quiero a todos los autores, porque todos han contribuído a mis éxitos.

—¿Cuál es el éxito mayor que ha tenido usted en el teatro?

—¡Huy, qué sé yo!... Siempre el último hace olvidar los demás. ¡He tenido tantos!... Figúrese usted; sin embargo...

Y María se detuvo, indecisa. Yo la animé.

—Sin embargo, ¿qué?

—Que no creo que a ninguna actriz le haya costado tanto trabajo convencer al público de

que hice bien en abandonar el género chico por el que cultivo ahora.

—Eso no es extraño... El público siempre recuerda la procedencia; pero hoy día ya está usted consagrada como una de nuestras mejores actrices.

—«Consagrada... consagrada...» —repitió María con escepticismo—. Siempre que salgo airosa de algún papel difícil, los críticos se acogen a esa palabra: «La Palou se ha consagrado como una gran actriz...», y esto siempre y continuamente; y yo pregunto: «¿Cuándo terminarán de consagrarme de una vez y me dejarán consagrada para siempre?...»

—Si es bastante, por mi parte ya lo está usted.

Con una sonrisa, la insigne artista me dió las gracias. Continuamos.

—¿Qué obras prefiere usted?

—Aquellas en donde hay mucha pasión, por ser las que encajan mejor en mi temperamento.

—¿Se aprende usted con facilidad los papeles?

—Según sean ellos. De memoria, sí, en seguida los aprendo; tengo, afortunadamente, una gran memoria, que me ha sacado de gran-

des conflictos: ya ve usted, en *Celia en los infiernos* enfermó Nieves, y en veinte horas me encargué de su papel.

—¿Qué actriz le gusta a usted más?

—La Guerrero me gusta extraordinariamente; toda la vida ha sido mi maestra, sin saberlo ella. La vi trabajar por primera vez cuando yo tenía diez años, y no se me olvidará jamás: hacía *La niña boba*.

—¿Y su actor preferido?

—A eso no le puedo contestar; realmente, predilección no siento por ninguno; esto tiene su explicación: siempre me he fijado más en las actrices.

—Aparte del teatro, ¿por qué cosas siente usted más afición?

Meditó un instante. Yo la miraba pendiente de sus gestos. Nunca un alma pudo estar más a flor de cara.

—La lectura—dijo al fin—ha sido siempre mi pasión.

—¿Usted se ha mirado alguna vez alma adentro?

—¡Oh, sí! ¿Quién no?

—¿Y cuál, a su juicio, es el rasgo más característico de su espíritu?

—¡Caramba!..., eso ya es querer saber demasiado...

Y, tras de hacer una deliciosa monería, prosiguió:

—A mí me parece que yo soy una mujer un poquitín sentimental y apasionada.

Y como advirtiera mi sonrisa, protestó:

—¡Ah!, sí, se ríe usted; ¿por qué? Ya lo sé: porque la gente dice que soy fría y superficial; lo que es que no me gusta exteriorizar mis sentimientos; yo vivo más alma adentro que alma afuera; vivo para mí y con ello me basta.

—¿Cuál es su mayor defecto?

—Ser un poquito soberbia y una chispita orgullosa; pero en el sentido que debe sentirse el orgullo, no vanidosa, ¿eh?... Altiva más bien.

—¿Ha estado usted enamorada alguna vez?

—No; hasta ahora no he tenido tiempo.

—¿Ante qué público trabaja usted más a gusto?

—¡Ay!, en Madrid, en Madrid; eso desde luego, aunque no puedo hablar de otro, porque yo apenas he trabajado fuera de aquí; cuando termine la *tournée* que pienso emprender este año por provincias y América, diré cuál de todos los visitados me gusta más.

—¿Cuándo vuelve usted por aquí?

—Dentro de un año volveré con mi repertorio escogido y mi compañía formada.

—¿Hacia qué ideal encamina usted sus pensamientos y sus esfuerzos?

Repitió mi pregunta deletreándola. Después exclamó:

—Mire usted, a mí, formarme un ideal, me da un poco de miedo; ¿qué es la felicidad?... ¿La aspiración satisfecha? Pues ¡Dios nos libre de aspiraciones!; y un ideal es una aspiración.

—Muy bien—elogié—; pero una artista no puede vivir sin la caricia de una ilusión.

—No crea usted, yo soy algo fatalista, lo confieso. En arte, mi ideal es llegar a ser una gran artista y saber retirarme a tiempo; dejar en el público un buen recuerdo.

—Eso me lo dicen todas—advertí.

—Pero después no lo cumplen, porque si no, algunas ya estarían retiradas.

—Y usted, María, ¿no sueña con una casita blanca en medio de un campo de Andalucía, y con un marido artista que se mire en sus ojos negros, y unos cuantos pequeñuelos?

—¡Oh! ¡Oh!—me interrumpió—. Ya le he dicho a usted que les temo mucho a las decepciones. Además, yo el campo, para vivir en él eternamente, no lo quiero; hay veces que lo deseo con vehemencia para pasar una temporadita que sirva de sedante a mis nervios exci-

tadísimos; pero ya allí, pronto siento la nostalgia de la ciudad. Tampoco le doy ninguna importancia al dinero; me gusta mucho vestir bien, nada más.

—Sin embargo, ya tendrá usted formado el comienzo de su fortunita.

—No tengo ni una peseta, en buena hora lo diga; el dinero del teatro cantando se viene y cantando se va, ó declamando, es igual.

Hicimos un corto silencio. Tras de él le dije con mucho misterio:

—Vamos a ver, María, la última pregunta; ¡pero, por Dios, sea usted sincera!

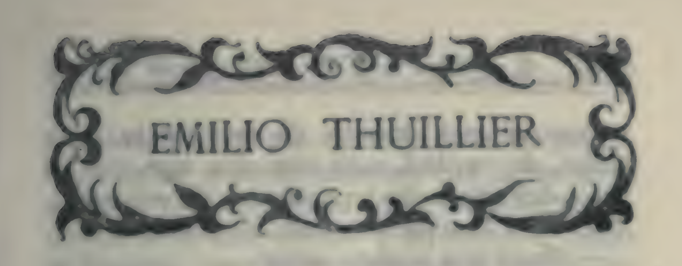
Su recuperada serenidad sufrió una leve oscilación. Presagiaba la «pregunta espantosa» y tembló un momento. Estaba encantadora entregada a sus ingenuos miedos. Después de saborear su injustificada inquietud, interrogué:

—¿Cuál es su animal favorito?

Respiró plenamente.

—El perro; puede usted decirlo, aunque parezca cursi; tengo un *chuchito* al cual quiero muchísimo.

No me sorprendió; María Palou, además de ser muy artista, es muy buena...



—Muy mona—elogié—; con mucho gusto la casa.

—¡Bah!... Ya nada... Tengo lo que quisieron dejarme... Si usted hubiese visto la casa que tenía yo allá en la calle..., en la calle... ¿En qué calle, tú?...

El hijo de Thuillier acudió en auxilio de la memoria de su padre.

—En la calle de Monte Esquinza...

Emilio continuó:

—Estos mueblecitos son las migajas... Lo demás se lo llevó el diablo...

—Entonces, ¿vive usted solo?...—pregunté.

—Vivimos los dos solitos, acompañados por una *beldad* de sesenta años, que es la que nos guisa, nos limpia la casa y nos cuida la ropa... Esta disfruta más de la casita que yo, pues está más tiempo en ella... Yo apenas paro; lo

necesario para dormir. Es muy triste, muy triste, de verdad, esta situación que, por un error definitivo, me he creado... Yo era feliz... Tal vez el hombre más feliz del mundo...

—¿Hasta que se casó usted?...

—Hasta poco después.

—¿Se casó usted por amor?...

—No sé; por lo menos me casé ilusionado con las seguridades de una vida tranquila, que fuese como un descanso espiritual en mi ajetreo de hombre libre y mimado. ¡Estaba escrito!...

Y Emilio hizo un gesto de agobio y de resignación desesperada.

—*Ella*, ¿era rica?...—le pregunté.

—¡Oh!, eso dijeron... Pero fué una patraña. Yo sabía perfectamente que no me casaba con una mujer rica... ¡Bah! Si yo hubiese pensado en esto, tuve mil ocasiones antes; pero no era dinero lo que yo quería. ¡No! Me casé porque desde la muerte de mi madre éste y yo estábamos solos; no teníamos el calor de la familia. Esto es un poco triste. Yo necesitaba una mujer, una casa, constituir un hogar... ¡Todo para estar ahora mucho peor que antes!...

—¿Y es que no congeniaban ustedes?...

—¿Cómo?... No era posible. Cuando regresé

de mi temporada por América, sediento del refugio de mi casa, me encontré con la desagradable sorpresa de que mi mujer había hecho, en menos de un año, deudas a mi nombre, como es natural, que importaban cerca de treinta mil duros... ¿Usted comprende esta locura?... Sólo a madame Petit, en sombreros de una temporada, seis mil pesetas... De ropa blanca, doce mil... ¡Y así todo!... ¡Espantoso!... Y yo, que le juro a usted que venía siendo un casado modelo, me encontré de la noche a la mañana arruinado y con mi vida hecha trizas... ¿Es esto justo?...

El gesto del gran actor era triste, profundamente triste; su voz estaba transida de esa amargura desesperada que llena toda el alma ante los desastres irremediables. Sus ojos brillaban profundamente.

El hijo escuchaba en absoluto silencio, impasible, sin hacer un gesto.

Estábamos en el comedor, de sobremesa, después de una agradable comida a la cual me había invitado Thuillier. Por encima de los visillos del balcón se veían los tejados vecinos cubiertos de nieve.

—¿Su padre de usted era artista también, Emilio?...—le pregunté.

—No, señor. Era ingeniero de minas allá en

Málaga, que es donde yo nací. Por eso también he querido que mi hijo sea ingeniero.

—¿Cuándo y cómo nació en usted la vocación por el teatro?

—A la muerte de mi padre; porque si en vida de él se me ocurre tal cosa, me hubiese desengañado dándome un disgusto serio... Claro, mi madre, esa viejecita cuyo retrato tengo a la cabecera de mi cama, por no disgustarme, no me desalentó en mis ilusiones teatrales.

—¿Cómo se le manifestaron?

—¡Qué sé yo! Me escapaba de casa y me gastaba todo el dinerillo que tenía en el teatro, y luego volvía declamando a voz en grito. ¡Cosas de chico!

—¿Estudiaba usted al mismo tiempo alguna carrera?

—Sí, señor. Yo tengo la carrera de perito mercantil terminada.

Hizo una pausa, durante la cual encendimos los habanos; después, con una entonación de voz fría, campanuda, emanó el pasado con un gesto de satisfacción:

—El que me emborrachó de teatro fué Vico. ¡Oh, Vico! La primera obra que le vi hacer fué *Locura o santidad*, y me entusiasmó extraordinariamente. Aquella noche me entró la fiebre, el vértigo de ser cómico. No hallando nada

que torciera mis decididas inclinaciones, vine al Conservatorio de Madrid con muy buena fe, creyendo que aquí se aprende algo. Y perdí el tiempo. Eran profesores doña Teodora Lamadrid, don Mariano Fernández y don Antonio Vico. Claro que no los veíamos nunca; hasta el punto que, después de haber sido yo más de un año discípulo de Vico, una noche me presentaron a él en la Comedia. «Tengo oído que es usted un muchacho muy listo», me dijo. Y yo le contesté: «Don Antonio, usted ha sido profesor mío en el Conservatorio más de un año.» ¡Y no me conocía siquiera! ¡Figúrese usted!

—¿En dónde y cuándo fué la primera vez que salió usted a escena?

—En el teatro de Novedades. Haciendo *La Taberna*, de Pina Domínguez; un arreglo de *L'Assommoir*, de Zola. En Novedades estuve media temporada; después marché con Tamayo por provincias, y al año siguiente vine contratado a la Comedia con Vico, y más tarde con Mario y Cepillo. Por ahí dicen que yo he sido el discípulo más identificado de Mario. Esto es una fantasía. Mi maestro era Cepillo, por el que sentía una admiración extraordinaria.

—¿En qué obra obtuvo usted el primer entorchado?

—*Realidad*, de Galdós, fué mi paso decisivo, y después de *Realidad*, *Mariana*, *Juan José* y otras más.

—¿Con cuál actriz ha trabajado usted más a gusto?

—Con Rosario Pino. A pesar de que estamos regañados, yo tengo que reconocer que era mi complemento y yo el de ella. Hacíamos una gran pareja.

—Luego, entonces, ¿es a la actriz que más admira usted?

—No; también admiro a la Guerrero. Y de las damitas que descuellan ahora, me gusta más que ninguna la Bárcena; yo creo que es la heredera de Rosario Pino.

—Y sobre la Xirgu, ¿qué opina usted?

Emilio hizo un gesto de desagrado.

—¡Qué sé yo!—murmuró—. Es tan violento que yo le diga a usted mi opinión sobre esa dama...

Y, escamoteando la respuesta, prosiguió:

—Mire usted: Matilde Moreno, como compañera, es un ángel, es una mujer ideal. Yo la quiero mucho.

—¿En qué teatro ha trabajado usted con más gusto desde que es actor?

—¡Oh! ¡En la Comedia! Ese es mi teatro. Allí están todos mis mejores recuerdos. Sobre

su escenario tuve mis primeros triunfos. Allí pasé días felices. Por esto no le extrañará a usted que el día que se quemó llorase... Y lloré tan amargamente como si se me hubiera muerto un hijo. ¡Qué lástima de teatro!...

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su carrera artística?

Contestó rápido, como si la respuesta estuviera a flor de los labios.

—El día del estreno de *La ciudad alegre*. ¡Qué sé yo por qué! Tenía puesto en esta obra todo mi amor propio. Yo le estrené a Jacinto Benavente la primera comedia que de él se representó: *El nido ajeno*.

—¿Y la amargura más grande de su vida artística?

—La noche en que se estrenaron *Los Condenados*, de Galdós. Le juro a usted que pasé entonces el rato más espantoso de mi vida. Aquella noche ¡hasta eché sangre por la boca!

—Pero, ¿fué un fracaso tan grande?

—Horrendo. Desconsiderado. De temblar hasta el apuntador. Ya, afortunadamente, no llega el público a estos extremos. Ha comprendido que para echar una obra al foso no se precisa patear. Basta con no aplaudir.

—¿Cuál es su obra preferida?

Meditó un segundo.

—Yo no soy actor que tenga una obra marcada ni mi preferencia sea resuelta por tal o cual comedia. No. Ahora, últimamente, hago con más gusto *La ciudad alegre y confiada* y *Los intereses creados*.

—¿Cómo fué separarse de la Guerrero y Mendoza?

—Porque, en realidad, no había trabajo para mí. Fernando tiene una afición loca, no descansaba jamás, y claro, no quedaban papeles que repartirme. Esto no me convenía, como usted comprenderá, ni armonizaba con mis aspiraciones artísticas, y un día se lo dije a Mendoza: «Mire usted, Fernando, yo me voy, porque no hago nada; me paso temporadas sin casi salir a escena, y con esto no están conformes ni mi delicadeza ni mi interés artístico.» Fernando, que es un hombre muy delicado, se resistió; pero, al fin, tuvo que comprender la razón que yo tenía. Y eso es todo.

—¿Pues si por ahí se ha dicho que fué porque no le quiso a usted repartir el buen cura de *La garra*, a pesar de que el papel fué hecho para usted?

—En efecto: yo en *La garra* no hice nada; pero éste no fué el motivo. Créame; fué lo que le he dicho. No quedaba hueco para mí. Y, como es lógico, no me convenía estar sin tra-

bajar, por muy considerado que estuviese, que sí lo estaba.

—¿Usted será uno de los actores que más dinero lleva ganado?

—Muchísimo, sí, señor, muchísimo.

—¿Cuánto?—inquirí.

—Tal vez más de un millón de pesetas. Pero todo me lo he gastado. Ahora vivo y ¡gracias! Para ahorrar dinero en el teatro es preciso ser empresario. Yo hice una *tournée* con Rosario Pino por América, y entraba a montones el oro por la taquilla.

—¿Cuándo estudia usted sus papeles?

—De madrugada.

—¿Le cuesta a usted mucho trabajo el aprenderse un papel?

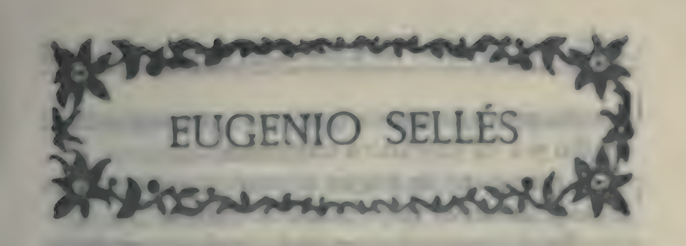
—No. Algunos se me resisten un poco. Pero yo soy un grandísimo obstinado y tengo mucha memoria.

—¿Le emocionan a usted los estrenos?

—Según de quien sea y según el momento. De todas maneras, yo soy muy nervioso, extremadamente nervioso. A propósito de mis nervios, recuerdo una anécdota. No sé por qué motivo, tuve en una ocasión que hacer *La canción de la Lola*. Bueno; y yo para cantar soy una nulidad absoluta. Llegó el momento de cantar y se apoderó de mí un orgasmo tal que

no daba ni un sonido. Pero lo más gracioso es que yo me oía cantar, y claro, accionaba como si talmente me oyera el público, que se reía y se reía creyendo que aquella mímica era una argucia mía para salir airoso del paso. Cuando me dijeron que no había articulado ni palabra, quedé sorprendido, pues yo me había sentido cantar como el primer tenor.

Y Thuillier reía con la expresión bobalicona que le dan sus mofletes bien pujados.



# EUGENIO SELLÉS

Este despacho destila vejez... Todo aquí son recuerdos que, por nuestra renovadora ingratitud, están ya envueltos en el blanco sudario del olvido. Retratos amarilleados de artistas que cautivaron a los públicos; coronas de laurel que nos recuerdan obras que apasionaron grandemente, según la versión de nuestros padres... Todo, todo en este despacho nos habla de un glorioso tiempo pasado que nosotros no conocimos, pero hacia el cual sentimos un profundo respeto y un blando cariño; algo así como la entrañable ternura que despierta en nuestras almas el nombre de nuestros abuelos. Sin la solera literaria de Galdós, Echegaray, Palacio Valdés, Valera, Sellés, Octavio Picón, etcétera, no existirían Benavente, Baroja, Bueno, León, Valle Inclán, Rubén Darío, Francés

y toda esta era nueva que tanto prestigio da al teatro y a la literatura castellana...

Al momento de llegar nosotros, apareció en la habitación el viejo maestro Sellés.

—Perdóneme—comenzó diciendo—; acababa de almorzar hace un instante y estaba tadavía *liado* con una copilla de licor...

Y mientras que decía esto, sus manos, ya un poco torpes y bastante apergaminadas, llenaban de tabaco su gran pipa.

Don Eugenio es pequeñito, encogido y lento para accionar... Da la impresión de esos muñecos de madera inarticulados. Su rostro bermejo está cubierto por una barbita rala, gris y puntiaguda... Anda y habla lentamente, con algo de cansancio, como cuando ya se va coronando una cuesta. En su indumentaria es un poco absurdo y descuidado.

Él ha tomado asiento en un sillón muy antiguo, donde encaja perfectamente su austera figura, y yo en una pequeña sillita.

Y... hemos empezado a hablar.

—Hace mucho tiempo que tenía deseos de llevar a cabo esta visita, maestro; pero una serie de circunstancias y coincidencias han ido retrasándola hasta ahora.

—¡Qué más da!...—ha repuesto él modestamente—. Yo no tengo más sitio en ninguna

parte que el que, por un exceso de benevolencia, quieren darme.

—Nada de eso, don Eugenio—rechacé yo con sinceridad—. Usted, por derecho propio, siempre tiene un puesto de honor, y más entre sus discípulos...

—¡Mis discípulos!... Yo ya, hijo mío, ni soy maestro, ni soy discípulo... No soy discípulo, porque ya mis maestros tuvieron el buen gusto de morirse, y no soy maestro, porque—sin modestia, sino en realidad—jamás tuve discípulos; y, no crea usted, me alegro, porque en esto de las enseñanzas hay muchos que honran a los maestros, pero son más los que los ponen en ridículo.

—¿Quién fué en literatura su maestro, don Eugenio?...

—El que despertó en mí desde pequeño mis aficiones literarias, mejor dicho, poéticas, fué Zorrilla, ¡el gran Zorrilla!, al cual no hay nadie de esta generación que sirva para descalzarle...

—Cuénteme usted, cuénteme usted. ¿Eso era en sus tiempos de estudiante?...—inquirí yo con vehemencia, para animar los recuerdos.

—Sí, señor. Estudiaba yo la carrera de abogado, y, al mismo tiempo, hacía versitos y los

publicaba en periodiquillos de escasa importancia.

—¿Luego su inclinación principal era la poesía?...

—Sí, sí... Sobre todo, la lírica... Me había enamorado de la «manera de hacer» de Zorrilla, y yo componía unas «orientales» que gustaban mucho, ¡mucho!, sobre todo a mi familia.

—¿Qué edad tenía usted a todo esto?...

—Unos diez y ocho años, y estudiaba el segundo...—meditó un momento—, sí, sí, el segundo año de Derecho. Luego me metí a escribir una obra teatral en verso, romántica, al estilo de aquel entonces. Eran dos actos, y se titulaba *La Torre de Talavera.*

—¿Y la estrenó usted en seguida?...

—¡Quiá!... A los quince años después. Verá usted las peripecias que me ocurrieron con la dichosa obrita. Había por entonces aquí una actriz italiana muy notable, la cual se naturalizó en España, y cultivaba el castellano en el teatro de Variedades, que estaba situado en la calle de la Magdalena. Esta actriz se llamaba La Civile... Yo, que era un muchacho resuelto, fuí a visitarla y le entregué mi *Torre de Talavera*. La leyó, le gustó; pero no la pudo estrenar aquel año porque faltaban pocos días de temporada, y resolvió llevársela para estrenar-

la en su *tournée* por provincias; pero tuvo la «mala pata» de que perdiera la obra, advirtiéndole a usted que era el único ejemplar que yo tenía. Esto me desanimó... Pasaron quince años, durante los cuales yo me dediqué al periodismo, y un día, revolviendo entre mis papelotes, me encontré con algunas tiradas de versos de *La Torre de Talavera*; me gustaron y rehice la obra en un acto. Se la leí a don José Echegaray. Tanto le agradó, que recuerdo me dijo: «Esta obra se estrena en esta misma temporada por la mejor actriz que hay: por la Boldún.» Y así fué. En el Español, y en la noche que celebraba su beneficio de despedida la Boldún, se estrenó mi obra, interpretada por ella, Cepillo, Marín y otras notabilidades de aquel tiempo.

—¿Y alcanzó éxito?

—¡Enorme!... Tanto es, que dejé mi puesto de articulista en *El Imparcial* y todas las colaboraciones periodísticas para dedicarme de lleno al teatro... Y la política también la abandoné, advirtiéndole a usted que ya había sido gobernador de Sevilla y de Granada. Después estrené *Maldades que son justicias*. Fué famosa esta obra porque hubo un gran escándalo. Se habían confabulado Vico y Valero para echarla abajo... Pero, a pesar de la intención

de los intérpretes, la obra, en las primeras escenas, se impuso de tal manera, que fué un éxito formidable. Al final, cuando salí yo en medio de los intérpretes, el público comenzó a gritar: «No, no; el autor solo...» Y Vico y Valero tuvieron entonces que retirarse. Ellos, más molestos contra mí, al día siguiente hicieron la obra recitada y medio en *camelo*. Entonces yo tuve la valentía de irme a la Prensa y publicar un comunicado en el cual decía: «Que en vista de la mala interpretación que daban a mi obra, la retiraba...» Y se armó el escándalo. La Prensa se puso de mi parte; en todos los periódicos se publicaron las estrofas de la obra; en fin, ¡el delirio! Yo, a pesar de estas vicisitudes, no me desanimé y escribí *El Nudo Gordiano*. Lo estrenó Vico, que, gracias a Echegaray, ya había hecho las amistades conmigo, en Apolo. Y fué un exitazo descomunal. Entonces, amigo *Audaz*, el público vibraba con los nervios de los actores y del autor, y, por tanto, se apasionaba más para juzgar las obras... Los éxitos eran éxitos verdad y los pateos eran fracasos ruidosísimos... No era esta justicia blanda y fría que se hace ahora, ¡no!... El público, cuando una obra le entusiasmaba, sacaba al autor en hombros, y cuando era mala, hasta las butacas caían al escenario... Casi siempre,

en las noches de los grandes estrenos, había bofetadas entre los espectadores. *El Nudo Gordiano* estuvo en el cartel cien noches, dando llenos completos y saliendo yo a escena por aclamación setenta y tantas veces. Hoy, amigo mio, se escribirá mejor, cosa que yo no creo, pero no ocurre nada de eso.

—¿Usted vivirá de la literatura?

—Exclusivamente... Y me da para vivir bien.

—¿Cuánto habrá usted ganado?...

—Bastante... Yo calculo un millón de pesetas.

—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?

—Unas treinta y tantas.

—¿Y es su obra preferida?...

—*Las Vengadoras*; pero como los hechos son hechos, tengo que confesar que el público no está de acuerdo conmigo y que de mis obras prefirió siempre *El Nudo Gordiano*.

—Escribe usted poco ahora—advertí.

—Sí, muy poco. Desde que el teatro tomó estos rumbos nuevos, con los cuales yo no estoy conforme, lo he ido dejando; sin embargo, hago algo... Tengo... pues tengo ahora preparada una obra, en colaboración con Galdós, titulada *El voluntario realista*, y la estamos terminando para cuando la Xirgu venga. Al-

guna cosilla más preparo, pero sin grandes ilusiones. Mi músico, que era Chapí, murió; mis actores murieron; hasta mis teatros van desapareciendo ya; ¡créame usted, joven amigo: cuando se llega a esta edad es uno una piedra en medio de un camino!

A mí me emocionaba la voz transida de tristeza de este viejo maestro. Y, fatalmente, era verdad.:. «La vida es renovación o muerte.» Proseguimos.

—Y dígame, maestro, ¿cree usted que estamos en decadencia artística y literaria en relación con sus tiempos?...

—¡Qué duda cabe!—repuso Sellés con firmeza de convencido—. Luego dirán que los viejos queremos más a los maestros; pero yo, en realidad, le digo a usted que todavía no he encontrado sustitución a Vico, ni a Valero, ni a la Boldún, que se retiró en la flor de su vida, a los treinta y dos años... ¿Quién es capaz de compararse con aquellos artistas, que sabían hipnotizar a los espectadores?... ¿La Guerrero?... ¿Mendoza?... ¿Morano?... ¡Ni para descalzarlos!... Yo advierto una decadencia enorme en actores, en poetas y, sobre todo, en dramaturgos... Ese Benavente, con su talento, le ha hecho un daño enorme al teatro español, porque ha conseguido que triunfe un teatro blandu-

cho, sin vigor, sin nervio, un teatro que todo se reduce a diálogos sostenidos en voz baja y de los cuales se entera el público con una curiosidad más o menos indiferente. ¡Eso no es teatro ni es nada!

Hizo una pausa; a poco continuó:

—La otra noche estuve viendo *La tizona*, y, a mi juicio, de todo lo moderno es lo mejor que se ha hecho, porque la obra tiene nervio, tiene arte y tiene sustancia.

—¿Es usted mayor que don Benito, don Eugenio?...

Sellés hizo un gesto de amargura.

—No sé. Yo soy la mar de viejo. Tengo setenta y un años.

—¿Le cuesta a usted trabajo escribir?

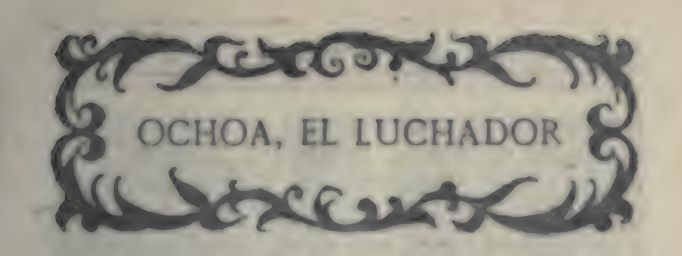
—Mucho... Soy muy premioso; no ahora, que ya soy viejo, y a mi edad, hijo mío, cuesta trabajo hasta andar, sino cuando era joven también.

—Y de los poetas que viven aún, ¿cuál es el que más le gusta?...

—Si eso, en vez de preguntármelo *El Caballero Audaz*, me lo preguntase otro, le contestaría: «Phs, no sé; no he pensado nada sobre eso, ya lo pensaré...»; pero a usted no quiero mentirle. El poeta que más me gusta es Echegaray, y mi novelista preferido, Galdós... Ahí

están esas crónicas que mi camarada publica en *La Esfera*. ¡A ver si algún cerebro de estos modernistas es capaz de escribirlas mejor!

¡Cómo me encantaba oír hablar al viejo maestro!... Eran sus palabras los dulces reproches que todos hemos oído en los labios de nuestros abuelos.



# OCHOA, EL LUCHADOR

Un recuerdo.

El sabio doctor Verdes Montenegro me dijo, al terminar de poner el último punto de fuego sobre mi pecho:

—Campo, mucha alimentación, y después a fortalecer esos músculos; tú no eres más que la silueta de un hombre; estás en un momento peligroso. ¡Tienes diez y siete años, dos metros de estatura, y sólo pesas sesenta kilos!... Si durante unos años te olvidas de los placeres de la vida para preocuparte de tu vida misma, es posible que no vuelva esa aterradora hemoptisis y hasta llegues a ser un hombre fuerte. Si no, te vas a quedar en el trazado de hombre. Conque tú verás.

Esto era terminante. Yo opté por seguir sus consejos. Y entonces fué cuando me di de alta en aquella Sociedad Gimnástica donde todos

los muchachos tenían pecho de gladiadores y músculos de acero. Prudencio Iglesias, Fernando López, Valero Martín, Fernández Arias, Carlos Micó, Almela, Echea, Varela de Seijas y un centenar más, que no recuerdo, sostenían gallardamente el pabellón de fortaleza física y también intelectual, como lo demostraron después.

A los pocos días de ser socio estaba yo apoyado en el banquillo donde se echaban los pulsos, y se acercó a mí un muchacho rubio, grueso y simpático.

—¿Quiere usted que pulseemos un rato?—me dijo.

—No sé; pero... vamos allá—acepté.

Trabamos nuestras manos derechas, apoyados los codos sobre el banquillo, y yo confieso que puse toda mi alma en aquel esfuerzo. ¡Como si no! El brazo de aquel muchacho, más bien pequeño, era una columna de granito.

—¡Tire usted..., tire usted sin miedo!—me invitaba tranquilamente, con una cortesía un poco mortificante.

Imposible mover la muñeca. Duró el duelo lo que él quiso. Al fin, con una suavidad un poco cariñosa, derribó mi brazo, y después me dió las gracias con una mirada de infinita piedad. Yo quedé un poco avergonzado. ¡Tenía

dos metros de estatura, y para aquel muchacho menudo no significaba nada!... Yo no era un hombre, era... lo que había dicho Verdes Montenegro: «la silueta de un hombre...» Entonces me refugié en mi voluntad. ¡Había que ser fuerte y había que llevarle el pulso al mozalbete rubio y grueso!...

—¿Cómo se llama ese muchacho?—pregunté por allí.

—Creo que se llama Ochoa—me informaron.

Y nada más...

Al año de esto era yo el campeón de pulso de la Sociedad Gimnástica Española; pero el mozalbete rubio y grueso había desaparecido.

Pasaron diez y doce años.

* * *

... Hasta que una noche caliginosa el aburrimiento me llevó al *Paraíso*...

En el pequeño escenario se disputaban el campeonato del mundo de lucha grecorromana Yess Pedersen y Javier Ochoa. El formidable Pedersen—que así se llama, y no *Petersen*—con una maestría maravillosa contrarrestaba la fuerza extraordinaria de nuestro compatriota. El espectáculo de los dos gladiadores no podía ser más artístico.

Cuando terminaron fuí a saludarles...

Pedersen es antiguo amigo mío. Con esa efusión, un poco infantil, característica de los soberanos del músculo, me dió un abrazo y nos dijimos cuatro finezas. Después fuí presentado a Ochoa.

Al estrechar su mano dura, reconocí la misma mano que aquella tarde de mi juventud me venció el pulso... Entonces se me ocurrió una idea...

—Ochoa: Yo tengo el capricho de echar un pulso con usted.

—Cuando usted quiera. Yo estoy a su disposición. Dígame sitio, día y hora.

—Mañana, a las seis, en Prensa Gráfica. ¿Le espero a usted?—propuse.

—Sí, señor—aceptó—. A las seis en punto estaré allí...

* * *

—¡Qué barbarote debe ser este individuo! —habrán murmurado muchos al oír los gritos un poco salvajes que durante la lucha profiere Ochoa.

Nada de eso. El campeón español es un hombre correctísimo, que no olvida ninguna atención y que se expresa muy bien. Además, es

sumamente simpático. Tiene esa dulzura y esa timidez noble y subyugante que sólo poseen los hombres verdaderamente fuertes. Allí, en la galería fotográfica de Prensa Gráfica, a los dos minutos de estar, se hizo amigo de todos. Al ayudante de la fotografía le aprisionaba por la cintura y le tiraba por alto, y volvía a recogerle en el aire como a un pelele.

—¿Usted es español o es argentino, Ochoa? —le pregunté—. La verdad.

—Español y muy español. Nacido en Urdiain, provincia de Navarra. A mi mujer y a mi hijo los tengo viviendo en Alsasua... ¡Qué precioso es aquello! Yo, allí, me estoy haciendo una casita para pasar la vejez.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Tengo treinta y uno...

—¿Y cómo fué el hacerse luchador?

—Verá usted: el sino. Cada uno nace para lo que ha de ser. Yo pasé mis primeros años en mi pueblo; pero allí se vivía trabajosamente, y yo tenía aspiraciones... Quería correr mundo... Eso de morirse sin haber conocido más que la cuna donde nació uno es muy triste, ¿verdad?

—Verdad—asentimos.

—Entonces vine a Madrid.

—¿Hará unos diez o doce años?

—Justo.

—Aquí no hacía nada tampoco.

—Pero, ¿usted era un hombre fuerte?

—Eso, desde pequeño. Allí, en las provincias vascongadas, se crían los hombres más fuertes del mundo. ¡Lástima que no tienen mucha talla! Bueno; pues en vista de que aquí en España no me acoplaba a nada emigré a Buenos Aires en busca de fortuna. Allí me coloqué en un almacén al por mayor, cargando sacos. Tampoco era aquello para mí. Con unos pocos de ahorros me establecí y me casé...

—Hasta ahora no veo por qué se dedicó usted a luchar...

—Ahora viene. Allí, en Buenos Aires, tenía yo fama de atleta. Y lo era, ¡qué caramba! Llegué a levantar ciento cuarenta y cinco kilos con las dos manos en pesa de barra larga. Pero así..., de fuerza, no de trampa.

Y el coloso vasco hizo la demostración con un banco de madera... Todos reímos. Él prosiguió con simpática franqueza:

—Cuando se daban fiestas en el Casino de Buenos Aires, yo era invitado para hacer ejercicios y demostraciones de fuerza. En esto se verificó allí mismo un campeonato mundial de lucha grecorromana. Concurrieron los mejores luchadores del mundo: Pedersen, Paúl Pons, Raoul le Boucher, Jack Smith, Vervet, Madra-

lik y ¡qué sé yo! Más de treinta. Yo, una noche, enardecido, desde el público reté a uno; aceptó el reto. Yo no sabía ni una presa de lucha; pero salí y luché y lo vencí, y después me vencieron casi todos. Recuerdo que este Pedersen, para quien resulto hoy un hueso muy duro, me venció en ocho minutos. Pero a mí me arrastró aquello. Liquidé mi establecimiento, y ¡a luchar!...

—Con Pedersen, ¿no puede usted?

El atleta hizo un noble gesto de vencido Después exclamó:

—¡Oh! Pedersen... Pedersen... Es formidable. Es el luchador más completo que ha habido en el mundo. Paúl Pons fué campeón del mundo dos años; Jack Smith, uno; Pedersen lleva ya en posesión del cinturón de oro ocho o nueve años. ¡Y no hay quien se lo quite! Yo no he encontrado hombre más fuerte que éste. Resulta tan fuerte durante los diez primeros minutos de lucha como durante los diez últimos. Tiene unos pulmones enormes.

—Sin embargo, usted aspirará a vencerle.

—Ese es mi sueño. Yo tengo una afición desmedida a las luchas, y quiero ser el número uno.

—Y De Riaz, ¿no le vence a usted?

Ochoa se indignó.

—¿De Riaz?... En el primer tiempo me comprometo yo a derrotarle.

—¿Usted ha luchado en...?

—En casi todo el mundo.

—¿Y dónde tiene usted más simpatías?

—Al principio no me tomaban en serio por ser español. Recuerdo que la primera noche que salí a luchar en Bélgica pasé un rato amarguísimo...

—¿Pues?...

—Nada, que, en cuanto salí, el público empezó a chunguearse de mí. *Espagnol. ¡Toregro!*, *¡Catañolas!*, *¡Bandolegro!* Esto a coro. Bueno, tragué saliva; pero a la segunda noche me tocó luchar con un belga. Y allí fué la mía. De la primera sacudida lo tiré a las sillas de pista, y a cada golpe que le dabe le decía: «¡Toma, *toregro!*» En vista de esto, los periódicos salieron diciendo, al día siguiente, que yo no era español, que los españoles eran negros y chicos... Aquella misma noche fuí con un amigo al diario y les obligué a rectificar, y ya ¡me impuse!... De tal manera, que yo era el que les llenaba el teatro, y cuando salía a luchar me tocaban la Marcha Real.

—¿Qué nación, a su juicio, da los luchadores más fuertes?

—Alemania, Rusia y Turquía.

—¿Cuánto gana usted con esto?

—Para vivir y para ahorrar un poco.

—¿Comerá usted mucho?

—No, señor; más bien poco. Generalmente, no hago más que una comida al día; eso sí, algo fuerte. Ayer comí a las diez de la mañana y no volví a hacerlo hasta hoy...

—A pesar de ser usted un hombre terrible y temible, ¿recibirá usted algunas cartas de damas?

—¡Muchas! Pero no hago caso; amar y vencer en las luchas no es compatible.

—¿Y cómo se entrena usted para la lucha?

—Haciendo mucho peso pequeño, muchas flexiones y saltando a la comba.

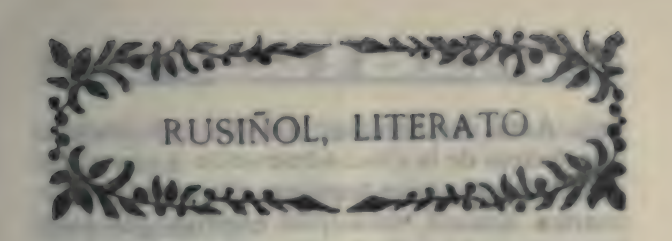
Hizo un silencio, y después exclamó:

—Pero, ¿y ese pulso que íbamos a echar?...

—Vamos allá—le contesté, como en aquella tarde célebre...

Pero esta tarde el luchador se ponía congestionado, rojo, y yo le decía amablemente:

— ¡Tire usted, Ochoa!... ¡Tire usted sin miedo!...



# RUSIÑOL, LITERATO

Fué la noche del estreno de *El collar de estrellas*. Cuando salía de la Princesa divisé el chambergo del simpatiquísimo maestro; después, sus cabellos, casi blancos; luego, su descuidada barba de profeta, y, por último, su pálido rostro, plácido y apostólico. Hendiendo la abigarrada multitud, que aprestábase a salir, llegué hasta él y le aprisioné cariñosamente por un brazo:

—¡Maestro!...

Volvió don Santiago la cabeza, y, al encontrarse conmigo, exclamó, sin soltar el tabaco, que languidecía entre sus dientes:

—¡Caleo! ¿Qué tal?... ¿Y tus *audacias*?...

—Ahora voy a hacer «de las mías» con usted; va a ser sonada.

—¡Caracoles!

Nos habíamos abrazado llenos de cordiali-

dad. A mí don Santiago Rusiñol me inspira, por encima de la gran admiración a que tiene derecho, un afecto familiar. Su sencillez, su sonrisa infantil, su amplio espíritu, que todo lo comprende, todo lo disculpa y hasta todo llega con una condescendencia admirable; su charla, a ratos de pensador profundo y a ratos de muchacho ingenuo, y siempre de espíritu artista, le hacen adueñarse al punto de su interlocutor. Y diez minutos después de haberle conocido, Rusiñol llega a ser íntimo amigo vuestro.

—¿Cómo usted por aquí?—le pregunté.

—He venido a pasar unos días y a preparar mis cuadros para la Exposición.

—¡Ah! ¿Viene usted por la medalla?

—No puedo obtener otra recompensa.

—¿Vendrá usted bien preparado?...

—Traigo una docena de lienzos; mañana los verá usted.

Al llegar a la calle, Rusiñol me invitó a subir a su coche.

—¿Qué le ha parecido a usted este estreno — le pregunté, queriendo afirmar mi juicio.

Rusiñol me miró con fijeza; después repuso, con su sinceridad característica:

—Me ha parecido lo que a usted y lo que a

todo el mundo: lo más endeble que he visto de Benavente.

—Es que dicen que ha sido escrita con mucha precipitación.

—¡Bah! Eso no importa. *La señora ama* la fué entregando, durante los ensayos, cuartilla a cuartilla, y, sin embargo, es una de sus mejores obras... *El collar de estrellas* no es la obra que esperábamos de Benavente. Tiene poca originalidad y resulta deslavazada. ¿Usted no ha notado que los actos no tienen relación el uno con el otro? El tercero, por ejemplo, parece pegado al resto de la obra con el solo objeto de que don Pablo nos dirija un sermón de Cuaresma. Además, en el teatro, los autores hemos dicho lo que nos ha parecido, pero dentro de la situación y diálogo de la obra; pues aquí no; aquí don Pablo se dirige al público. ¡Es curioso!

—¿Y el argumento?...

—Poco original. La redención por medio del trabajo es un tema que se ha tocado cien millones de veces, y con alguna más fortuna que esta noche. Claro que la obra tiene escenas bien hechas y muchas frases bonitas. ¡No faltaba más!

—A pesar de eso, si en vez de ser de Benavente es de un pobre diablo que em-

pieza, no sé cómo la hubiera recibido el público.

Y así, hablando, hablando del acontecimiento teatral de la noche, llegamos a Fornos. Allí, una «peña» de amigos esperaba a Rusiñol; entre ellos estaban Borrás, Martínez Sierra, Alcaide de Zafra... Se discutió sobre la guerra. Rusiñol es francófilo...

A las tres me separé de él. Antes le dije:

—Don Santiago, quiero aprovechar estos días que está usted entre nosotros para hacerle una interviú para *La Esfera*.

—Encantado; cuando usted quiera—aceptó, complaciente, el maestro.

—El domingo próximo, ¿le parece a usted buen día?—propuse.

—Magnífico, hombre.

—¿Hora?...

—La que usted guste.

—Usted la designa.

—A las doce, en el Lyon d'Or.

—De acuerdo—exclamé, estrechando la mano del admirable poeta de la vida.

En la calle, la noche era de una augusta serenidad primaveral. Ya las mujeres descarriadas hablaban a voz en grito, de esquina a esquina, en la calle de Peligros.

* * *

Hacía calor. El automóvil corría por el paseo de coches del Retiro. Dentro conversábamos Rusiñol, Pepe Campúa y yo. Empecé por una pregunta sencilla:

—¿Qué le gusta a usted más, don Santiago, pintar o escribir?...

—¡Oh! Pintar, mucho más—se apresuró a responder Rusiñol—. Mire usted, yo digo lo siguiente: si yo me hallase en una isla desierta y tuviera lienzos, pinceles y colores, le aseguro a usted que no me aburriría jamás, porque seguiría pintando; en cambio, si no hubiese teatro donde representar mis comedias, no seguiría escribiendo. Ahí halla usted la diferencia. La pintura es una cosa más íntima, de más evocación; pinta uno más para satisfacción propia que para el público. El teatro ya varía: es otra tendencia completamente distinta y que no parte tan del alma; el comediógrafo tiene algo de político, de vanidoso y de organizador. Además, nunca está uno a solas con su obra; siempre, hasta cuando se está escribiendo, se convive, por adaptación, con la sombra del espectador, que es el que manda, el que ha de juzgarla. ¿Me comprende? ¿Eh?... No hay libertad de concepción.

—¿Entonces, usted comenzó a pintar antes que a escribir?...

—Sí, señor; mucho antes. Hasta el punto que yo soy autor dramático por accidente. Verá usted.

Don Santiago dió una larga chupada a su puro, y después prosiguió:

—En Barcelona, de donde yo soy, como usted sabe, mi familia eran comerciantes. Yo me quedé huérfano de padre desde muy niño, y el jefe de la casa era mi abuelo. Los primeros años de mi juventud tuve que sacrificarme para no disgustar a mi abuelo y pasarlos atendiendo al negocio, que era una fábrica de hilados, la cual existe en la actualidad, y la dirigen mis hermanos. Pero aquello no era para mí. Yo tenía una vocación loca por la pintura. Cuando cumplí diez y ocho años murió mi abuelo, y en aquel mismo momento, como yo era el primogénito, hice cesión de todos mis derechos a favor de mi hermano, y abandoné mi casa y me dediqué al estudio de la pintura.

—¿Y cómo fué escribir?...

—A eso voy... Yo ya era algo conocido como pintor. Tendría veintiséis años entonces, y era muy amigo de Sánchez Ortiz, fundador de *La Vanguardia*, el cual, con motivo de una Exposición, y no teniendo crítico de arte, me dijo: «¿Tú serías capaz de hacer, en castellano, las impresiones y la crítica de esta Exposición?»...

«Creo que sí», le contesté. Y en aquel momento nació el escritor; por eso le decía a usted que yo era dramaturgo por casualidad.

—Es muy curioso—exclamé.

—Bueno, hice las críticas, gustaron, y por estímulo le tomé afición a las cuartillas y seguí escribiendo crónicas en una sección que la titulaba *Desde mi molino*. Más tarde, desde París, donde estuve siete años, seguí mandando con frecuencia artículos y libros. Continué... Continué hasta ahora... ¡Y esto es todo!

—¿Cuál fué la primera obra teatral que escribió usted?...

—*La alegría que pasa*. Pero yo esta obra la escribí sin pensar para nada en el teatro, ¿comprende?... La mandé imprimir como otro libro cualquiera, y al cabo de los cuatro años la representaron. Mi segunda obra fué *Libertad*, y la estrenaron en Barcelona la Vittaliani y la Duse, en italiano antes que en castellano. Esta obra la tradujo Benavente al castellano.

—¿Y fué un gran éxito?

—No tanto. Fué éxito sólo. Los críticos me hablaban de Tolstoi, de Ibsen, de Nietzsche y de no sé cuántos filósofos más, los cuales yo entonces ni había leído ni sabía si existían.

Reímos de buena gana. Se detuvo el *auto* al

lado del Ángel Caído, y allí echamos pie a tierra.

—Yo me pasaría la mañana tumbado en un jardín de éstos—exclamó Rusiñol, extendiendo la vista por las alfombras de esmeralda—. ¡Qué día tan hermoso!... Yo siento la voluptuosidad de la Naturaleza; por eso a ella le dedico mis amores y mi arte.

El artista, de un puñado, se quitó el chambergo, dejando la gris melena al aire.

—¿Tiene usted traducidas al castellano todas sus obras?...

—No, señor; muy pocas. Mi especialidad es el sainete, y ése, como está nutrido de la vida popular de Barcelona, al traducirlo al castellano perdería todo su valor.

—¿Borrás le estrenó a usted *El místico?*

—Sí, señor; vino Borrás a Madrid, y primero hizo *El místico* en catalán y después en castellano, traducido, como usted sabe, por Martínez Sierra...

Hizo una pausa.

—Y desde entonces—prosiguió—ya no tengo otro traductor. Hemos formado una especie de sociedad en comandita: yo escribo y Martínez Sierra traduce.

—¿Cuántas obras tiene usted escritas?

—Cuarenta y seis de teatro. Muchos sainetes

catalanes; es lo que más me gusta. Me divierto yo mismo viendo mis sainetes.

—¿Y libros de lectura?...

—Tengo unos veinte.

—Yo no me explico cómo ha podido usted hacer tanta labor en la pintura y en la literatura.

—Sí, hijo mío; si no hago otra cosa. Yo a Aranjuez, a Granada, a Mallorca, me voy meses y meses a pintar y a escribir; durante el día, pinto; por la noche, escribo.

—¿Se levanta usted muy temprano?

—Jamás; para mí no existe la mañana. No recuerdo haber abandonado el lecho nunca antes de las once.

—Qué le deja a usted más dinero, ¿la pintura o la literatura?...

—La pintura el doble o más. Todo lo que me producen ambas cosas lo dedico a enriquecer el museo que tengo en Sitjes. Para vivir holgadamente tengo de sobra con mi patrimonio.

—En teatro, ¿cuáles son sus autores predilectos?...

—En el teatro catalán, Guimerá y Vilanova.

—¿Y en castellano?...

—No tengo una predilección determinada.

Sin embargo, creo que los Quintero tienen en el teatro moderno español una personalidad más definida, ¿eh?... Son los autores que más *suenan* a españoles, ¿no?... Tienen muchas obras preciosas: *La mala sombra*, por ejemplo, es una perfección. Si tuvieran una obra de mayores vuelos con el mismo mérito, esa sería la mejor comedia española.

—Usted las tiene muy hermosas, don Santiago.

—No, hijo, no; yo soy un pintor que hace teatro. Es decir: cuando veo un paisaje, lo pinto, y cuando veo asunto de figuras, en vez de pintarlo, lo escribo; para todo me sirve el mismo lápiz hasta que meto el color.

—¿Prepara usted alguna obra?...

—En el Español tengo en ensayo una en tres actos. *Los náufragos* la titulo.

—¿Cuándo se estrenará?

—No sé. Sobre el veintidós o veinticuatro de este mes.

—¿Dónde le gusta a usted más estar, don Santiago? ¿En Madrid, París, Barcelona, Granada...?

—En ninguna parte más de dos meses seguidos... Menos de este tiempo, no sabría decir dónde.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor: una hija por la cual soy abuelo.

—Pues ¿qué edad tiene usted?...

—Cincuenta y cuatro años.

—Y de artistas teatrales, ¿cuál es el actor que le gusta a usted más?...

—Borrás, Borrás y Borrás.

Paso a paso, y sin darnos cuenta, descendimos por un estrecho y ondulante paseíto.

Un banco nos brindaba su apacible sombra. La más soberana soledad.

—¿Vamos a sentarnos?—preguntó el maestro—. Este sitio es muy hermoso. Vean ustedes aquel fondo...

Y con la mano nos indicaba un anfiteatro de árboles a cuyas plantas correteaba un arroyuelo.

—¡Muy lindo y muy poético! —exclamó Campúa.

—¡Precioso!—agregué yo—. Parece un cuadro de Rusiñol, ¿verdad?...



# LA ARGENTINITA

Saqué un cuadernito de notas, y ella, disimuladamente, alargó la cabeza y se dispuso a leer lo que yo escribía... Sin levantar los ojos del papel y sin darle importancia a mi pregunta, le dije:

—¿Sabe usted leer?...

Encarna se encendió en indignación y, haciendo un gracioso mohín de enojo, protestó airadamente:

—¡Vaya una pregunta!... Sí, señor; sé leer y escribir... Me he educado en un colegio de monjas...

—¡Caramba!—exclamé yo.

—Sí, señor... Y aquí, en mi casa, ni las criadas necesitan del memorialista... Aquí sabe leer y escribir hasta el gato...

—Muy bien, señorita—disculpé yo—. Perdó-

ne la indiscreción. Entonces, si sabe usted leer, tomaré mis precauciones.

Y éstas consistieron en tapar con mi mano izquierda el cuaderno de notas.

—¡Ay, qué gracioso!—murmuró ella—. Creería usted que miraba... Nada de eso. ¡Lo que usted escribirá ahí!... Bueno; le advierto a usted que se va a ver negro para hacerme a mí una interviú...

—¿Por qué?—inquirí extrañado.

—Porque yo no tengo nada interesante que contar... A mí no me ha ocurrido nunca nada. Soy, como dice Benavente, «una mujer sin historia»... Además, muy sosa.

Yo sonreí y murmuré:

—No lo creo, *Argentinita*... Ya hablaremos alguna cosilla que se leerá... Pero es preciso que usted sea usted...

—¿Cómo que sea yo?—preguntó asombrada—. ¿Es que ahora soy una vecina mía?...

—Algo parecido... Quiero decir, que es preciso que deseche usted esos pequeños temores que la tienen invadida... Está usted inquieta..., algo azorada... ¿Es que cree usted que yo, *El Caballero Audaz*, le voy a hacer una cosa que la perjudique?...

—¡Oh, no! ¿Qué he de creer tal cosa?—mintió

ella por cortesía—. Ya sé que usted es muy discreto.

Esta vez el indignado fuí yo...

—No, señorita...; ¡discreto, no!...; eso, jamás... Soy muy indiscreto, pero soy también algo galante...

—Sí, es verdad... —rectificó—. Es usted muy indiscreto; por eso estoy preocupada... Le advierto a usted que sus informaciones las leo siempre. La de Amalia era muy graciosa... ¡Oh!, y la de *Tórtola* era muy pintoresca...; y la de Pastora...

—Y la de usted—la interrumpí—la dejará satisfecha. Descuide...

La gentil artista se tranquilizó con estas últimas sinceras palabras mías... Volvió a ella la naturalidad...

Estábamos en un coquetón gabinetito de su casa. Ella, sentada en un sofá, entre dos muñecas; yo, en un sillón, a su lado... Desde allí se veía el tocador y la *coqueta* del gabinete cercano. La bailarina se hallaba pálida... Sus ojos, muy brillantes y muy negros, de linda japonesita, estaban velados por una melancolía suprema... Ella se esforzaba por tenerlos alegres y vivaces, pero... ¡no era eso!...

Un brillante adornaba su descotito moreno y escuálido.

—¿Se llama usted Encarna?

—Sí, señor; para toda la vida.

—Yo creía hasta hace poco que era usted andaluza.

—Pues creyó usted mal... Soy nacida en Buenos Aires; por eso me llamo *la Argentinita;* si no, me llamaría *la Sevillanita*.

—No veo la lógica..., ¡pero en fin!... ¿Desde pequeña nació en usted la afición por el baile?...

—Sí, señor.

Y agregó en broma:

—*Desde la más tierna infancia me aficioné por la danza.* Son una aleluyas que me he hecho yo misma—muy malas por cierto—, pero es la verdad. Mire usted, ahí hay un retrato de cuando yo tenía seis años, y estoy ya con mantón de Manila, castañuelas, y tengo tipo de *bailaora*...

Y contemplamos la fotografía que nos indicaba Encarna.

—¿A qué edad vino usted a España?...

—Entonces, a los seis años... Aquí entré en un colegio de monjas y, al mismo tiempo, iba a la academia de Julia Castelao...

—Eso es una paradoja encantadora. Monjas y bailarinas...

—Pues a las monjitas bien les gustaba verme bailar...

—¿Y la afición por el baile partía de usted o era por consejos de sus papás?..

—No, no. Yo tenía una afición loca; mi padre también es muy aficionado, y a tocar la guitarra... Le advierto a usted que en casa todos sabemos bailar...

—¿A qué edad debutó usted?

—A los ocho años, en San Sebastián... Una casualidad; verá usted. Nosotros acostumbrábamos a ir allí a veranear. ¡No dirá usted que no éramos elegantes! ¡Ay! Allí, en San Sebastián, me vió bailar el señor Pardiñas, empresario del Circo que se quemó. «A esta chiquilla me la llevo yo a mi teatro para que baile delante del público...» Y así..., así, casi en broma, debuté en el Circo y bailé un mes seguido. Ya ve usted: mi carrera artística empezó en broma, y... me parece que todavía sigo en broma... Es decir—rectificó cómicamente—, ya no; hemos tomado esto del baile muy en serio...

Y Encarna se reía infantilmente, mostrando sus dientes muy blancos y perfectamente apiñados.

—¿Y qué sueldo le dieron a usted en San Sebastián?...

—Un duro diario... Yo no pedí nada, pero al final de mes me dieron treinta duritos...

—¿Y gustaba usted entonces?...

—Yo no sé...—respondió ingenuamente—. No me acuerdo. Mi familia dice que sí. De San Sebastián vine a Madrid y continué mis estudios con las monjas y con las bailarinas hasta los once años, que me salió un contrato para Zaragoza ganando cinco duros.

—¿Y qué impresión le produjo a usted el público la primera vez que salió a trabajar?

—¡Oh! Nada; ninguna... Ahora, sí; conforme voy siendo mayor me infunde más respeto.

—Una indiscreción: ¿Cuántos años tiene usted?...

—Veinte... ¿Qué?...

Y se me quedó mirando fijamente.

—Que no representa usted más que diez y siete.

—¡Oh, qué bien!... Pues sea usted bueno alguna vez y ponga los que represente nada más...

—¿Y tendrá usted ya muchos cuartitos ahorrados?...

—¡Qué curioso!... No sé... Como yo no los guardo... ¿Acaso tengo yo manos de contar dinero?...

—Señorita, usted tiene manos de hacer castillitos con los naipes. ¿Quién le guarda a usted el dinero?

—Papá y mamá...

Hubo un silencio. Ella no sabía qué hacer con sus lindas manos de alabastro. Hojeaba un álbum.

—Pues bien, señorita; estoy muy disgustado...

—¿Por qué?—inquirió, ingenua.

—Porque no me dice usted nada interesante...

Hizo un gesto de apenada...

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?... Ya se lo dije antes.

—Es que es usted una mujer fría de alma...

—No lo crea usted; las apariencias casi siempre engañan... Soy una polvorilla...

—¿Cuántos novios ha tenido usted?...

—Ninguno...

—¿Ninguno? —exclamé, asombrado—. ¡Parece mentira!...

—Y ¿qué quiere usted que yo le haga? La culpa la tienen los hombres, que no han sabido interesarme... Todos mis pretendientes desisten en seguida de mí, y luego se casan con una que se parece a mí... Esto ya me ha ocurrido con tres o cuatro... Es una pena esto de tener un físico tan vulgar.

—Pues yo he oído decir—insinué maliciosamente—que a usted no la dejan amar...

—¿Quién?...

—Su padre, que le administra muy escasa libertad...

Encarna se indignó levemente. Su rostro pálido mate se arrebołó y...

—Pues lo han engañado a usted como a un chinito pequeño. Tengo toda la libertad que debe tener una señorita menor de edad...

—Muy bien dicho—elogié yo.

—Clarito, nada más...

—Y eso de que no la dejan a usted enamorarse es una majadería. Cuando una mujer se enamora de veras, ni papá, ni mamá, ni nadie son suficientes para callar el corazón...

—¿Que mi padre no acepta cierto lugar que aceptan otros padres?... En eso hace divinamente, y es la mayor prueba de que me quiere... ¡Ay! A mí no me gustaría tener un padre y una madre de esos de guardarropía o de opereta... De esos que aceptan y transigen con los pecados de las chicas... ¡No y no!... Yo quiero que mis padres sean como son...

—Entonces, Encarna..., sinceramente, ¿usted no se ha enamorado todavía?...

—Le juro a usted que hasta ahora no. Yo, el día que me enamore, tiene que ser de una cosa grande..., que lo valga... Además, el amor nace del aburrimiento...

Al ver mi gesto de asombro, insistió:

—Sí, señor; no ponga usted esa cara. El amor nace del aburrimiento... Esto no es una filosofía, es una pequeña observación. Cuando una o uno tiene mucho que hacer y todo su espíritu está pendiente de una vocación, no hay amor que valga... Ni queda tiempo para enamorarse... Eso me pasa a mí... Las niñas que se enamoran como tontas son esas que van a reuniones a «pasar el tiempo» o salen «a tomar el sol»... Yo no comprendo eso de coger el bolsito, calarse el sombrerete y salir a tomar el sol...

—Entonces, es que no le gusta a usted el sol...

—No, no es eso... Lo que no me gusta es salir sólo por tomarle. Me encanta ir siempre por la calle muy de prisa, sin saber por qué, aunque no tenga nada que hacer, y si hay sol, lo tomo de paso, y si llueve, me mojo, y en paz.

Y la *Argentinita* hablaba ya con una soltura y una gracia extraordinarias...

Continuó:

—A mí la noche me seduce. Me gusta mucho... Yo en las secciones de tarde trabajo de mala gana; en cambio, por la noche me agrada mucho... Nada en la vida, para mí, tiene el encanto de una madrugada de otoño o de prima-

vera... Los artistas somos como los grillos... Vivimos de noche...

—¿Se levanta usted tarde?...

—Cuando no tengo nada que hacer, a las doce, y cuando tengo algo que hacer, a las doce y media.

Reímos y murmuramos...

—Encarna, usted es una mujer que ofrece tres aspectos distintos.

—Dígamelos usted... ¡Dígamelos usted!...

—En el escenario y ante el público es usted encantadora y graciosa... En la calle... ¿Me permite usted que se lo diga?...

—Sí, sí...

—En la calle es usted *patosilla*.

Me interrumpió:

—Usted es miope, mi querido amigo... Usted me ha mirado de lejos y le he parecido una niña cursi de esas de cuarto piso con piano... Nada de eso... La gente que me trata dice que... ¡vamos!..., que soy graciosilla...

—No basta; la gente es muy aduladora...

—¡Y usted un guasón!

—Conformes. Y su tercer aspecto es la intimidad, donde vuelve usted a ser salada y graciosa como en las tablas.

—¿Y usted cree que esto es la intimidad?...

La preguntita me dejó sin respiración.

—Relativa... Nada más que relativa...

—Soltó una carcajada maliciosa.

Callamos... Ella acariciaba la cabecita de una de sus muñecas, y como viese que yo me fijaba en ellas, exclamó ingenuamente:

—Estas son mis hijas... Se las presentaré a usted.

Y, entregándome las manos de las muñecas, dijo cómicamente:

—*Manolita Algarroba* y *Cristeta Tabladillo*; a *Cirila Pérez* la tengo en el teatro. Tiene usted que ir por allí para conocerla. Es deliciosa, graciosísima... Tiene magníficos golpes... Como la tengo en una repisita, siempre se está cayendo al suelo y... ¡tiene muchos golpes!...

Elogié el chiste, aunque malo; pero dicho por boca tan fragante, mejoraba.

—Y... ¿ante qué público trabaja usted más a gusto?...

—Ante el de la villa y corte.

—¿Cuál artista de su género es la que más admira?...

Meditó.

—No sé... Amalia Molina, porque tiene aromilla andaluz... Además, como a mí me gusta mucho el flamenco...

—¿Y qué proyectos o ilusiones guarda usted para el porvenir?

Se encogió de hombros.

—Trabajar... Trabajar hasta que llegue eso que dice usted de enamorarme... Y si no, cuando sea vieja..., muy vieja, que ya no pueda bailar ni nada, solicitaré que me den una plaza en el Asilo de Pastora y en la Colonia veraniega de Amalia... Yo creo que ellas me la darán...; ¿verdad?...

—Es posible. ¿Qué vicios tiene usted?...

—Ninguno... Es decir, sí: tomar café y el teatro... Pero eso del café no lo diga usted, porque ya estoy viendo que mis admiradores me van a regalar diez céntimos de caracolillo y moka.

—¿Tiene usted muchos admiradores?

—Todos los que les sobran a las demás..., que son bastantes.

—¿Recibe usted epístolas amorosas?

—¡Oh!, muchas... Ayer me decía un pollo en una: «Si no me quiere usted, tomaré duchas...»

—Y usted, ¿por qué no le hace caso a alguno?...

—Ya se lo he dicho: porque no me gustan. Y..., además, porque tengo un defecto de consideración.

—¿Cuál?—pregunté alarmado.

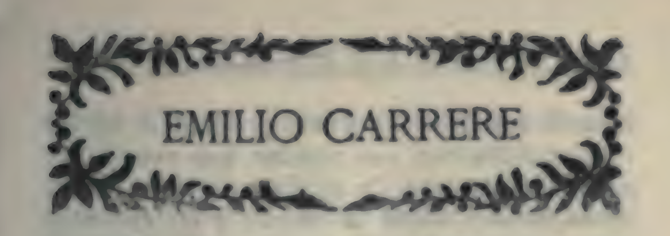
—No se inquiete usted, que no es para tan-

to... Es que soy sonámbula... Todas las noches, a la hora de haberme acostado, me levanto y me pongo en medio de la alcoba a bailar bulerías o boleros o rumbas... Algunas temporadas tienen que atarme a la cama... La cosa, para un marido, es un poco seria... Cualquiera carga con ese hueso...

Y como me viera tomar nota, protestó encantadoramente:

—¡No! ¡No!... Eso no lo cuente usted... Mire usted que lo demando...

—No importa... Ya está.



# EMILIO CARRERE

Fué una noche de estas últimas.

¿De dónde venía yo a las cuatro de la madrugada?... No recuerdo, ni falta que hace; el caso es que, en busca de las calles céntricas e iluminadas, me había perdido en el laberinto oscuro de esa piña de callejas silentes, tortuosas y estrechas que parten de la plaza de la Cebada hasta la plaza de la Villa, y que tan tangiblemente nos recuerdan los románticos tiempos de capa y espada. Había dejado a mi espalda la cruz de Puerta Cerrada, las dos Cavas, la plaza del Conde de Miranda, y en aquel momento subía por una callejuela muy angosta y muy empinada, llamada Puñoenrostro. No llovía, pero la noche era oscura como un abismo. El frío helaba las orejas y llegaba hasta los huesos. Ni una estrella, ni un transeunte... Todo por allí dormía, y yo, influído por este

silencio solemne, procuraba producir el menor ruido posible con mis pisadas, que resonaban escandalosamente. De pronto sentí tras de mí otros pasos... Volví la cabeza y me encontré con un *embozado*... No llevaba capa turquí ni roja; pero iba cuidadosamente abismado en una *pañosa* negra; tampoco llevaba chambergo de amazona, pero iba tocado con un fieltro de anchas y desaliñadas alas... Como me pareciera conocer la pequeña silueta y los andares desconcertados de aquel individuo, me detuve en el centro de la calle. Pasó por mi lado sin siquiera advertir mi presencia, tan sumido iba en su interior, y aunque llevaba el rostro recatado por el embozo de la capa y bajo las anchas alas del sombrero, le reconocí...

—¡Carrère!—grité.

Se detuvo sorprendido, levantó la cabeza y, al encontrarse conmigo, correspondió a mi grito...

—*¡Audaz!*

Nos tendimos las manos... Yo estreché la de Carrère, porque él la entrega siempre rígida, sin hacer ninguna expresión con ella.

—¿Adónde va usted a estas horitas?—le pregunté.

—Son «mis horas»...—repuso—. A las dos me echo fuera del café y gusto de andar sin

rumbo fijo por estas callejuelas del Madrid clásico.

—¿Siempre?...

—Casi siempre... Estoy dando vueltas hasta el amanecer...

—Y ¿no se aburre usted?...

—¿Aburrirme?... No; porque mientras que camino voy mentalmente laborando... La noche y este ambiente es un excitante magnífico para mi inspiración... Mis mejores poesías las he hecho vagando por las calles de madrugada.

Y como viera que yo le miraba sorprendido, prosiguió:

—No le extrañe a usted. Algunos escritores, ¿no trabajan con la taza de café al lado o con la copa de coñac?; pues yo necesito empaparme en la noche. Cuando ya mentalmente llevo construída una estrofa, entro en un *tupí*, en una botica o en el primer establecimiento que hallo abierto y la escribo...

—¿Entonces de día no trabaja usted nunca?

—Jamás... Al amanecer huyo a acostarme... Le tengo al sol un horror espantoso... Nunca me ha sorprendido en la calle.

Sin darnos cuenta, animados por el diálogo, nos habíamos puesto en marcha, y ya caminábamos por la calle Mayor... Nuestra conversa-

ción resonaba en el silencio de la noche. De vez en cuando el poeta se detenía para hacer una afirmación.

El amigo Carrère es un hombre pequeño y más bien grueso... Su rostro es redondo y está casi siempre renegrido por el barbecho de una barba de ocho días. Su grueso bigote lleva habitualmente las guías en el mayor desorden: una, de punta; la otra, caída. Carrère es descuidado y absurdo en la indumentaria, porque jamás fué condición de poetas el atildamiento y la pulcritud en el vestir, y Emilio Carrère es uno de los poetas más grandes que ha tenido España, aunque en la mollera de los que le ven un poco mugriento y bohemio no quepa esta rotunda afirmación. Pero sí; después de Rubén Darío, *el Divino*, Carrère es el primer poeta de nuestros tiempos, siendo muy superior a todos los antepasados... En fin, prosigamos.

Carrère había sacado un cigarrillo; comenzamos a fumar y continuamos hablando.

—¿Cómo se manifestó en usted la afición a la poesía, Carrère—inquirí.

—Verá usted. Me gustaba la vida de la farándula, de inquietud y de aventura, que armonizaba con mi rebeldía espiritual. Cuando apenas tenía bozo, entré en una compañía de

melodramas domingueros que dirigía don Juan Casañer, un viejo actor de la época romántica... Algunas veces hicimos obras de Zorrilla y del Duque de Rivas, y declamando los versos de *Don Alvaro* en el escenario o por las calles y los jardines, a la luz de la luna, comencé a sentir la emoción de la poesía... *Don Alvaro o la fuerza del sino* es la obra que más me gusta de esa escuela. Además, me recuerda la adolescencia, cuando yo era un niño muy triste y muy pobre—¡siempre la Miseria, desde las primeras horas de mi vida!—y tenía una novia que se burlaba un poco de mi traje deslucido, y a la que nunca besé en los labios... A fuerza de dolor comencé a ser poeta... Recuerdo que mis primeros versos los escribí para recitarlos en público. Estaba la compañía de Casañer en Barbieri. Me repartieron un papel de Rey Mago en *El nacimiento del Mesías.* La obra era detestable; yo tenía que decir dos quintillas realmente repugnantes... Yo abomino de las quintillas: son ramplonas, rellenas de ripios y de latiguillos; son versos dignos de los poetas del siglo pasado—Camprodón, Rodríguez Rubí y demás paladines del cascote poético—. Pues bien: entonces escribí ocho endecasílabos y se los di al apuntador, y ya en escena, cuando tenía que decirle mi pequeño

parlante al Niño Dios, me equivoqué; el público me largó una grita enorme, me echaron a la calle y... me hice poeta.

—¿Y le costaría a usted mucho trabajo abrirse las puertas de los periódicos?...

Carrère se entristeció.

—Mucho. En los periódicos se reían de mis pelos largos y de mi cachimba, y me llamaban «modernista». Me devolvieron sistemáticamente, durante cinco años, todos mis poemas, los mismos que he publicado después en todos los periódicos... Pude, al fin, romper el hielo gracias a Luis Bello, que me publicó cosas en *Nuevo Mundo* y después en *El Imparcial*... En seguida Vicenti, López Ballesteros y Verdugo, su director y mi entrañable amigo, dieron hospitalidad a mis versos con entera libertad, sin cortapisas..., y me pagaron recibos anticipados... Eso de cobrar las cosas adelantadas lo recuerdo de siempre. Es una segunda naturaleza mía...

—¿Qué poetas han influído más en su gusto y en su espíritu?...

—Edgard Poë, Enrique Heine y, más tarde, Rubén Darío... Rubén es el mejor poeta contemporáneo. El nos ha enseñado a escribir, a amar el estilo y a afirmar la suprema aristocracia de la poesía.

—¿Entonces usted no creerá que estamos en un momento de decadencia poética y literaria?

—¡Oh!... Quien diga eso es un imbécil. Al contrario: estamos en un momento de florecimiento literario. En la novela, Galdós, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Valle Inclán, Baroja, Zamacois... Y también Felipe Trigo, que es un formidable temperamento de novelista. Esto sin contar la nueva generación, que viene con más savia que la anterior. De poetas, me gustan más los de ahora que los del siglo pasado, aparte de Campoamor, Zorrilla y el Duque de Rivas. Echegaray, que tiene una mentalidad superior, fué un poeta muy mediocre. Y, en poesía, lo mediocre es intolerable.

Hubo un silencio. Ibamos por la calle de Campomanes.

—¿Y cómo vive usted, Emilio?...

—Muy mal—lamentó él con absoluta tranquilidad—. Vivo al día; de la colaboración periodística. Haciendo versos y cobrando en seguida cinco duros por cada poesía. El porvenir se presenta torvo... En cuanto caiga enfermo y tenga que estar ocho días en la cama, ¡la catástrofe!... Esta es, descarnadamente, la verdad... Me paso la vida en un café, en uno de esos cafés solitarios y viejos donde van pare-

jitas de enamorados. Allí tengo montado mi *despacho.*

—¿Qué vicios le dominan a usted?...

—Ninguno. Fumo bastante; nada más. ¡¡Odio el alcohol!! No tomo vino ni en las comidas... Buscar la inspiración en el fondo del vaso me parece un tópico de bohemia lúgubre, trasnochada e impotente. Verlaine, Baudelaire y Poë fueron geniales, no por el alcohol, sino a pesar del alcohol...

—Cuénteme usted alguna anécdota.

—Con mujeres me han ocurrido muchas cosas; pero casi todas son impublicables. De otra índole, le hablaré del odio que me profesaba el presidente del Tribunal de Cuentas, don Mariano Catalina. Yo creo que me tenía envidia literaria. Este señor era un engendro de poeta y era mi jefe burocrático. Tenía unas barbas bermejas y una oreja putrefacta. Un día me llamó a su despacho: «Me han dicho que hace usted *coplas* en la oficina.» «Versos, señor Catalina, y mejores que los de los académicos.» Catalina era secretario de la Academia, y aquella impertinencia me costó un mes de suspensión de sueldo.

—¿Usted, como poeta, rendirá un ferviente culto al amor y será un exquisito romántico?...

—Sí, señor... Siento y he sentido siempre

una gran inquietud por el amor en toda su multiformidad... Las mujeres muy bellas y muy ardientes son una racha de fuego que perturba la vida... Precisamente sé toda la desolación de la vida andariega, dentro de una carreta de la farándula, porque a esa vida me llevó una mujer. Sí, amigo mío, me arrastraron a esas aventuras de que le hablé antes los ojos bellos y un poco tristes de una gentil farandulera que tenía quince años y era muy linda... También por ella sé lo que es entrar en la posada por la puerta y salir por la ventana huyendo de los posaderos, y andar con hambre y con fiebre por las carreteras interminables.

—¡Es usted un bohemio empedernido!...—comenté.

Él protestó.

—Eso de la bohemia ha llegado a fastidiarme, por la falta de comprensión de la gente. Mi bohemia nunca ha sido la del andrajo y la pipa... Es una indisciplina espiritual, falta de adaptación a los ambientes vulgares y antiartísticos... Yo he satirizado ferozmente a los grotescos polichinelas de la bohemia. Si yo fuese millonario, sería un bohemio... a mi manera, que no es lo que entiende la gente. Yo creo que la bohemia es, para los artistas jóvenes, una especie de puente desde el anóni-

mo y la pobreza hasta el triunfo o el hospital. Pero entremos aquí...

Carrère me indicaba un cafetín nocturno que hay en la plaza de Santo Domingo...: «El Oso Negro»... Penetramos. Carrère se desembozó torpemente y tomamos asiento en un rincón. Un muchacho, adormilado, nos sirvió un poco de *recuelo* con churros...

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?

—Ocho.

—¿Prefiere usted?...

—Prefiero *Del amor, del dolor y del misterio*, que es el último; después, *El encanto de la bohemia*; éste es el que más se ha vendido.

—¿Por qué no hace usted teatro?...

—Quiero hacerlo. No sé si sabré. Me gusta el teatro poético, a la manera de Valle-Inclán, porque el de los románticos del siglo pasado es abominable... Pienso hacer una obra recogiendo el espíritu de la corte de Carlos II.

—¿Qué es lo que le inquieta a usted más de la vida?...

—Lo que más me angustia de la vida es la muerte. Tengo el terror físico de que me echen en un ataúd y me entierren, aunque yo creo que se vive después de morir. Perderse en la Nada sería cruelmente absurdo, y alrededor nuestro todo es lógico y armonioso en la vida universal.

—¿Cuáles son sus estudios predilectos?

—Mire usted, me interesa el Universo. Todo lo que es para mí un misterio me inspira una enorme sed espiritual... No sé nada de nada. De chico no he podido estudiar. Desde muy joven he tenido que ganarme la vida de una forma absurda. Lo poco que he aprendido es por esa gran curiosidad... He vivido muy intensamente la vida del arroyo y aspiro a hacer una labor de anarquismo sentimental, violento y noble, dentro de un estilo elegante y armonioso. Veremos si puedo. *La musa del arroyo*, *La voz de los mendigos* y *El elogio de las rameras* son una muestra. Amor para el dolor universal y comprensión de todas las cosas... El alma abierta sobre las angustias de la carne y del espíritu, y una protesta contra esa agravación del dolor natural de la vida, que es el dolor social creado por el egoísmo y la estupidez. Me interesa, más que la Literatura, la Química, las Matemáticas, la Medicina. Todo a ciertas alturas, en las cumbres, es emoción poética.

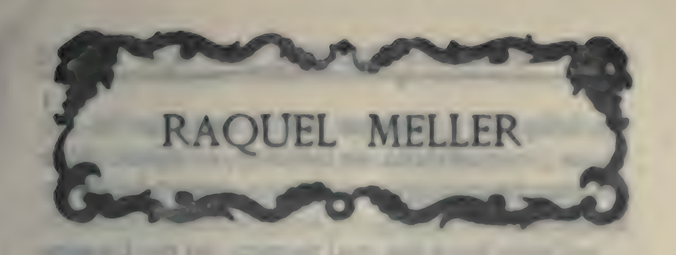
A nuestro lado, dos *golfillos* astrosos y mal encarados nos miraban con idiota curiosidad... Cuando terminó de hablar Carrère, le dijo el uno al otro:

—*Ninchi*... ¡te has enterao de algo?...

—Yo, *ni gota*...

Comenzaba a grisear el nuevo día...

Y yo, mirando a mi poeta amigo, me acordaba, no sé por qué, de los días miserables de Zorrilla... ¡La vida!... ¡La gloria!... ¡Bah!...



# RAQUEL MELLER

Cuarto núm. 60...

Y a nuestros discretos golpecitos respondió una dulce voz femenina:

—¡Adelante!...

Penetramos, y a los dos pasos nos hallamos en una alcoba...

Cerca del balcón, sentada en una pequeña butaquita, Raquel Meller, la diabólica ingenua, hacía labor.

—Buenos días, señorita Raquel—la saludé—. ¿Está usted haciendo unos pantaloncitos?...

—Sí, señor; para usted; mírelos.

Y, al decir esto, me mostró un pañito de seda, en uno de cuyos extremos estaba bordando.

Sin moverse y sin descruzar las piernas, que cabalgaban la una sobre la otra, había alzado sus expresivos ojos y me dirigía una mirada dulce e ingenua. Con su boquita, encogida en

un delicioso y perenne mohín de chiquilla mimosa y contrariada, se lamentó, al mismo tiempo que me entregaba su mano, que yo besé cortésmente:

—Como hace tan mal tiempo, no me he atrevido a salir.

—Entonces hoy se queda usted sin su baño de sol.

—Claro; si no lo hace, no va a salir sólo para mí.

—Yo, si fuese él, tal vez me decidiese. ¿Adónde acostumbra usted a ir todos los días?...

—Voy a *pastar a la dehesa*.

—¿Cómo a la dehesa?...—inquirí, sonriendo.

—Sí, de verdad—declaró ella muy seria—: a la Dehesa de la Villa. Al lado del Asilo de la Paloma... Un sitio delicioso. Allí paso todo el día, desde las once hasta las seis... Hay mucho sol, y pinos, y ruiseñores que cantan muy bien..., y niños que juegan, y gallinitas que alborotan, y palomas que se arrullan. ¡Oh!... Es encantador...

—¿Y esto lo hace usted por prescripción del médico?...

—Sí, señor... Dice que estoy muy débil.

—Pero, ¿es cierto que ha estado usted enferma?

—Y tan cierto. Y todavía estoy regular no más... Algunas noches me da fiebre.

—¡Pobrecita!—lamenté—. Ya he visto que se ha hecho usted alguna fotografía dentro de la cama...

—Claro: estaba acostada y se obstinaron en retratarme; no era cosa de meterme debajo de ella para que usted no se riera...

Y después, mostrándome los brazos, exclamó:

—Fíjese usted qué negra estoy de los baños de sol...

—¡Ah! Pero, ¿se solea usted con los brazos al aire?

—Sí, señor, y muy descotada... ¡Así estoy!...

Sin querer, llevamos nuestra vista a su honesto descotito, algo tostado, y para inquietarla, murmuré:

—¿Se ha dado usted iodo en el pecho?...

—No, señor—protestó rápida—. Es del sol...

Por hacerla rabiar, insistí:

—¡Qué sol ni qué ocho cuartos!... Eso es iodo.

—¡Bueno, mejor!... Lo que usted quiera—repuso, infantilmente enojada.

Hubo un silencio, durante el cual Raquel permanecía muda, con la mirada baja... Sus manos, largas y delgadas, jugaban distraída-

mente con una borla de azabaches del coselete de su vestido negro.

Raquel no es una mujer extraordinariamente bella; pero tiene un gesto, una expresión y hace unos mohines de gatita tan monos, que resulta encantadora, y resulta más atrayente que si fuese toda ella belleza y perfección...

Estábamos en su cuarto del Hotel Inglés. Era una alcoba-gabinete espaciosa. Sobre la cama dorada dormía un perrillo inglés. Desde la cabecera, una muñequita de trapo, *Totó*, parecía mirarnos asustada.

Continuaba ella callada y jugando con la borlita..., y, sin embargo, con su gesto, provocado constantemente por mí, parecía decirme: «Es usted un tonto, un impertinente, y no le araño porque todavía no tenemos confianza bastante.»

—¿En qué piensa usted, Raquel?—le pregunté.

—¡Ay!—suspiró—. En las decepciones que se lleva una en esta vida.

—¿Y eso?...—inquirí.

—Ya ve usted, ¡cosas!... Yo, leyéndole a usted, me había hecho la idea de que *El Caballero Audaz* era un periodista amabilísimo, muy fino, muy galante; en fin, ¡qué sé yo!... Y ahora me encuentro con la espantosa realidad...

—¿Y cuál es esa realidad?...

—¡Hombre! Pues que es un indiscreto, un prosaico, un vulgarote...

Y me dirigía estos tremendos insultos sin siquiera levantar la vista de las manos y con un gesto de candor que nos hacía reír escandalosamente... Esta risa la indignó más, y... amenazó huraña:

—Además..., ya no le contesto a nada de lo que me pregunte.

—Perfectamente, señorita rabiosa; perfectamente... Quiere decirse que me obliga usted a que invente nuestra conversación.

—¡No; eso, no!—saltó rápida.

—Entonces, vamos a ver. ¿Es usted aragonesa, señorita Raquel?...

—Sí, señor.

—Ya se le conoce.

—¿En qué?...

—En que se parece usted a la Virgen del Pilar.

—¡Ah! ¡Tonto!... Bueno; pero yo no quiero que hablemos de mi niñez.

—¿Por qué, señorita Raquel?...

—Porque ha pasado tanto tiempo, que ¿quién se acuerda de ella?... Además, ¿qué le iba a decir?... ¿Que desciendo de príncipes y de reyes arruinados, como dicen otras cursis?... No;

nada de eso. Mejor es que hablemos solamente de Raquel Meller. Raquel Meller nació hace nueve años... Es, pues, una niña ingenua.

—Pero Raquel Meller—agregué—tendría padres... ¿Quiénes eran sus padres?...

—No quiero hablar de mis padres—murmuró tristemente.

—Señorita caprichosa, no quiere usted hablar de nada...

—Pero, hombre, si lo pasado no tiene interés. Que nací en Tarazona, provincia de Zaragoza, y que a los dos meses me llevaron a Francia.

—¿A qué sitio?...

—A Montpellier, y allí estuve hasta los doce años, que me trasladé a Barcelona.

—Y en Barcelona, ¿a qué se dedicó usted?

—A costurera, porque yo sabía coser bastante. Había que vivir, y entré de oficiala, ganando doce pesetas semanales, en una tienda de la calle Tapinería, veintisiete y veintinueve.

—¡Caramba! Entonces ganaba usted más que ahora que, según he leído, está usted trabajando gratis en el Trianón.

—No, señor. Estoy cumpliendo una condena de un pleito que perdí contra el señor Morio-

nes, y, además, el empresario del Trianón me da veinte pesetas diarias para mis gastos y me saluda muy afectuosamente...

Volvimos a rememorar el pasado, que, por ser un fuerte contraste, resulta lo más interesante en una artista.

—¿Y recuerda usted con agrado aquellos tiempos en que era modistilla?...

—¡Ni siquiera!...

Hizo una pausa, durante la cual sus ojos soñadores miraban a sus manos. Tras de ella, exclamó con melancolía de suspiro:

—¿Cómo se van a recordar las tristezas pasadas con agrado?

Y se encogió de hombros en un supremo gesto de resignado desdén, como si quisiera alejar malos pensamientos.

—¿Cómo nació en usted la idea de ser artista?...

—Qué sé yo... Es decir, sí... Había en el salón Gran Peña, de Barcelona, una artista a la cual yo le hacía la ropa, y ella me animó para que me decidiera. Como yo era muy pobrecita, ella me dejó trajes y las otras chicas me prestaron música, y debuté.

—¿Con qué sueldo?...

—Siete pesetas diarias durante quince días.

—¿Y gustó usted?...

—¡Quién se acuerda!... Cuando todavía sigo cantando, gustaría... De allí fuí a provincias, y después vine a Madrid...

—¿Creo que en Barcelona le quieren a usted mucho?...

—Lo mismo que aquí.

—¿Qué artista de su género le gusta a usted más?...

—Hizo un gesto despectivo.

—¿Pastora Imperio?...—pregunté.

—Quiá, hombre—rechazó—. Pastora Imperio, si no fuera por el *Gallo*, ¿qué sería de ella?... Si no, mire usted: un mes antes de casarse con el *Gallo*, estaba conmigo en Petit Palais; cobraba setenta pesetas y yo cuarenta duros. ¿Es que ha ganado en arte? ¡Quiá! Ha ganado en marido.

—Entonces, ¿será *La Argentinita* su preferida?...

—Sí—contestó en tono de burla—. ¡Mucho!... Es muy elegante y tiene el pie pequeño... Y bailando sí que me gusta... Parece una máquina de coser. Taca..., taca..., taca... Y siempre igual, como un autómata... Es la verdadera bailarina mecánica...

—¿Pero como más le gustará a usted será cantando?...

—Sí..., sí—asintió en broma—. Sobre todo, ópera...

—Y *Tórtola*, ¿no le gusta?...

—Sí; como bicho raro, sí... Es una mujer que vive de fantasías... No llama la atención por la calle y en el escenario por artista, sino por loca...

—Caramba, Raquel; es usted muy criticona, y, además, veo con disgusto que no le parece bien ninguna de sus compañeras. Pero *La Goya* sí le gustará, ¿no?

—¡Hombre! Como modista no está mal...

—¡Vaya, vaya! Decididamente, no le gusta a usted ninguna.

—Esas, no... Y como no soy una hipócrita, como son todas, le digo lo que siento...

—Pues lo publicaré...

—Haga lo que quiera; para eso lo digo... A mí me gustan las artistas de corazón y de cerebro. Por ejemplo: en baile, *La Argentina*, que es la única artista que hay en España. La *Lulú* también me gusta, porque tiene algo suyo.

Callamos. Ahora la artista cruzaba las manos sobre el regazo.

—¿Qué ilusiones tiene usted para el porvenir?...

—¡Oh!—suspiró—. El porvenir lo veo muy negro.

—¿Tiene usted dinero?...

—Si lo tuviera, no estaría aguantando a los empresarios, ni trabajaría... No tengo una peseta.

—Pues se dice que ha arruinado usted a muchos hombres...

Saltó como una tigresa:

—¿A qué hombres?...

—No sé..., no sé...—repuse sonriendo.

—Porque son fantasías. ¡Mire usted—deploró—que haberme levantado temprano para oír estas cosas!... A mí el dinero no me hace feliz; por eso no lo guardo para que me acompañe.

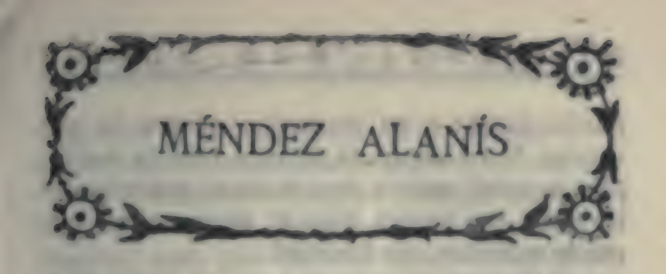
—¿Está usted enamorada?...

—Quite usted de ahí. Estoy cansada... Solamente cansada de vivir. No deseo la muerte, pero tampoco encuentro aliciente en este desgranar de horas todas iguales y siempre asfixiada por esta monotonía... Yo quisiera que cada minuto nos trajese emociones distintas al anterior y cada día hiciéramos cosas inesperadas... Pero ¡esta monotonía!... ¡Siempre igual!... ¡La vida es aburrida!...

Mientras que la artista hablaba, yo curioseaba indiscretamente en las cartas y cajitas que había sobre su tocador.

—¡Oh!—clamó al verme leer una carta, al mismo tiempo que me la arrebataba—. ¡Me gusta la confianza!... ¿Con qué permiso?

Yo sonreí y me puse a leer otra, sin hacer gran caso de sus ingenuas protestas...



# MÉNDEZ ALANÍS

Mientras que esperaba a que me recibiera, iba en mi imaginación fantástica figurándome el despacho del Director. Seguramente sería algo novelesco, a lo Doyle. Como el de Juve, el de Nickcarter y el de Fantomas, tendría sus trampas, sus puertas de observación inadvertidas, sus resortes de transformación, sus sillones misteriosos y demás encantadoras triquiñuelas, tan distraídas y tan necesarias en el arte del detectivismo novelero.

—¿Ve usted aquella luz que hay sobre la puerta del despacho del señor Director?—me preguntó un portero barbudo, alto y recio como un trinquete, bien puesto de librea y guante blanco, señalándome una luz roja.

—Sí, la veo—repuse, y escuché suspenso.

—Pues bien—prosiguió—: mientras el señor Director tenga encendida esa luz roja, nadie

puede llamar a su despacho, ocurra lo que ocurra. Si en lugar de la roja luce la verde, sólo se puede entrar para asuntos urgentes del servicio, y si luce la blanca, entonces sí se le puede molestar con libertad.

—¡Ah!, pues esperemos a que se encienda la luz blanca.

Y sin perder de vista las parlantes bombillas, tomé asiento en un despachito. Pronto fuimos varios los que esperábamos ser recibidos por el Director. La colación de tiempo se hizo más agradable, porque entre nosotros estaba Manolo Bueno, que es un amenísimo *causeur*, y el rollizo diputado Antón del Olmet, que, según me dijeron, llevaba el propósito de suscribir a su periodiquito todo el Cuerpo de Seguridad y Vigilancia. ¡Admirable ideíca para *asegurar* un diario!

Lució, al fin, la luz blanca y nos llegó el turno de entrar. Atravesamos un suntuosísimo salón dorado, sólo comparable, entre los oficiales, con el de los Consejos de Ministros de la Presidencia, y después penetramos en un despacho magnífico, de gusto moderno y exquisito. Allí nos esperaba, de pie, don Ramón Méndez Alanís.

Tiene este caballero, como pocos, una autoridad agradable de presencia que domina. A

través de la dureza severa de su mirada y de la expresión fiscalizadora de su gesto se advierte al hombre lleno de nobleza y de bondad. Algo altivo, pero no por pedantería ni orgullo, sino por hidalgo molde castellano. Todo en su persona es impecable: Su barba rizada y ya casi blanca, sus brillantes cabellos grises, pulcramente alisados, sus manos de uñas esmaltadas, sus ademanes seguros y pausados, su traje azul ¡sin una arruga! Su calzado reluciente, su cuello de pajarita y su corbata de seda verde clavada por una gruesa perla.

La autoridad no basta ejercerla; hay que representarla bien estéticamente, honrarla teatralmente. Maura, López Muñoz, Portago y Méndez Alanís, no habrán necesitado jamás decir quiénes son para recabar todas las atenciones y todos los respetos. Sus aspectos y sus portes es la mejor hoja de servicios. Romanones, en cambio, habrá tenido que recurrir muchas veces a la cédula personal para demostrar que es conde y ex presidente del Consejo de Ministros de España.

Don Ramón, todo rigidez y todo elegancia, me pasó a otro despacho más pequeñito y más íntimo. Allí tomamos asiento.

Miré en derredor y nada extraordinario llamó mi atención. Es decir, sí; algo, muy

poco: una gran pistola de bruñido y reluciente níquel y unas esposas automáticas de aluminio. Al tocar las esposas, el metal helado me transmitió el frío hasta el corazón.

—¿Para qué sirve esta pistola?—le pregunté al Director.

—Para detener criminales peligrosos. Se carga con una sustancia que, al ser disparada, ciega durante unos momentos al que es objeto de su blanco. Y, claro, faltándole la vista al criminal, no puede huir y cae en poder de su perseguidor.

—¿Se usa mucho en España?...

—Muy poco hasta ahora... Aquí, afortunadamente, no hay criminales peligrosos.

Méndez Alanís hizo una transición y preguntó:

—Pero veamos: ¿usted viene a verme como *Caballero Audaz?*

—Sí, señor—repuse—; con toda la respetuosa audacia que se puede tener ante un director de Seguridad tan serio como usted.

Don Ramón rió levemente.

—Pero, hombre—exclamó—, no haga usted nada de mí... ¿Qué intereso yo?... Si soy el policía menos fantástico del mundo.

—Tal vez, y, sin embargo, ha logrado usted crearse una reputación mundial...

—¿Por qué?...—inquirió modestamente sorprendido.

—¡Ah! yo no sé —dije encogiéndome de hombros—. Tal vez porque escribe usted libros sobre la Policía en un país donde no se leen ni los periódicos; tal vez porque ha organizado usted perfectamente este Cuerpo, y tal vez porque en París llamaron la atención —como me consta— las medidas recomendadas por usted... En fin, ¡por cosas!... ¿Le agrada a usted el cargo de director de Seguridad?

—No le tengo afición; estoy aquí por cumplir un deber. La realidad enseña que este cargo, revestido de prestigios superiores, lleva consigo una serie de responsabilidades y amarguras bastantes a desvirtuar los halagos que la vanidad puede encontrar en él.

—¿Qué entiende usted que debe ser la Policía?...

—Hombre, eso no es posible contestarlo en dos palabras. Yo considero a la Policía como el elemento indispensable para la vida y actuación del Derecho. Es la encargada de realizar la función preventiva que se encamina a tutelar el imperio del Derecho, ejerciendo su acción dentro de ese mismo principio vital de toda la sociedad. Hoy las verdaderas causas de las transgresiones del Derecho se reconoce

que radican, no sólo en la constitución física y psíquica del ser humano, sino que también en las que se engendran por el ambiente social, y, en algunos casos, por influencias físicas; es preciso que la verdadera función preventiva actúe constantemente, y antes que se produzcan las transgresiones del Derecho, para conocer y remover, en lo posible, las causas de las mismas, y, en último caso, para que cuando se produzcan no queden sus autores en la impunidad. La Policía, pues, debe ser un instrumento inteligente que, con conocimiento de esta complicada y trascendental finalidad, pueda intervenir de una manera eficaz, y dentro de los límites del Derecho, para que éste impere y para que el sentimiento de la seguridad sea un hecho dentro de la sociedad civil. Por eso yo entiendo que ese dictado de «Policía secreta» y esa antigua costumbre de que los individuos que ejercen esa función realicen sus trabajos en la sombra, es contraproducente, y, además, rebaja la alteza de su cometido. El policía debe ser el consejero, el protector, tanto de los criminales como de los propensos al crimen; deben conocerse todos mutuamente, y así la producción útil de ese trabajo será un hecho efectivo, y para la sociedad honrada, como para los demás, el policía será lo que su

función determine, o sea el defensor constante de la seguridad pública y privada, y el criminal verá en él el dique más infranqueable para su delincuencia y su protector decidido cuando se aparte del delito.

—¿Cree usted que en el hombre la tendencia delictiva es heredera, o habitual?...

—Aceptando yo la teoría de que en el fenómeno delictivo intervienen, como causas productoras del mismo, tanto la constitución física como psíquica del ser humano, como los de origen social, y, en algunos casos, los menos a mi entender, los elementos físicos, hay que aceptar la clasificación que de los criminales hacen los positivistas; y, por consiguiente, los habrá que fatalmente vayan al crimen por su constitución interna, y, por lo tanto, teniendo parte en ella la herencia; otros, por hábitos adquiridos, en los que la herencia dará tan sólo elementos negativos, y otros pasionales, en los cuales la herencia toma también gran parte. Lo más corriente es que en todo delito obren combinadas todas las causas que se estiman como productoras del mismo en mayor o menor parte.

—¿Qué me dice usted de la delincuencia en España comparada con la de otras naciones?

—No puedo contestarle a esa pregunta, porque no tengo datos exactos.

—¿Qué reformas ha implantado usted en la Policía?...

—Todo lo que existe hoy, que sería largo y penoso de enumerar. Desde la Jefatura, y después la Dirección, hasta el último servicio de vigilancia.

—¿Ha encontrado usted dificultades para estas grandes mejoras?...

—Como mis reformas no afectaron las cifras del Presupuesto, no hallé oposiciones de ningún género. No he de dejar de decirle a usted que el que proporcionó la primera materia para poder trabajar en el sentido que lo he hecho fué el ilustre don Juan de La Cierva con la publicación de la ley orgánica de Policía, mediante la cual se nutrió el Cuerpo de Vigilancia de personal bastante aceptable y muy superior en condiciones al que lo formaba con anterioridad. Aquí, en la Dirección, he creado los Registros de este Centro, que se dividen en tres secciones: una, referente a los Registros propios de Policía en todas las provincias de España; otra, de informaciones en general, nacionales y extranjeras, y otra, de Prensa nacional y extranjera. También he establecido Laboratorios de fotografía y de re-

velación por huellas dactilares; y en lo que se refiere al servicio, se ha establecido éste por brigadas, buscando la especialización de aptitudes para el mismo.

—Y, dígame usted, don Ramón, ¿cómo puede usted, desde su despacho, dirigir una vigilancia determinada con motivo de una ceremonia?...

—Muy sencillamente. Me paso unas horas delante de un plano gráfico del trayecto que va a necesitar vigilancia por cualquier motivo, y voy distribuyendo sobre él las diferentes fuerzas de que dispongo, que en el plano están representadas por banderitas de diferentes colores, según que sea agente, guardia civil o guardia de seguridad; cada banderita tiene también el nombre del agente o el número del guardia. Así es que los dos mil o tres mil hombres los coloco matemáticamente, siempre teniendo en cuenta los puntos que exigen mayor o menor vigilancia.

Hizo un silencio.

Don Ramón sacó un cigarrillo de papel, del tamaño de un puro, y lo encendió. Continué:

—¿Entiende usted, don Ramón, que el delito debe ser castigado con dureza, o se debe educar al delincuente?...

—Eso no puede decirse de una manera ab-

soluta. Lo que sí entiendo es que la pena no debe ser nunca verdadero castigo, y sí medio de defensa que está obligada a emplear la sociedad contra el insensato que perturbe las condiciones esenciales de subsistencia. Debe separarse de la sociedad, de cualesquiera de las formas en que esto sea posible, a todo aquel que demuestre su fatal inclinación al crimen. Al criminal por costumbres adquiridas y por ímpetu de pasiones se le debe procurar su corrección mediante una separación temporal de la vida en sociedad.

—¿Cuál cree usted que es el mejor Cuerpo de Policía del mundo?...

—Amigo *Audaz*, no es cosa sencilla atreverse a afirmar cuál es la mejor Policía del mundo, entre otras razones, porque yo no las conozco lo suficiente para emitir un juicio definitivo. Sé que en Buenos Aires se encuentran muy bien organizados algunos servicios. Los mejores registros de identidad, fundados en el sistema dactiloscópico, indudablemente son los de aquella ciudad, cosa que no extraña, pues están dirigidos por el célebre Vicetich, cuyo sistema es, en el fondo, el más generalmente aceptado. La Policía social y la de investigación criminal también se encuentra muy bien organizada. Y en casi toda Europa

se hallan bien atendidos estos servicios. Las organizaciones de Policía pueden dividirse en dos grandes grupos o sistemas, que son: el inglés y el francés; yo soy partidario del inglés.

El Director, al terminar de decir esto, se puso de pie.

—¿Quiere usted visitar las dependencias?... —me preguntó.

—Encantado—repuse.

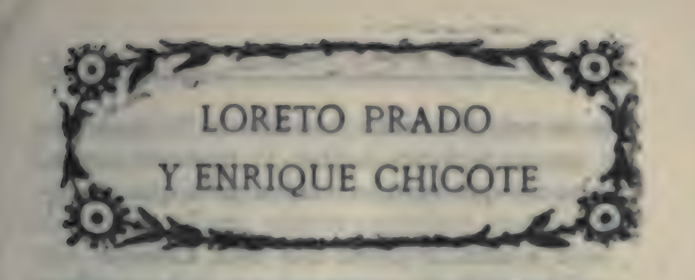
Marchó él delante.

Su presencia en todas las oficinas inspiraba un respeto casi religioso. Don Ramón, con su gesto de caudillo, saludaba a todos.

Y quedé admirado de la prodigiosa organización y orden exquisito que reinaba allí.

Advertíase hasta en los menores detalles el desvelo de un director cuyo lema característico es: Deber y Voluntad.

¡Qué diferencia tan grande existe entre la Dirección de Policía y las demás oficinas del Estado!... ¡El Ministerio de Hacienda, por ejemplo!...



# LORETO PRADO Y ENRIQUE CHICOTE

Un portero o tramoyista nos interrumpió:

—Don Enrique: ahí está un señor que viene a recoger una obra que le dejó a usted hace una semana.

—¿Cómo se llama?

—El autor, Tabernillas, y la obra, *Anda p'alante*.

Chicote se quedó meditando un momento; después, como pensando en alta voz, murmuró:

—¿*Anda p'alante*?... ¿Tabernillas?... Tengo una idea... Que *ande p'alante* y que vuelva otro día...

Reímos. Salió el portero y volvimos a quedarnos solos.

—¡Hombre, esto no es vivir!—protestó Loreto—. No nos dejan ni respirar a gusto. Como

que se nos pasan muchos días a Enrique y a mí que no podemos hablar de nuestras cosas, y a veces que no nos vemos más que en escena.

—¿Y a usted le sienta esta vida, Loreto?

—Cuando llevo veinte años metida en ella y no me he muerto todavía, me sentará. Ahora tengo un constipado de mil demonios. Estoy imposible: tengo la nariz hinchada, los labios como dos tomates y los ojos llorosos. Hoy no es mi cara siquiera.

Y Loreto hizo una pausa para toser; después exclamó:

—¡Qué demontre de tos! Y gracias a que yo soy muy fuerte. Los médicos dicen que todas mis enfermedades están en los nervios, y eso debe de ser, porque yo, en diez y ocho años, no he tenido que guardar cama más que cuando tuve la dichosita pulmonía, y jamás se ha suspendido una función por indisposición ni enfermedad de Loreto.

Calló la genial y simpatiquísima artista; pero nuestra atención seguía prendida de sus labios. Estábamos en el saloncillo del Cómico, sentados alrededor de una mesita, sobre la cual había copas de Jerez y pastas. Tenía aquella habitación cierto saber de sacristía. No sé por qué. Por una ventana alongada entraba el cre-

púsculo gris y humoso de una tarde huraña y desapacible.

Loreto y Enrique, en la vida particular, conservan la misma silueta espiritual que en la vida artística. Los dos muy simpáticos. Ella, inquieta, nerviosa, ocurrente, risueña, chillona, espontánea y sincera: toda gracia y originalidad. Él, apacible, bondadoso, infantil—con esa ingenuidad infantil patrimonio de los espíritus sanos—y siempre sonriendo.

Cuando habla Loreto, que es casi siempre, Enrique la mira con un deleite, con un arrobo lleno de pasión. Y yo lo comprendo perfectamente. ¡Cuántas penas e ingratitudes habrá alejado del alma de Enrique la charla insinuante y saladísima de su Loreto!

—Bueno, vamos con nuestra interviú, Loreto—la dije.

Casi no me dejó terminar.

—¡Qué interviú ni qué narices, hombre! Tome usted una pasta primero.

Después que acepté su ofrecimiento, prosiguió:

—Nos han hecho tantas cosas en los periódicos, que ya nada nuevo le podremos decir.

—Y de anécdotas le advierto a usted que andamos muy mal—agregó Enrique, curándose en salud.

—No importa. Son ustedes buenos modelos y siempre habrá motivo para que se luzca un periodista, por muy malo que sea, como ocurre en este caso.

Hubo unas galanterías, unos sorbos de Jerez y...

—Vamos a ver, Loreto; ¿usted, desde pequeñita, sentía gran inclinación por el teatro?

—Según lo que quiera usted decir por pequeñita. Yo he sido, soy y seré toda mi vida pequeñita.

—¿Y quisiera usted ser más alta?

—¡Ya lo creo!

—¡Perdería usted gracia!

—¡Qué había de perder! Ríase usted de eso. Pues contestando a su pregunta, le diré que yo me hice del teatro odiándole con todos mis sentidos...

—¿Cómo es eso?

—Verá usted. Yo pertenecía a una familia de mucho rango... Mi padre era abogado, pero no ejercía la profesión; teníamos mucho dinero. Ya ve usted, yo nací en la calle Ancha, en esa casa grande que parece..., es decir, lo es, un palacio.

—Hasta en eso coincidimos—murmuró Enrique—. También nací yo en la calle Ancha.

—Pues bien—continuó Loreto—, como le iba

a usted diciendo, la familia de mi padre era muy rica y la de mi madre muy aristocrática. De pequeña... yo... tenía gracia, ¿verdad, tú?...

—Sigue—la invitó Enrique.

—Pero jamás me pasó por el pensamiento la idea de ser del teatro... En mi casa, cuando venía alguna visita, me llamaban para que yo amenizase la tertulia: «Anda, «niña», canta alguna cancioncita, baila el tango del repollo» —me decían—, y yo me entretenía en hacer gracia ante la reunión. Y nada más.

—¿Y cómo fué dedicarse al teatro?

—Debido a la muerte de mi padre y a otras penalidades, mi casa se vino abajo. Para ayudar a mi familia, no tuve más remedio que entrar de meritoria—segunda tiple con dos pesetas—en el teatro Felipe. Yo me daba unas llantinas enormes, porque a mí aquella vida del teatro no me gustaba; principalmente, porque yo no quería enseñar el escote, los brazos y las piernas. ¡Mire usted qué tontería! ¡Figúrese usted! Estando así, de racionista, en el teatro Felipe, se puso muy mala una chica que era primera figura, y nos probaban a todas las segundas tiples para sustituirla. Yo le juro a usted que hice todo lo posible porque no les gustara mi trabajo; pero, por desgracia, no fué así. Me eligieron a mí y debuté con *Los Carbo-*

*neros*... ¡Lo que lloré aquella noche antes de salir a escena! «Ojalá no guste—decía desesperada—. Yo no quiero ser del teatro. Maldita sea mi suerte.»

—¿Y la aplaudieron a usted?

—Sí, muchísimo. Y al terminar la función se presentó en mi cuarto el representante, y me dijo: «Vamos a ver, mocosa: ¿la niña estará contenta si desde hoy le ponemos en nómina dos duros?» Para mi familia era la salvación, y yo, en aquel momento, mirando el bienestar de los míos, me dije: «Loreto, no tienes más remedio que hacerte la pascua y ser del teatro»; pero, créame usted, si no lo hubiese encontrado tan fácil, a estas horas no sería cómica. Con mi voluntad no he ayudado nada absolutamente; ahora ya, no es precisamente afición lo que siento, es deseo de complacer al público, de que mis espectadores salgan satisfechos de mi trabajo, viendo que yo puse toda mi alma en él.

—Desde el teatro Felipe, ¿adónde pasó usted?

—Me contrató María Tubau, y no pude ir porque mi hermana se puso muy malita. Después pasé a Apolo, y de allí a Romea, de primera figura, hasta que me reuní con Enrique en Martín.

—¿Se conocían ustedes antes?

—¡Quiá! Sólo de oídas. Yo recuerdo que decía: «¿Quién es ese Chicote a quien llama «genial» *El abate Pirraca?* ¡Qué barbaridad! ¡Cuánto bombo! Pero, ¿quién ese tío?»

—Te advierto—la interrumpió Enrique—que yo de ti decía otro tanto... Te contraté conmigo para quitarte los moños.

—Pues ya tenías trabajo, chico—exclamó Loreto, en broma—. ¡Porque con la cantidad de pelo que tengo yo!...

—¿Muy largo?—pregunté.

—¡Larguísimo! Tengo un pelo abrumador. Más de vara y media de largo. Me llega casi a los pies. Mucha gente, cuando salgo con él suelto en *La sobrina del cura*, no cree que es mío. Mío y muy mío, desgraciadamente.

—Usted hace admirablemente el género cómico y el dramático; ¿cuál le gusta más?

—Para hacerlo yo, lo cómico. Lo dramático me mata. ¡Como yo no puedo fingir, pues me entrego en absoluto a la obra, y si ésta es dramática, pues me he fastidiado! Verá usted; recuerdo que en una obra de Viérgol tenía yo que morir de una angina de pecho; pues lo tomé tan a lo vivo, que cayó el telón y estuve en el suelo sin conocimiento más de media hora; tanto es que el público creyó que me había muerto de veras, y poco faltó para que le

dieran una paliza al autor. ¡Gracias a que escapó!

—¿Pero qué sintió usted?

—Mira qué gracia; pues sentí como si me matara una angina de pecho: el ahogo, la punzada aguda en el brazo y el colapso. Todo lo que yo había leído en un libro de Medicina. ¿Pues y si tengo que llorar? Me tomo unas llantinas de verdad que no hay quien me consuele.

—¿Les ha producido a ustedes mucho dinero la razón social artística?

Terció Enrique:

—Tenemos cada uno nuestro fondo y nuestros ahorros separados. Yo he sido siempre el empresario, y a Loreto la tengo contratada. A mí el teatro me ha producido bastante; pero porque he hecho buenos negocios, como el del Gran Teatro, el de Apolo y otros.

—Yo—dijo Loreto—no tengo una peseta ahorrada, porque si es verdad que he ganado muchísimo, he tenido necesidad de sostener a muchos y ha habido infinitas enfermedades en mi familia.

—¿En qué teatro y ante qué público trabaja usted más a gusto, Loreto?

—En mi teatro Cómico y ante este público, que me quiere como si fuera de la familia.

—¿Qué suprema aspiración acaricia usted para el porvenir?

La notable artista quedóse perpleja; después murmuró:

—¡Dios mío de mi vida, qué sé yo! Créame usted que ya está una al cabo de las aspiraciones. Ponga usted que vivir tranquilita y que me sigan aplaudiendo, pues yo no pienso retirarme hasta que sea muy viejecita.

Hubo un silencio. Yo me dirigí a Chicote.

—Y usted, Enrique, ¿cómo fué dedicarse al teatro?

—La casualidad. Siendo yo estudiante de Derecho se dió una función de aficionados en el teatro Alhambra. Hicimos *El maestro de baile*, y tuve un éxito enorme.

—Entonces, ¿dejó usted la carrera?

—Dejé la carrera y me metí a cómico. Entré en el teatro Madrid, estuve quince días y no me pagaron. Esto no tiene nada de particular, pues es muy frecuente en el teatro. Después fuí al teatro Felipe y allí me signifiqué mucho haciendo, en *El año pasado por agua*, el guardia. De allí pasé a Romea en sustitución de un actor que se llamaba Ramiro Cabarro.

—¿Y allí conoció usted a Loreto?

—No, señor. Si yo no conocí a Loreto hasta que la contraté para Martín. En Romea—pro-

siguió—estuve tres años y salí contratado por Palencia para la Princesa.

—¿De primer actor cómico?

—¡Ah, sí, sí! Yo he sido siempre primer actor, desde el día que debuté. Al terminar aquella temporada de la Princesa, Amato, Manini y yo formamos compañía. Anduvimos por provincias, y después, al quedarnos Manini y yo solos, tomamos Martín, en donde contraté a Loreto; creo que fué el año noventa y siete o noventa y ocho.

—¡Hombre, no digas fechas! ¡Mira que tienes unas cosas!...—observó Loreto, en broma—. ¿No ves que echan cuentas y estamos perdidos?

—Y ya—continuó Chicote—formamos la razón social que usted ve. Desde entonces ni un año hemos dejado de trabajar en Madrid. Puede usted decir que somos los artistas que más hemos trabajado aquí. Por eso, nuestra atracción principal en la corte es la popularidad; esto es labor de tiempo. Por ahí se ha dicho que lo característico de Madrid es la Loreto, Chicote y el cocido.

—¿Entonces, usted no ha pasado hambre, ni malos ratos, ni...?

—Este no ha pasado nada. ¡No sabe lo que son penas! No ve usted que cuando empezaba tenía su casa y cuando venían mal paradas

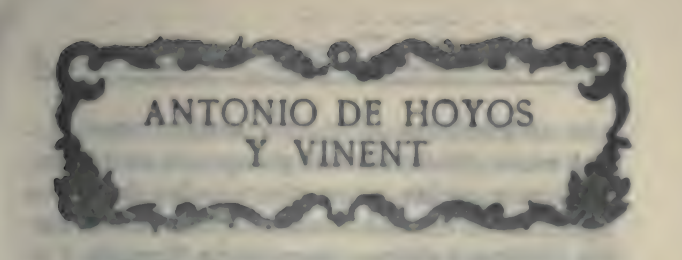
pues se metía en ella y a vivir—exclamó Loreto.

—Claro, no me iba a quedar en la calle—dijo Chicote.

Tomamos un traguito de vino y después le dije:

—¿Me convidarán ustedes a su boda, que, según creo, se verificará pronto?

—¡Ay, por Dios! No hable usted nada de nuestro casamiento. Hace cuatro años tenemos puesta la casa en la calle de San Marcos. Pues por desgracias de familia no hemos podido casarnos... Y ya, mejor es no hablar de ello. El día menos pensado nos levantamos solteros y nos acostamos casados... No, no hable usted de nuestra boda, *Caballero Audaz*, que las gentes van a decir, y con razón: «¡Pero qué boda ni qué narices! ¿Por qué no se han casado ya en vez de anunciarlo tanto?»




—¿Te parece que bajemos a mi despacho? —me preguntó Antonio de Hoyos cuando, de sobremesa, terminamos de tomar el café...

—En... can... ta... do...—le expresé yo con el abecedario manual, al mismo tiempo que iba deletreando la palabra...

Nos despedimos de la bondadosa marquesa, toda austeridad y distinción; atravesamos los suntuosos salones y galerías del hotel, adornados con valiosas joyas artísticas; descendimos por la escalera principal, y al fin nos internamos en una habitación independiente que el literato aristócrata tiene destinada a su vivir...

Esta habitación es amplia y alta de techo, con dos grandes ventanales que dan a la calle. Los zócalos son de caoba y los muros están tapizados con una tela verde oscuro que dulcifica la luz... También los muebles son de caoba,

con aplicaciones de bronce, estilo Imperio... Las varias bibliotequitas giratorias, portátiles, y las estanterías están abarrotadas de libros lujosamente encuadernados... Junto a los viejos clásicos, toda una decadencia literaria: Lorrain, Rachilde, Wilde, Bollinat, Baudelaire, Verlaine, Moreas, Sar Josephin, Peladan, Essabac, Bertrand... Las paredes, casi cubiertas por artísticos retratos: la aristocracia, el arte, la literatura y la torería rindiendo homenaje de admiración al insigne novelista. Y hay dos detalles en esta habitación que son los que nos marcan con trazo más enérgico la psicología de nuestro visitado: un enorme diván turco —«el diván del misterio»—lleno de almohadones de brocado de iglesia, y una Venus fenicia con una calavera que se alza sobre la chimenea y que denuncia las inquietudes ascéticas del dueño. De un salto felino, Antonio de Hoyos se dejó caer, con cierto abandono elegante, sobre el diván... Después, calándose el monóculo de concha, me miró fijamente con la cabeza tronzada sobre el hombro derecho, esperando que yo comenzara mi interrogatorio. Era un poco penosa la tarea de hablarle por señas, pero no me arredró... Comencé... Él seguía con sus ojos acuosos los movimientos de mis manos, y antes de terminar las pregun-

tas contestaba rápido, con su voz gutural y desafinada, gesticulando nerviosamente y acompañando la peroración por los movimientos de sus pulidas manos...

—¿A qué edad comenzaste a escribir?—fué mi primera pregunta.

—Muy joven... Tenía trece años y estaba en el colegio teresianista de Viena, donde, a consecuencia de un catarro, perdí el oído... Mi padre era embajador de Austria-Hungría, y me pusieron allí para aprender alemán, y empecé a escribir inconscientemente, sin el menor proyecto literario, cuentos absurdos...

Hizo una pausa; yo levanté la mano para hablar, pero la voz de él me detuvo.

—Mira—me dijo—, tú, tal vez por una afectuosa delicadeza, que te agradezco infinitamente, no me hablas de mi sordera, y sin que hablemos de ella no es posible continuar, porque mi sordera tiene influencia, naturalmente, en mi arte. Y aunque te parezca raro y arbitrario, te haré un elogio de la sordera... La sordera nos hace más concentrados, más observadores y nos lleva a vivir una vida interior infinitamente más intensa... Los trazos, los rasgos, los gestos, los efectos de luz, tienen para nosotros una importancia mucho mayor; vemos todas las cosas con la concisión y la

energía con que se ven en un cinematógrafo... Claro que nos falta el sonido de las voces y el ritmo divino de la música; pero nada más. Como no estamos atacados de misantropía—y yo no lo estoy—y llevamos una vida muy activa de relación, por señas o por escrito nos dicen las palabras, y estas mismas palabras tienen un mayor valor: la diferencia de valor que hay entre la palabra hablada y la palabra escrita. En cuanto a la música misma, se hace uno una idea sentimental que me temo sea superior a la realidad... Para observar, aunque parezca paradójico, la sordera es una gran ayuda. Oyendo, son tantas las cosas que solicitan nuestra atención, que ésta, forzosamente, se divide; la frase que acaban de decirnos se confunde con los ruidos de la calle, con los rumores de otras conversaciones; mientras que yo, en el forzoso espacio en que estoy aislado, tengo más tiempo de analizar...

—¿Sabes que casi me están dando ganas de quedarme sordo?... Y dime: la literatura, ¿te consuela?

—¡Oh! Mucho. Ella es el refugio de mi espíritu; ha sido todo para mí. Me ha enseñado a ver, a observar, a *vivir*, y te aseguro que nunca, nunca, ni en España ni en el resto de Europa—casi toda recorrida por mí—he tenido tiem-

po de aburrirme. Un libro por amigo y saber pensar, y... ¡es uno feliz!...

—¿Cuáles fueron los primeros trabajos literarios que publicaste?

Rememoró... Después:

—Lo primero que publiqué en mi vida fué, a los diez y siete años, un cuento en *Nuevo Mundo*, que se titulaba *Fin del mundo o fin de amores*. Mi primera novela fué *Cuestión de ambiente*; recuerdo que la escribí en vez de estudiar Derecho canónico... Se la di a la Pardo Bazán, y le rogué que la leyese... Desde Galicia me escribió doña Emilia diciéndome que le gustaba mucho y que si yo quería me daría ella el prólogo... Fué un gran éxito, y me animó a proseguir. En dos años me hice la cultura que yo creía necesaria antes de orientarme voluntariamente. Leí a toda prisa clásicos latinos y griegos, clásicos castellanos y algo de literatura universal...

—En el ambiente social en que vives, y dada tu literatura, demasiado naturalista, ¿no encontraba hostilidad el rumbo de tu espíritu?...

Mi pregunta debía ser harto inocente, porque Hoyos la rió, y después repuso:

—¡No lo creas! Los pocos que en mi círculo social leen, aparentan espantarse de mis *cosas*

y de mis libros; pero yo creo que en el fondo no hay tal espanto... Los más no se indignan de los libros, lo que hacen es *ignorarlos*... Sin embargo, te diré que el mayor número de mis lectoras está en mis amigas, las marquesitas en capullo—marquesitas de diez y ocho a veinte años—. Esto pone de manifiesto que cada día aumenta el nivel de cultura en la aristocracia española; hay ahora damas y damitas muy inteligentes que saben *de verdad leer* y hablar de arte... Todo eso de que la aristocracia de antes era más culta, son mentiras convencionales... Antes aparentaban interés por el arte, protegían más a los artistas, eran más *Mecenas;* pero ahora su interés por las cosas artísticas es más verdad, y por eso no viven en perpetua admiración.

—¿Cuál vida te gusta más, la tuya azul y de sociedad o la desordenada de literato bohemio?

—Te diré: de las dos no prefiero ninguna, sino que me gusta *el todo* que integran ambas; el *contraste* es lo que realmente da encanto a las cosas; pero, sobre todo, adoro vivir... No hay nada comparable a este deleite.

—¿Qué es lo que más te inquieta e interesa de la vida?—le pregunté intencionadamente, clavando mis ojos en sus pupilas claras.

—El pecado y la noche... Y tú habrás visto que es el *leit motiv* de casi todos mis libros. ¡Vagar por las calles extraviadas a las altas horas de la madrugada, curiosear todos los rincones, asomarse a los antros!... ¡Tú, que también has vivido un poco, sabes el encanto hechicero de las noches de Venecia y de Constantinopla y el misterio canalla de la vida de París y Londres.

Hizo una pausa... Sus mejillas, pulcramente afeitadas, se encendieron tenuemente; sus labios, largos y gruesos, titubearon un momento antes de hablar...

Yo le animé...

—Cuéntame... Cuéntame... alguna aventura tuya... No te importe; aunque sea una de esas aventuras absurdas...

—Mira—comenzó al fin—: Una noche, en Marsella, la princesa de Eristoff, madame Wilner, el Conde de Fersen y yo, habíamos ido con un matrimonio inglés a una fumería de opio, escondida en un rincón del puerto... Eran unos recién casados muy jóvenes: ella, una muñequita adorable con unos ojos azules como un jirón de cielo; él, grave y noble como un lord Byron. Se adoraban, pero estaban envenenados de literatura y tenían todas las curiosidades y las ideas del pecado prohibido; el

opio les atraía como uno de esos misteriosos estanques de aguas encenagadas y verdosas... Bueno: el recinto era muy pequeño, con los muros y el suelo cubiertos de finísima esterilla... Regentábalo un chino viejo con pintoresco atavío, y era frecuentado por tipos sospechosos: hombres y mujeres que vivían fuera de la ley y casi fuera del mundo... Nos tumbamos a fumar, y pasó un gran rato silencioso... Súbitamente se oyó la voz de la inglesita que gemía: «¡Arturo!... ¡Arturo!»... Acudimos apresuradamente. ¡Arturo había muerto!... Un aneurisma, una angina de pecho... ¡Qué sé yo! Pero allí no se podía morir; era el escándalo, la deshonra... Mientras todos, locos de terror, perdían la serenidad, la rusa sólo se mostró fuerte... «No es nada; Arturo se ha puesto malo, y » nosotros dos—se dirigió a mí—lo llevaremos » a su hotel...» Y como si se tratase de un borracho, entre los dos le condujimos a un *auto*, y la princesa emprendió su extraño paseo con un cadáver al lado... A la mañana siguiente se supo que el inglés había muerto de una embolia al llegar al hotel...

—Tu mundo—comenté—resulta interesante; especialmente cuando se rasga la hipocresía...

—Interesantísimo; sobre todo, ese mundo

aristocrático que integra Cosmópolis... Gente rica y loca de esas que no son honorables más que en sus tierras... Hay mucho de esto... Y en su mayoría son mujeres muy artistas y con unas ideas desconcertadoras... Ya ves, una tarde en Montreu paseábamos con una italiana, la marquesa Diana Crispifor, el lago Lehman, en una barca. Éramos varios amigos, todos apasionados de aquella mujer, que era una de las hembras más interesantes y más turbadoras que he conocido; una belleza romana prodigiosa... Pues bien: se hablaba del desnudo en la antigüedad. Ella afirmó: «En el mundo » antiguo no temían al desnudo, porque los » cuerpos eran más bellos que ahora. La moral » no es más que una túnica para encubrir defor» midades.» Y como alguien pusiera en duda que ella fuese capaz de arrostrar el desnudo, púsose de pie y lentamente fué despojándose de sus ropas... Quedó como una estatua, y después arrojóse al agua nadando...

Para alejar la evocación de la marquesa italiana, le pregunté:

—¿Cuántos años tienes?...

—Treinta y uno.

—¿Y cuántos libros llevas publicados?

—Doce... Además de treinta y tantas novelas en *Los Contemporáneos* y *El Cuento Semanal*.

—¿Cuál es el preferido del público?...

—*La vejez de Heliogábalo.*

—¿Y el preferido por ti?...

—Coincido en eso con el público.

—Tus novelas, ¿fueron vividas antes de escritas?...

—Casi todas... *La vejez de Heliogábalo*, por ejemplo, es la realidad misma... Hay, sin embargo, tres cosas que en literatura me han apasionado infinitamente: el misterio, la lujuria y el misticismo; no el misticismo estúpido del vulgo, sino uno más hondo y cruel... Dicen que mis libros son inmorales... ¡Pero si en ellos no hay voluptuosidad ninguna!... ¡Pero si en mis libros el amor es una cosa horrenda y escalofriante!... Mi visión del amor es la que podía tener un asceta de la Leybia torturada por el deseo. ¿Tú crees que *El monstruo* es una invitación al pecado?... ¡Pero si es el horror, la abominación, el desprecio de la carne!... Sólo en *San Ignacio* y en el *Libro de Job* he encontrado epígrafes para algunos capítulos.

—¿Cuáles son tus literatos predilectos?...

—Me encanta el estilo de Valle-Inclán, la pausada serenidad de *Azorín* y la energía de Baroja; pero sobre todo me gustan extraordinariamente las novelas de Zamacois... *El otro*

es el libro que más huella ha dejado en mi espíritu.

—¿Te produce mucho la literatura?...

—Poco... Y como todo lo que gano lo gasto, no sé exactamente...

—Háblame algo de tus amigas y amigos preferidos...

—¿Mis amigos preferidos?... No sé; no sé. De amigos, prefiero primero los que son muy inteligentes; luego, los que son muy ricos. El dinero es lo que más se parece a la inteligencia... Un amigo inteligente, sin dinero, evoca cosas maravillosas: palacios, poesías, viajes, museos... Un amigo muy rico no los evoca, pero los compra...

Le interrumpí:

—¿Qué me dices de Gloria?...

—¿Ves tú? Ahí tienes: Gloria para mí ha sido *un amigo*... Porque te advierto que Gloria, de corazón, es buenísima; yo tengo por ella una profunda estimación...

Sonreí... y le hice una última pregunta, que le dejó sorprendido:

—¿Has tenido novia, Antonio?...

Me miró queriendo adivinar... Yo soporté su fijeza, impasible.

—Muchas...

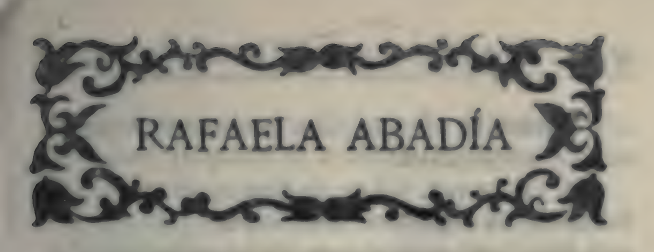
—Cítame alguna...

—María Leticia Boch..., la actual marquesa de ... Teresita Calvo... Hoy día te confieso que la única mujer que me ha inquietado, que me ha interesado, es Tórtola Valencia... Esa mujer sería capaz de redimirme...

Hizo un silencio, y después terminó:

—Por lo mismo que he vivido tanto y tan deprisa..., amores..., lo que se llama amores, no he tenido con nadie... *Flirt* de buen tono, y nada más...

«¡Qué interesante es este notabilísimo literato!—pensaba yo—; pero...»



# RAFAELA ABADÍA

—Estoy muy triste... muy triste, amigo *Audaz*—comenzó diciéndome con voz angustiada la encantadora artista, al mismo tiempo que se dejaba caer con delicioso abandono sobre una butaquita cercana.

—Rafaelita, ¿usted triste? ¿Usted, que es un jirón de alegría?... Vamos, no lo creo.

—Sí, de verdad, muy triste; tengo a mi hermanita Lolín enferma—hizo una pausa para suspirar—. ¡Pobre Lolín! ¿Se acuerda usted de ella? Allí, en San Sebastián...

—Sí, la recuerdo, y mucho. Es muy bonita e interesante. Tiene los ojos muy grandes y tan magníficos como los de usted. En cambio, en la expresión, en la iluminación espiritual del rostro, no se parece a usted. Es decir: es todo lo contrario.

Rafaelita se alarmó. Con hechicera coquetería me preguntaba:

—A ver, a ver, señor *Audaz*, ¿qué es eso de iluminación espiritual del rostro?

—Es... ¡una cosa que se me ha ocurrido! ¡La manifestación del alma a flor de piel! El alma que se adivina en Lolita por la expresión de su rostro es blanca y transparente, toda candidez y candor. Alma de angel, que todo lo perdona y olvida.

—¿Y la que se adivina en mí?—inquirió intrigada, clavando fijamente sus pupilas en las mías.

—No me haga usted decírselo, Rafaelita—supliqué.

—Sí, sí—insistió caprichosa—. A ver, a ver, ¿cómo se figura usted que es mi alma?

—Todo lo contrario de como es la de Lolita.

Meditó un momento y después protestó:

—Según eso, mi alma es negra, turbia, incrédula y avisada.

Varié de conversación.

—¿Y qué tiene esa chiquilla?

Ella olvidó todo por hablar de esto.

—La pobrecita tiene una pierna mala desde hace más de un mes a consecuencia de un pequeño golpe que se dió en ella. Después de cuarenta días en la cama, ayer se la han lle-

vado al Sanatorio del Rosario para operarla Cardenal. ¡Espantoso, *Caballero Audaz*, espantoso!

Y los ojos de Rafaela brillaban en la semipenumbra de la suntuosa habitación como dos brillantes negros.

Continuó con voz dulce, velada por la amargura:

—Yo, en los momentos actuales, sería la mujer más feliz del mundo si mi hermana estuviera buena, pues si a ella le pasase algo mi vida quedaría destrozada sin remedio. ¡Con qué fervor pido a Dios por ella! Hasta le he ofrecido un hábito a San Antonio.

Estábamos en una lujosa habitación de la casa de la notable actriz. Eran las cuatro de la tarde; pero la luz se marchaba por los grandes balcones y nos íbamos quedando en plácidas tinieblas. Sin embargo, mis ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, veían todos los gestos de Rafaelita como si estuviéramos a pleno sol: su perfil agudo, su boca extremadamente pequeña, como una pincelada de bermellón en el rostro eucarístico, y sus preciosos ojos, muy sagaces y un poco vampirescos. Por su artístico peinado parecía una figura griega.

Era sincero lo que momentos antes yo la había dicho. Muy bella, bellísima, esta artista

tiene un no sé qué peligroso en la expresión de su cara que inquieta y previene.

—Es usted muy joven, ¿no?

—Tengo veintitrés años. Y como sé que me lo va usted a preguntar, pues leo sus informaciones, le diré a usted espontáneamente que nací en Madrid. Soy madrileñita, gatita. Cosa que usted no puede decir. ¡Ande, rabie!... ¡Rabie!...

— Y Rafaelita se ponía provocativamente infantil. Yo reía. De pronto, varió de tono y exclamó:

—Le advierto a usted que me tiene preocupada con esta información. Temo que no me trate usted bien. ¡Oh! ¡Oh! Y entonces, le advierto que divulgo un secreto que tengo de usted. El de aquella tiradora...

—Bueno, pues vaya usted preparándolo; pero ¡contésteme usted!...

—No me da la gana—gritó ella nerviosamente, con hechicera monería.

—¡Ah!, ¿sí?—murmuré yo—. Muy bien.—Y sacando una cuartilla y el lápiz apunté: *No me da la gana.*

—¡Pero, hombre de Dios!—exclamó ella—, ¿va usted a apuntar eso? No, ea, no; que van a decir que soy una ordinaria.

Y de un *zarpazo* me arrebató con sus *garras* de alabastro la cuartilla.

—No importa—exclamé sacando otra y apuntando.

—¡Ay, Dios mío!—deploró ella con coquetería, entre risas—. ¡Siento yo mucho tener que hablar con usted!

—¿Por qué?

—Porque no voy a estar tranquila hasta que vea publicada la conversación.

—Menos tranquila estará usted después. Ya verá... ya verá...

—¡Me las pagará usted!

—Vamos a ver, seriamente, Rafaelita, ¿a qué edad empezó usted a trabajar?

—Muy joven entré al Conservatorio. Allí perdí dos años, pues en ellos no aprendí nada.

—Y después...

—Después... después...—repitió rememorando—. Entré de meritoria en el Español.

—¿Cuál fué el primer papel que hizo?

—Lo primero que me repartieron fué un *grito* en escena. Aquello para mí fué una ofensa, y me rebelé. «Yo no grito en el teatro—le dije a quien me dió el *papel*—. Eso que lo haga el público.» Y no grité. Luego me dieron el papel que hacía la Pino en *El místico*. Y... ¡vamos!...

—Lo haría usted *como los ángeles*.

—¡Ay, hijo! Yo no he visto a los ángeles ha-

cer comedias, pero a mí me aplaudieron muchísimo. Y mire usted qué caso tan raro: pasé de meritoria a primera actriz. No puede darse una idea de lo feliz que fuí yo el día que me repartieron *El místico*. Con seguridad, una de las emociones más grandes de mi vida la experimenté cuando cogí en mis manos el ejemplar de la obra. Mire usted: iba aquel día por la calle loca de alegría, deseando que alguien me preguntara que adónde iba con aquel ejemplar para contestarle: «¿Pero usted no sabe que yo el viernes hago la protagonista?» ¡Oh, qué alegría!

—¿Tenía usted mucha afición?

—¡Oh! Y la tengo todavía. Además, yo, del teatro, no conozco más que alegrías. Las amarguras para mí no existen ni han existido.

—Entonces, si usted volviera a nacer de nuevo...

—Yo volvería a ser lo que soy; porque adoro mi arte y porque no me ha costado trabajo llegar a mi puesto.

—Muy bien, Rafaelita. ¿Y del Español?...

—Me fuí con Borrás...

La interrumpí.

—A propósito de Borrás: ¿es cierto...?

—¿El qué?

—Lo que dijeron: que hubo amor por medio.

—No, ¡por Dios!

—Nada de extraño tendría. Porque Borrás entonces era más joven.

—Si Borrás ha sido viejo desde que nació.

Apunté en la cuartilla. Entonces Rafaelita rectificó:

—¡Ay, no, *Andas*, no diga usted eso! No, no. Que dejamos de ser amigos.

Y Rafaelita hacía deliciosos mohines de colegiala enojada, que le iban muy bien.

—¿Ha estado usted enamorada, Rafaelita?

—No me he detenido jamás a pensarlo. Creo que no. Es decir: tengo la seguridad de que heroicamente enamorada no lo he estado nunca.

Lo dijo con un orgullo mortificante.

—Muy bien—murmuré yo—. Pues le advierto a usted que las mujeres sensibles al amor son muy interesantes.

—Pues yo siento no serlo.

—¿De usted se habrán enamorado muchos?

—¡Quiá, no! Los hombres no se enamoran nunca. Son ustedes unos egoístas perversos, malos. Buscan ustedes nuestro amor por vanidad.

—Muchas gracias. Entonces, ¿no es cierto que Vilches fué su pasión de usted?

Rafaela se arreboló, y protestó:

—¡No! No, señor, no es cierto.

—¿Cuál es la actriz que más le gusta a usted?

—Me entusiasmaba de Rosario Pino el gesto y la alegría; porque me encanta la naturalidad en la escena. Mi suprema aspiración es ser una actriz flexible, multiforme en su arte. Creo que éste es el ideal. Hay que tener naturalidad y sinceridad en el escenario, estar en situación siempre, ser la que una representa. Yo, en el teatro, río y lloro de verdad y con toda mi alma.

—¿Cuál cree usted que es el mayor atractivo de su persona?

Hubo una pausa, durante la cual la notable actriz sostenía un bello gesto de meditación.

—No sé. Por ahí dicen que los ojos es lo mejorcito de mi persona.

—Tal vez lleven razón. ¿Cuál es su obra preferida?

—Siempre la última. En eso soy ingrata.

—¿Y su teatro predilecto?

—Lara. Le tengo mucho cariño. Es tan pequeñito, que parece que el entusiasmo del público se acerca más a nuestro corazón.

—¿Cuál es el animal que más le gusta?

—El hombre—repuso en broma y sin poder contenerse.

Al ver que lo anotaba, volvió a intentar arrebatarme la cuartilla. Yo protesté.

—¡Caramba, Rafaela! Que cuando otra vez venga a visitarla como periodista, me cuidaré de traerme una pareja de guardias civiles.

—No; pues no ponga usted eso. Ahora me pesa haber hablado con usted. Pero usted no me dará ningún disgusto; tenga usted en cuenta mi dolor, que estoy muy apenadita. Si no, ya sabe lo que somos los artistas. ¡Le desmentiré!

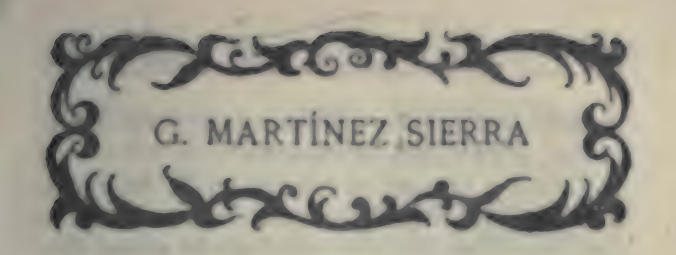
—¿Es cierto que tiene usted una habitación árabe?

—Sí, señor; tengo una habitación berebere; pero no se la enseño porque es usted muy indiscreto.

—Le prometo a usted no hablar de ella.

—¿Palabra?

—Palabra.




Cayó el telón y el público manifestó su entusiasmo en un aplauso frenético. Muy linda y muy cursi *La Pasión*.

En casi todos los ojos de los espectadores brillaba el cristal quebradizo de las lágrimas. Algunas señoras secaban sus párpados con el diminuto y perfumado pañuelo de hilo y encaje. Y, sin embargo, la obra que había emocionado hasta arrancar el rocío de los ojos, era un trazo seguro y enérgico, pero sencillo, de la misma vida. Allí no ocurría nada que nos sorprendiera, nada que no responda justamente a una vulgar realidad. Casi todos los que estábamos allí habríamos sido actores o espectadores, en un momento exactamente igual al que servía de eje a *La Pasión*. Y de seguro, ante las escenas de vivir mismo, habríamos

pasado indiferentes. ¡Y ahora, al verlo en el teatro, llorábamos de emoción!

Volvió a alzarse el telón y en el escenario aparecieron los intérpretes de la nueva comedia, acompañados del afortunado autor don Gregorio Martínez Sierra.

Todos le conocéis. Es menudo, enjuto, encogido, cetrino; sus ojos negros y pequeños brillaban intensamente dentro de sus profundas cuencas. Ya su cabeza comienza a estar monda de pelo; el que queda es gris, brillante, a la luz de las candilejas, azulado. En su cara larga y angosta, el breve bigote parece un enérgico tiznón de carboncillo. Su frente es amplia y muy bombeada; las orejas, desproporcionadamente largas y delgadas, avanzan demasiado hacia las mejillas... Allí, en el escenario, su silueta grave y simpática recordaba mucho la de Benavente.

—Pasé al escenario. En el pasillo, apoyado en la puerta del cuarto de la Bárcena, estaba Martínez Sierra. Le rodeaban varios amigos, entre ellos Conrado del Campo, Castillo, Casero. Estreché su mano huesuda y fría y le felicité sinceramente. Después le dije:

—¿Cuándo quiere usted que le visite? Es algo para *La Esfera*...

—Cuando usted quiera. Mañana a las tres, ¿es buena hora para usted?—propuso.

—Magnífica—acepté.

—Pues en Alcalá, sesenta, tiene usted su casa.

En esto se abrió el cuarto de la Bárcena.

—¿Usted no conoce a Catalina?—me preguntó Martínez Sierra.

—No, señor; no tengo ese gusto.

—Pues pase usted—me invitó.

Penetramos en el camarín, coquetuelo y perfumado. De damasco verde de seda están vestidas las paredes y la meridiana. El más exquisito gusto en todos los detalles. La monísima actriz acogió nuestra presentación con su habitual bondad.

—Es muy bonita la obra, y como usted tiene un alma inmensa de actriz y la pone usted toda en la interpretación...—le dijimos.

Agradeció lo que no era, ciertamente, galantería, y tomamos asiento... Ella, al lado del tocador; sobre él había un vaso con un ponche. Hablamos del miedo, del éxito, de los incidentes. Durante la charla, Martínez Sierra hizo un paréntesis para decir a Catalina:

—Que va a empezar el otro acto y... ¡ese ponche!...

Ella hizo un mohín de agradecimiento y siguió hablando. Al poquito rato, él insistió:

—Que se va a quedar ahí *eso* —y le indicó el ponche.

Entonces ella, como haciendo un sacrificio, obedeció dulcemente sumisa y lo bebió. Nosotros sonreímos maliciosamente...

* * *

—¡Oh!... Nadie puede hacerse una idea de mi calvario hasta franquear los teatros —me dijo Martínez Sierra, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo egipcio.

—¿A qué edad empezó usted a escribir?

—A los diez y siete años.

—¿En Madrid?...

—Sí, señor; yo soy madrileño; nacido en la calle del Amor de Dios y bautizado en San Lorenzo. Pues bien: lo primero que escribí fué un libro titulado *El poema del trabajo*, y con las cuartillas de este libro me presenté en casa de Benavente, al cual no conocía en persona, con la pretensión de que me pusiera un prólogo. Don Jacinto accedió, y ésta fué mi presentación en la vida literaria; pero yo por lo que me sentía inclinado era por el teatro. Todas mis energías intelectuales las dedicaba a escribir comedias. Con gran entusiasmo acudía a los teatros a leérselas a los empresarios, y

cuando, después de infinitas luchas, podía conseguir que me escuchasen, todos se me dormían invariablemente en el segundo acto. ¡Todos! Era una fatalidad que me abrumaba. Diez años leyendo obras y diez años durmiéndose los empresarios... Durante este período organizó un concurso de comedias *El Liberal*... Yo acudí con mi obra *Mamá*—estrenada en la Princesa—; pero *El Liberal* declaró desierto el concurso, por no merecer ninguna de las obras presentadas el premio. Figúrese usted mi desilusión, porque yo me decía: «Nada, mi comedia es tan mala, que ni en un concurso donde todas las obras son malas ha conseguido ser mejor que las demás.» Y, entonces, vencido y amargado, decidí no volver a escribir para el teatro, ¿verdad?...

Hubo un breve silencio.

Estábamos los dos solos en el despacho del aplaudido comediógrafo. Por la ventana que daba a la terraza se veía un jirón de cielo añilado, con vellones de nubes. La tarde estaba envuelta en un sol tenue y frío.

Martínez Sierra vive rodeado de suntuosidad y buen gusto. Todos los muebles de su hogar han sido comprados en Londres.

Proseguimos.

—Decidió usted no escribir para el teatro y

se dedicó a la literatura periodística, ¿no es esto?

—Sí, señor; colaboraba en *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo* y demás periódicos ilustrados. Al mismo tiempo, fundé varias revistas, entre ellas *Vida Moderna*, *Helios*, *Renacimiento*. En *Helios* di a conocer a muchos de los literatos de la generación moderna.

—Y usted, entonces, ¿vivía del periodismo?...

—Exclusivamente de la pluma. No tenía otra cosa.

—¿Estaba usted ya casado?...

—Sí, señor—afirmó—. Casé a los diez y nueve años, y desde entonces, como es natural, vivía por cuenta propia y vivía con apuros, pero decorosamente. Cuando no tenía para una cajetilla de cuarenta, me pasaba el día sin fumar, ¿verdad?...

—¿Cómo fué volver al teatro?... —le pregunté.

—Verá usted. Yo era, y soy, muy amigo de los Quintero. Ellos me alentaban sin cesar, con una nobleza poco común; hasta llegaron a decirme: «Bajo nuestra responsabilidad, haga usted teatro.» Al mismo tiempo, yo había traducido varias obras, entre ellas las de mi fraternal amigo Santiago Rusiñol, que, como us-

ted sabe, gustaron bastante, y todo esto me empujó a la tentación de volver a escribir comedias.

—¿Cuál fué la primera que estrenó usted?...

—Las primeras, *Buena gente* y *Vida y dulzura*, en colaboración con Santiago Rusiñol. Y al fin conseguí estrenar, en Lara, *La sombra del padre*. Alentado ya por los aplausos, y, sobre todo, por América, donde se apreciaba mucho mi labor, seguí trabajando sin cesar, y al año siguiente estrené *El ama de la casa;* ésta ya tuvo un éxito franco, y luego *Canción de cuna*, que me abrió las puertas de todos los teatros... Después de esta obra, todas eran facilidades... ¡Llegaba el momento deseado en que los empresarios solicitaban mis obras!...

Y el rostro de Martínez Sierra se iluminó con una sonrisa de triunfo.

Es muy nervioso; mientras habla, sus ojos parpadean sin cesar y hasta sus grandes orejas se mueven levemente.

Yo, durante su silencio, pergeñé una pregunta. Antes de hacerla dudé, porque temía molestar al insigne escritor. Al fin me decidí:

—¿Usted sabe, Gregorio, que por ahí se dice que su esposa posee mucho talento y que tiene una gran parte en los éxitos teatrales de usted?...

—Lo sé, porque yo lo he declarado públicamente hace año y medio, sin que nadie me lo preguntara. Sí, señor; mi mujer toma parte en mi obra literaria. Es mi colaborador y tiene más talento que yo. Es más: mientras luché sin éxito, no he querido decir nada; pero ya que hemos triunfado, me gusta que se sepa, y no hay cosa que más me enorgullezca que el que digan que mi mujer tiene talento.

—Y ¿cómo en las obras no figura el nombre de su esposa?...

—Porque se opone tenazmente a ello. Le disgusta mucho que hable de ella. Esta confesión mía, sin duda le desagradará.

—Y ¿qué labor, qué parte es la que ella hace en las comedias?...

—Eso no se ha dicho nunca entre colaboradores.

—¿Va a los ensayos?...

—Sí, señor; a los dos o tres últimos.

Hizo una pausa. Después continuó:

—Mi mujer y yo nos queremos tanto y nos llevamos tan bien, que en este caso sí que puede decirse que somos uno solo; en muchas amarguras que han querido traerme las malas gentes, la primera que ha fortalecido mi espíritu ha sido ella.

—Entonces, ahora me explico la gran canti-

dad de teatro que ha producido usted en pocos años.

—Es claro. Sin embargo, le advierto a usted, y esto quiero que lo haga constar, que yo ningún año he estrenado más obras que las que acostumbra a estrenar cualquier autor de los que más producen; por ejemplo: Benavente, los Quintero, etc.

—¿Cuántas obras lleva usted estrenadas?...

—Treinta y tantas o cuarenta.

—¿Cuál es la que más éxito ha tenido?...

—*Canción de cuna*.

—¿Y es la que a usted más le gusta?

—Sí, señor; en esto estoy de absoluto acuerdo con el público.

—¿Cuánto le ha producido a usted hasta la fecha el teatro?...

—En números justos, pues llevo el detalle, doscientas treinta y dos mil pesetas. Advirtiéndole a usted que la obra que más me ha dado, *Canción de cuna*, no llega a las veinticinco mil pesetas. Con esto quedan disipadas ciertas fantasías que circulan sobre el fabuloso rendimiento de las obras teatrales. Ya lo sabe usted: un gran éxito en dos actos, lo más que produce son treinta mil pesetas. A Benavente, y a los Quintero, y a mí, y a todo el mundo.

—¿Está usted satisfecho de la vida?...

—Completamente satisfecho; yo siento decírselo, porque esta felicidad mía tal vez moleste a alguien; pero es así. Desde que me repuse de la terrible enfermedad que me tuvo un año en casa, soy otro completamente, porque antes de estar enfermo se había apoderado de mi espíritu un pesimismo tan grande, que no me dejaba vivir ni disfrutar plenamente de los éxitos. Los estrenos eran terribles para mí, porque daba por descontado el *pateo*...

—¿Y si era éxito?

—Me atormentaba la idea de que el *pateo* sería para la próxima. Yo creo que este pesimismo era que presentía mi enfermedad uno o dos años antes de tenerla.

—¿Quiere usted decirme algo sobre su orientación teatral?

—Sí, señor. Que mis maestros son Galdós, Benavente y los Quintero, por los cuales siento una gran devoción, y que persigo siempre que mi teatro sea la vida misma, un poco aderezada y romantizada, ¿verdad? Con el romanticismo que todos los españoles llevamos consigo.

—¿Qué obras tiene próximas a estrenarse?...

—Ninguna; es decir, sólo en la Zarzuela tengo una con Usandizaga: *La Llama*.

— A propósito de Usandizaga, ¿cómo fué darle el libreto de *Las golondrinas?*...

—En este momento existe en España una nueva era de músicos muy interesante, pero están ignorados, porque los autores no les dan libretos; por iniciativa de Vives, hubo una reunión para que nosotros los alentáramos dándoles obras. De la reunión no resultó nada práctico, y entonces yo, que conocía la música de Usandizaga, decidí hacer por mi cuenta lo que habíamos pensado hacer en colectividad.

Anochecía. Salimos a la azotea. Desde allí dominábamos Madrid.

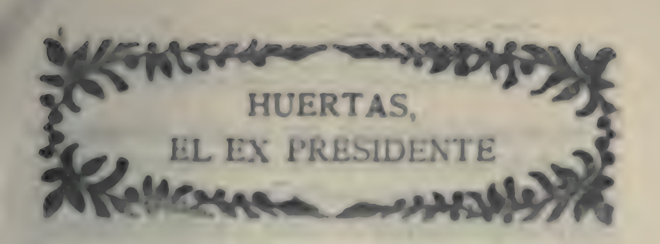
—Buen sitio para colocar un obús de cuarenta y dos—exclamó Campúa.

—A propósito—agregó Martínez Sierra—, ¿son ustedes germanófilos o aliados?...

—Germanófilos, con reserva—repuse.

—Pues yo soy *aliado* hasta la injusticia—proclamó el eminente autor de *La Pasión*—. Es decir, que como me fuercen mucho los germanófilos, me veré en la necesidad de negar a Alemania su preponderancia intelectual, científica, artística e industrial. Yo soy socialista platónico y siento un profundo odio hacia el militarismo.





# HUERTAS, EL EX PRESIDENTE

Cuando abandonábamos la redacción con el propósito de dirigirnos al hotel donde se hospedaba el general Huertas, nuestro director nos detuvo un momento.

—¿Va usted a ver a Huertas?...

—Sí, señor. He podido averiguar, gracias a la amabilidad de Méndez Alanís, que ha llegado hoy a ésta y que se hospeda en el Hotel Continental, y allá vamos.

—Muy bien; pues por el camino vea usted esos documentos que hemos recibido. Tal vez le sean útiles para su información.

Y diciendo esto, me entregó una carta y varias fotografías. Ya en la calle, y dentro del coche, comencé a enterarme. La carta, cuya letra era de mujer, decía textualmente:

«Señor D. Francisco Verdugo, director de *Mundo Gráfico* y *La Esfera*.

»Muy señor mío: Me tomo la libertad de es-

cribir a usted alentada por los dos números de *Mundo Gráfico*, con los cuales acabo de confirmar la idea que tengo de ese periódico, y es que es el primero de España y el más valiente, pues es el único qne ha tratado la cuestión de Méjico con patriotismo y con valentía. Dios se lo pague, y ojalá por ese camino puedan ustedes hacer algo en favor de tanto desgraciado español, que, abandonados en las malditas garras de aquella gente, están sufriendo horrores tan negros como inhumanos. Soy mejicana, y, sin embargo, estoy aterrada de todas las infamias que se han cometido y siguen cometiéndose con los españoles residentes en Méjico. Porque tengo un verdadero amor por esta generosa España, me da pena ver todo esto y el poco o ningún interés que inspiran esos desgraciados españoles a vuestro Gobierno y a la mayoría de sus hermanos.

»Esos infelices, *americanos* en España, *gachupines* en Méjico, que los que quedan vivos están encarcelados unos, expulsados en San Antonio de Texas otros, y la mayoría de ellos con sus bienes confiscados, son tratados como facinerosos, y el Gobierno tan tranquilo. Dan ganas de llorar, créalo usted. ¿Por qué el Gobierno español no pide cuentas de tanta infamia? Wilson, que no reconoció al sanguinario

de Huertas, que era tan malo para los españoles, reconoce a Carranza, que es peor. En fin, señor Director: en nombre de tanto español sacrificado y preso, ruego a usted hable algo en sus periódicos, a ver si se le mueve el duro corazón a vuestro Gobierno y toma cartas en el asunto.

»Todo lo que haga usted en favor de esa gente, Dios se lo pagará con creces.

»Suya afectísima,

*Adelaida Ortiz.*

Oviedo, 23 noviembre 1914.»

Casi me saltaron las lágrimas con la lectura de esta epístola, que yo, sin comentarios, ofrezco a mis lectores. Y contemplé las fotografías; eran macabras. Representaban cadáveres desenterrados, y, según nos decía el respaldo, víctimas del ex dictador Huertas. Una era la de los restos momificados del senador D. Belisario Domínguez, que la misma noche que siguió a la tarde en que pronunció una catilinaria contra el presidente, desapareció, y ahora aparece enterrado y roído por los gusanos. Otra, la del cadáver del general Tapia, *suprimido* por igual mano. También estaba entre ellas la del cementerio donde enterraba este

Huertas que ahora vamos a visitar con cierta emoción y repugnancia.

Y se detuvo el coche frente al portal de la Gran Peña. Yo guardé mis documentos. Al mismo tiempo que nosotros subió en el ascensor el corresponsal de un rotativo norteamericano. Esto nos hizo concebir una idea: no estaría mal fingirnos periodistas extranjeros; de esta manera el mejicano nos hablaría con libertad de los españoles. Así fué. Nos anunciamos como representantes de un periódico argentino. Y pasamos a las habitaciones del ex-presidente, el cual estaba acompañado por los generales mejicanos Blanquet, ministro de la Guerra durante la presidencia de Huertas; Bretón, gobernador militar de Méjico; Quirós, jefe del Estado Mayor, y Delgado, coronel secretario del ex presidente. También estaba con ellos un periodista de no sé qué diario madrileño.

Todos acogieron nuestra llegada en pie.

El general Huertas es un hombre más bien pequeño, pero tieso y nervioso. Su empaque es autoritario y despótico. No sé deciros si es simpático o antipático; a nosotros nos asquea un poco. Tiene la mirada dura y cauta, y en sus ojos, pequeños y negros, se adivina una inteligencia privilegiada. Su cabeza de azteca es

más bien pequeña que voluminosa, y estrecha de occipital; sobre ella apenas queda una pelusilla gris de raposo. Su boca, algo hundida, de labios cárdenos, es el signo de un paréntesis que cierra sobre su barba aguda. Lleva el bigote cortado casi a flor de piel. Al hablar enseña unos dientes largos y aculotados por el humo del tabaco. Usa quevedos de potentes cristales, que cabalgan sobre su nariz aplastada de anchas aletas, denunciadora de su descendencia india. La piel de su rostro es algo terrosa y curtida; parece que su carne está cubierta por un pergamino añejo, rugoso y cuarteado, como esas carteras de piel de cocodrilo; sus manos son frías y ásperas. Nosotros, al estrechárselas, hemos experimentado una sensación especial: algo así como si apretáramos un sapo o acariciásemos el lomo de una foca.

Todos hemos tomado asiento. Nosotros al lado del general, que ha empezado a hablar con ese tonillo frío y meloso de los mejicanos:

—Yo, señores, agradezco esta visita; pero no me explico el interés; porque yo, señores, soy un *pelao*, un cualquiera; pero un hombre de bien, ¿sabe?... Me encuentra usted la levita, ¿sabe?, porque voy a visitar, dentro de una hora, a Su Excelencia Dato; pero yo soy poco amigo de estas mascaradas, ¿sabe?

—¿Le ha anunciado usted su visita al señor Dato?—le preguntamos.

—¡Cómo no, mi amigo!... Y él me ha señalado, en un amable *boleto*, la hora de las dos y media para recibirme. Y luego, esta tarde, espero a Su Excelencia el ministro de Estado.

Mientras habla el presidente, su cara irradia un vigor truculento y dominador. Sus leales lo miran con respeto religioso... Seguimos preguntándole, fingiendo acento argentino:

—General, ¿conque, según nos han dicho, ha venido usted a Madrid a plantearle una cuestión personal a ese diputado?...

Afectábamos duda.

—¡Ah! ¿Soriano?... ¡Quite de ahí, mi amigo! ¡Quién piensa en tal cosa! Yo soy persona seria y me gusta tratar los asuntos con seriedad, ¿no es eso?... Ese hombrecito, que no se ofenda su señoría, no ha respondido en el terreno apropiado, ¿sabe?... Un servidor, cuando se enteró de las calumnias que me había dirigido en el Parlamento, le escribió una carta, la cual se ha comido, pues no he recibido la contestación. ¿Qué hacer con un hombrecito que no contesta un *boleto*, señor? Ya ve usted, mi amigo: yo cené anoche más que nunca, y ¿a que no sabe usted lo que me sirvió de aperitivo?...

—¿El qué?—inquirimos.

—El papelito de ese señor, que se llama *España Nueva*.

—¿Le decía a usted algo agradable?...

—¡Y tan agradable!... Dice que yo he robado no sé cuántos millones... ¡A ver, señor, si esto merece tomarse en serio! ¿Dónde están esos millones?... ¡Ojalá los tuviera, y entonces no estaría hospedado en este hotel de diez pesetas, ni habría establecido mi hogar en una modesta casa de Barcelona, en la Avenida del Tibidabo, doce!, ¿sabe?...

—Pues los corresponsales en Méjico telegrafiaron al mundo entero la noticia de que usted, al embarcar, llevaba consigo muchos millones.

—¡Patrañas, mi amigo! —protestó, exaltado—. Dígame usted dónde están... Yo no poseo más que un insignificante capital de seiscientos mil pesos; pero los he ganado a fuerza de desvelos y trabajo, andando muchos cientos de leguas con el teodolito a cuestas, porque sepa usted, señor, que yo soy ingeniero geógrafo y me he pasado la vida levantando planos. Después he sido soldado. Y pregunte el amigo a mi ministro de la Guerra si un soldado en Méjico puede reunir millones de pesos.

—¿Y qué asunto lo trae por Madrid?...

—Señor, componerme este ojo —repuso, señalando el ojo derecho.

—Y la entrevista que va usted a tener hoy con el presidente del Consejo, ¿está relacionada con el asunto Soriano?...

Dudó un instante.

—¡Perdone, mi amigo!—exclamó después—. Se pasa usted de listo; mas yo soy hombrecito que camina despacio, pero seguro.

—¿Quiere usted, General, contarnos por qué y cómo fué su salida de Méjico? ¿Abandonó usted la presidencia voluntariamente?...

—¡Cómo no!... Por mi propia voluntad, señor; por puro patriotismo; por si yo era un estorbo para restablecer la tranquilidad en mi patria. Se ha dicho que por miedo. ¿De dónde?... No soy yo hombrecito que le asusta nada... Decidí abandonar la presidencia, y entonces formé un Gobierno ¡mío!, ¿sabe?..., presidido por Carvajal, cuyo Gobierno, si luego resultó malo, no fué culpa mía, pues yo lo dejé en plena libertad de acción. Aquí, mi general Blanquet, que es hombre que habla poco, pero que hace mucho, puso en pie de guerra doscientos cincuenta mil hombres en menos de ocho días para oponerse al desembarco de los yanquis.

—¿Dónde embarcó usted?...

—En Puerto Méjico, mi amigo... Sesenta y ocho unidades norteamericanas bloqueaban las costas. Los yanquis me ofrecieron un crucero,

que desdeñé. ¡No faltaba más!... Al mismo tiempo, Jorge V ponía a mi disposición el *Bristol;* pero yo embarqué en el *Kaiser Guillermo*, crucero que me enviaba el Emperador de Alemania, y desde este barco dirigí las primeras operaciones de la guerra.

—Díganos usted algo sobre la situación actual de Méjico.

—¡Calle, mi amigo! De eso, ni una sílaba por ahora. Dentro de ocho días le doy mi palabrita de honor de poner en sus manos unas cuartillas y *protesto* que contendrán muchas cosas sensacionales, ¿sabe?... Por el momento, sólo puedo decirle que la vida de Wilson será muy corta.

Al vernos tomar notas, protestó indignado:

—Oiga, señor: no apunte esto que yo le digo en confianza, ¿sabe?... Y si usted lo publica, yo soy muy capaz de desmentirlo, ¿estamos?...

—¡Qué esperanza!—le contestamos—. Esté usted tranquilo. ¿Y no piensa usted intervenir, dentro de algún tiempo, en la política de Méjico?

—Pienso intervenir con mis muchachos.

—¿Cuántos hijos tiene usted?...

—Tres niños y cinco niñas. A todos los tengo en colegios españoles, porque aquí la base moral es la religión. ¡Y así quiero que sean!...

—¿Va usted a estar mucho tiempo por Madrid?

El General nos miró con sonrisa astuta.

—No sé, mi amigo; es decir, sí lo sé; pero no quiero engañarlo, ¿sabe?... Porque yo soy y he sido siempre como los guerrilleros: digo que ahorita voy para allá y aparezco por acá, ¿no es eso?...

—Es usted joven, General; yo me lo figuraba a usted más viejo.

—Eso quieren muchos, que sea más viejo; ¡pero no!... Cumplo cincuenta y nueve años el veintitrés de diciembre próximo... ¡Ahorita bien!: moralmente, tengo más del siglo. Si usted es masón, comprenderá lo que quiero decirle. ¡Ah! Si yo volviera a nacer, ¡mi amigo!...

Durante un silencio, el General se puso de pie para que nos marcháramos. Nosotros abordamos las últimas preguntas.

—Dicen, General, que es usted hombre de impulsos fieros.

No le sorprendieron mis palabras. Como si tal cosa, repuso con algo de ironía:

—Ya lo sé, señor. Se dice por ahí que soy un chacal, que no tengo corazón y que me como a la gente cruda; pero nada de esto debe ser verdad, mi amigo, porque ya no tengo dientes ni apetito, ¿sabe? También se divulga el *chisme*

de que, cuando yo era presidente, estaba siempre mi automóvil en las puertas de las hermosas. ¡Ojalá fuera verdad, mi amigo! Sería señal de que era más joven. Pero no crea usted, mi amigo, que a mí me molesta esta campaña. Al contrario: la agradezco; porque a un servidor lo ha hecho figura mundial ese Wilson, a quien ya le demostraré mi agradecimiento, pues sepa usted, señor, que, aunque yo toda mi vida he sido un hombrecito muy *tracalero* y tramposo, las únicas deudas que acostumbro a saldar con esplendidez son las de gratitud a mis amigos y enemigos, ¿sabe?...

—Aquí, General, se dice que su presidencia de usted fué aciaga para los españoles, a los cuales se les asesinaba por su mandato.

—¡Eso es una infamia, señor!... Una campaña inicua; a mí que no me vengan con esas memeces; el que me quiera ofender y tenga corazón, que me pegue un tiro, ¿sabe?

Y el ex presidente, en pie, gesticulando con furor, se azotaba el pecho enérgicamente.

—¡Deme el nombre—continuó irascible—de un súbdito español que yo haya *perjudicado!* ¡Pronto!... Cite una víctima de mi ferocidad, señor.

—Ante la insistencia de usted—exclamamos con frialdad, buscando entre nuestros papeles

las fotografías que llevábamos—voy a enseñarle algo que le acusa.

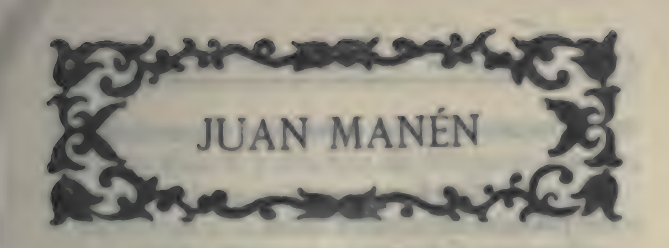
Pusimos en sus manos las fotografías de los cadáveres de Domínguez y general Tapia. Él los miró indiferente, impávido, sin estremecerse, y después nos las devolvió, preguntándonos con sorna:

—Pero dígame, señor, ¿eran españoles éstos?

—Españoles, no; pero víctimas de...—repusimos, desconcertados por su tranquilidad.

—¡Ah!... Ya, mi amigo... ¡Pues si no eran españoles!...

Y estas últimas palabras, dichas por el presidente con pereza e intención, nos produjeron un escalofrío en el cerebro. ¡Qué hombrecito!



# JUAN MANÉN

Una noche nos reunimos, por casualidad, a la hora de comer, en el Hotel Colón, un puñado de artistas: Sorolla, Anglada, Casas Abarca, *Bombita*, un hijo de Sorolla, Campúa y yo. Hicimos mesa redonda, y la conversación durante la comida fué amenísima. Se habló de arte, de literatura y de toros... ¿cómo no?... Al tocar este tema, surgió una graciosísima controversia entre Sorolla, que es gallista hasta las *cachas*, y *Bombita*, Campúa y yo, que somos belmontistas hasta los tuétanos. El número de los adversarios no le arredraba al glorioso pintor; al contrario: se enardecía más y más. Su hijo, durante la empeñada discusión, reía... *Bombita*, como técnico, le daba certeros golpes. Campúa, con la servilleta, demostraba la verdad de las verónicas del trianero; Sorolla las caricaturizaba arqueando el cuello, subien-

do los hombros cómicamente y sacando la espalda.

Todos los demás comensales estaban atentos a las pláticas de nuestra mesa.

—Mire usted, Sorolla—decía *Bombita* con su lengua ceceosa—, yo no le niego facultades a *Joselito*, pero la *verdad torera* y el *número uno* lo tiene Belmonte... Y *Joselito*, después: *el dos*, y esto porque Rafael no quiere apretar nunca, si no, *el tres*...

Después de la comida, el delicado artista y simpatiquísimo amigo Casas Abarca me habló de Manén, el prodigioso violinista catalán.

—Si quiere usted conocerle, venga mañana por mi estudio a las doce de la mañana—me dijo Pedro Casas.

—Sí; me interesa. Iré con mucho gusto.

* * *

El estudio de Casas es un encantador nido de arte y suntuosidad, situado en el 110 del paseo de Francia. Allí se reunen lo más florido de la pintura, de la literatura, de la política y de la aristocracia catalana. El obsequia siempre a sus visitantes con té o con *champagne*. Aquella mañana nos regaló con chatos de manzanilla y con aceitunas sevillanas...

Al momento de estar allí, anunciaron la visita de Manén y del hijo del Marqués de Marianao.

Yo no conocía a Manén, y os he de confesar que me lo figuraba con el rostro pálido, los cabellos muy largos, la mirada triste, y por corbata un estrambótico lazo negro de tres varas de largo. Nada de eso. Manén es un muchacho *chic*, de elegancia impecable y de un trato sugestivo... Más bien alto y delgado, de proporciones gallardas, ojos grandes y muy expresivos, tez morena y pulcramente afeitada y cabellos más bien cortos, ya un poco agrisados. Sus manos, largas, de uñas pulidísimas, parecen, por su esmero, las de una cuidadosa damisela.

Al volver a sentarme, después de saludar a Manén, rompí el cuero de un sillón que Casas conserva como una joya antigua... Esto ha dado lugar a una explosión de bromas. Y la cordialidad se ha entablado entre el cronista y el prodigioso violinista... A los cinco minutos somos tan buenos amigos como si nos hubiésemos conocido en el colegio...

Manén es un espíritu muy cultivado, habla de todo y está perfectamente impuesto de lo que habla...

—Es usted joven, Manén; yo me lo suponía con más edad—empezamos diciéndole.

—No tanto... Desgraciadamente, no puedo ocultar mi edad. Nací el mismo año que murió Wagner; recordando esto es la única manera de acordarme de mi nacimiento, porque tengo una memoria pésima. Vamos, a mí me ha pasado olvidárseme, estando en el extranjero, las señas de mi casa en Barcelona, y tener que escribirle a un amigo preguntándoselas... Figúrese usted.

—Usted, ¿es de aquí?...

—Sí, señor; nací en Barcelona, y digo como el *maño*: «Si naciera de nuevo, catalán querría ser.»

—Y ¿pasa usted aquí mucho tiempo?

—¡Oh... no, no puedo! Yo tengo mi casa central en Berlín, por ser aquello el centro de Europa. De allí se está cerca de todas partes. Ahora llevo unos meses en Barcelona por necesidad... He tenido que guarecerme aquí durante esa rociada de plomo. Yo estaba en España cuando estalló la guerra; preparaba mi *tournée* de ocho meses, con ventajosos contratos. Empezaba en Ostende, y seguía a Bruselas, Brujas, Alemania, Austria, Hungría; volvía a Bélgica, España, Francia, Alemania, Italia e Inglaterra. Pero resulta que los alemanes empezaron su *tournée* guerrera unos días antes que yo...

—Esto le supondrá a usted una gran pérdida.

—Tenía asegurado en esta *tournée* un ingreso de veinte mil duros. Además, me aburro de estar aquí estancado sin hacer nada. Figúrese usted: hasta ahora había sido mi residencia el tren. De Inglaterra recibo cartas animándome a ir, pues ellos, a pesar de la guerra, están dispuestos a cumplir mi contrato; pero yo, la verdad, no quiero exponerme a que un submarino corte mi carrera vital... Amo la vida mucho... ¡mucho!...

La charla de Manén es muy expresiva, muy sintética, muy insinuante.

—Usted, ¿ha sido niño prodigio?...

—Sí, señor; desgraciadamente, porque maldita la gracia que me hacía la tal clasificación.

—¿A qué edad empezó usted a tocar el violín?

—Le diré a usted: mi padre sentía una gran pasión por la música... Yo, según tengo oído —pues me acuerdo de cuando empecé a leer, pero no de cuando empecé a tocar instrumentos musicales—, tocaba el piano desde los tres años. Y mi padre, cuando yo tenía cinco años, se le ocurrió llamar a un profesor de violín, condiscípulo de Sarasate: «Mi chico, ¿podría tocar el violín?», le preguntó. «Hombre, es posible—le dijo el profesor—. Vamos a probar. Si

tiene *oreja* y sabe cuándo desafina, sí; si no, es imposible, porque a esta edad no se le puede imponer de ello.» Probamos, y resultó que tenía *oreja* y que no desafinaba... Claro que yo, lo único que recuerdo de todo esto es que siempre se me caía el violín...

—¿Y usted amaba la música desde pequeño?

—¡No! ¡No! La odiaba, hasta que empecé a componer... Yo, cuando supe leer y leía lo que los periódicos decían de mí después de un concierto, me reía de todas las consideraciones que hacían sobre mi sentir. Hablaban del corazón, de la sensibilidad exquisita, de mi emoción al interpretar a los grandes maestros. ¡Nada más ajeno de mí entonces! Tocaba porque sí; pero sin emoción, sin sentimiento, sin saber lo que tocaba. Y yo ahora, cuando recuerdo las ovaciones, no me las explico. Porque, ¿cómo quiere usted que un chico que no ha vivido, que no ha sentido a flor de piel las sensaciones de la vida, sepa interpretar justamente a Bach y Beethoven? Así es que, al principio, yo no me daba cuenta de ser *niño prodigio;* después, cuando me percaté de ello, me molestaba, y para desvanecerlo recurrí a dejarme unas grandes barbas, que ya que tengo la voz recia, el gesto endurecido y algunos mechones grises, han sobrado y me las quité.

—Entonces, ¿a qué edad comenzó usted a dar conciertos?...

—Por América andaba yo ganando mucho dinero a los nueve años.

—¿Y cómo empezó usted a componer?...

—De una forma muy rara: yo tenía ya quince años, y la música me era completamente indiferente. Un día, estando en Guatemala, me dice mi padre: «¿Por qué no intentas componer?...» Yo, por obediencia, me senté al piano, di unas cuantas notas, y... nada, no resultaba nada. Entonces mi padre me dijo: «Así no; yo he oído decir que los grandes compositores escriben música sobre la mesa.» Entonces yo me siento, y, como si me dictara mi cerebro, escribí mi primera composición. Era una cosa rara: antes de llevarla al papel, yo la oía perfectamente. Y ahora, como compositor, yo quiero hacerle a usted una declaración.

Dudó un momento. Yo, para decidirle, exclamé:

—Venga.

—Que yo no estoy muy satisfecho de España. A mí en España siempre me han tratado como violinista, pero jamás me han prestado atención como compositor.

—¿Ha hecho usted labor de consideración?...

—¿No lo sabe usted?—me preguntó extrañado.

—No—le respondí con sinceridad.

—¿Ve usted?... Eso me desespera. A mí, el aplauso al virtuoso me decía muy poco; yo creo que el hombre debe servir para algo más que para interpretar. Nuestra obligación es crear. ¿No es esto?

Asentimos.

—Pues bien: yo quise unir mi grano de arena a la obra común y compuse dos óperas. De la primera no quiero hablar, porque soy el primero en juzgar con severidad mis cosas, y creo que no era buena. ¡Ah!; pero la segunda era otra cosa. Se llamaba *Acté*.

—¿Dónde se estrenó?

—Aquí, en el Liceo, hace unos siete años. Tendría yo unos veinticinco. Bueno: pues fué juzgada muy injustamente; sobre todo, sin pararse a considerarla. Más tarde, esta misma obra la llevé a Alemania, y se estrenó en Dresde, en Berlín y en Leipzig con gran éxito. Era la primera obra española que se ha estrenado en Alemania... ¿Merecía los honores de que se hubiese traído a Madrid?... Yo creo que, siquiera por ser la primera ópera española que se estrenaba en el extranjero, tal vez sí.

El tono de Manén era amargo, dolorido. Yo,

para alejar sus decepciones, varié de conversación.

—Y ahora, ¿qué hace usted de composición?

—Acabo de terminar una ópera que se titula *Camino del sol*.

—¿La estrenará usted aquí?

—¡Ah!, no, señor. He contraído el compromiso de estrenarla en Bruselas, donde no hay prejuicios, por no haber uno nacido allí.

—¿Dónde le gusta a usted más tocar?

—En Alemania. Están más educados para juzgar música.

—¿Cuáles aplausos le agradan más?

—Los de todas partes, si es posible; pero, en particular, los de España.

—¿Le ha producido a usted mucho su arte?...

—Lo suficiente para no abandonarlo; y perdóneme que no le diga la cifra, porque no la sé justamente. Ahora sí, le digo a usted que los conciertos, cuando van bien, son el mejor negocio.

—¿Es usted soltero?

—Sí, señor; por la gracia de Dios y mis precauciones. Y ya es difícil que me case. Cuando se ha endurecido uno en la vida de soltero, no encuentra nada mejor. Resulta un poco egoísta, sí; pero muy grato. ¡Vivir solo!... Poderse pasar diez o doce horas sin que nadie nos ob-

serve, sin que nadie nos turbe, viviendo con nuestros propios pensamientos, pensando alto. ¿Usted sabe lo bonita que es esta soledad bien comprendida? Claro que una soledad acompañada de libros, de música, de recuerdos y de concepciones...

—Cuéntenos usted alguna anécdota curiosa...

Meditó un instante.

—No recuerdo. Es decir: se me ocurre una que me pasó precisamente en España. Regresaba yo de Madrid, y en aquella temporada se había estrenado en Barcelona mi primera ópera. En mi compartimiento venía una bellísima señora. Trabamos conversación, y yo, sin darle mi nombre, le pregunté qué le había parecido la última temporada en el Liceo. «Muy mal, desastrosa—me dijo—; muy malos artistas y, como final de fiesta, nos dieron un *mamarracho*, de ese Manén, horrible.» Aquello de *mamarracho* fué para mí un bofetón que me desconcertó; pero insistí, diciéndola: «Pues he oído decir que esa ópera no era tan mala.» «¡Calle usted, hombre!—remachó ella—. ¡Era malísima!» «Pero, a veces—proseguí yo con paciencia—, en cuestiones de música se sufren equivocaciones. Es posible...» «Pues con ésta no se ha sufrido equivocación. Esa obra era

pésima.» Yo, en vista de que el juicio era definitivo, sólo le dije: «Pues a mí me han dicho que ese Manén es un muchacho simpático...» Entonces la señora, entornando los ojos con zalamería, repuso: «Seguramente no lo será tanto como usted.» Llegamos a Barcelona, y entonces la dama me hizo prometerle mi asistencia a uno de sus *tés*. Acepté, y, al despedirme, cogí mis violines y la dije: «Juan Manén besa sus pies y está a sus órdenes.» La señora por poco se cae. Figúrese.

—¿Cuáles son las ilusiones de usted?

—¡Mis ilusiones! Yo ansío tener un *yacht* propio y reunir en él cincuenta o sesenta amigos, remontar el Nilo y después ir a tocar la *Chacona*, de Bach, para mí solo, a la cima de la pirámide más alta. Cuento con ustedes para ese viaje.

—Gracias, Manén. Aceptamos. ¿Y... qué opina usted del momento actual en la música española?

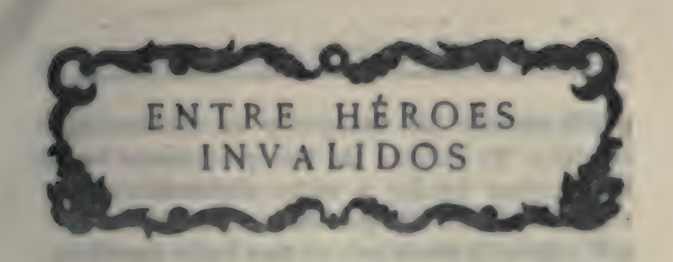
—Yo creo que la música española está naciendo... Nosotros, por ser latinos, estamos llamados a llevar el estandarte; porque España, en cuestión de música, no ha tenido renacimiento, y parece que ahora se está iniciando. Hay una hornada de músicos muy considerable: Vives, Granados, Pedrell, Usandizaga,

Falla, Morera. Algunos de estos últimos han sentido la influencia francesa, y esto les perjudica. La música francesa nunca ha sido más que estimable. Los franceses no han tenido clásicos. Ahora, en España, para que ésta era sea beneficiosa, se necesita una cabeza.

—¿Qué le parece a usted Vives?

—Me parece estupendo... Lo que le pasa es que deja el oro para recoger la calderilla.

Y con un trago del dorado vino, pusimos punto a nuestra conversación.



# ENTRE HÉROES INVALIDOS

Ya en el zaguán del provecto y destartalado palacio de Campo-Alange, mansión señorial donde malamente se alojan nuestros héroes inválidos, me detuve un instante. La angosta y lúgubre calleja de la Cruzada huele mal, pero recuerda el Madrid de Perico Répide. Las fachadas son altas, ennegrecidas. Hasta allí no llegaba de la celeste y maravillosa mañana más que un jirón de cielo añil, pelado de nubes y lleno de luz, que parecía un toldo azul extendido de alero a alero de los tejados. Los pasos suenan a hueco y gusta toser fuerte. De vez en vez se oye un lejano pregón plañidero. En el codo de la calle se hunde, tras de su portada de vivo encarnado, la histórica *Taberna de la Cruzada*, lugar muy frecuentado antaño por los más augustos y encumbrados personajes de la nobleza. Hogaño discutían

pacíficamente dos lacayos y un atlético alabardero. El palacio de Campo-Alange tiene las puertas verdes y están espléndidamente claveteadas; en sus grandes rejas negras habrá *pelado la pava* más de una linda damisela, con gentil embozado de pluma en chambergo y tizona al cinto. Del próximo templo de Santiago cayeron, lentas y abrumadoras, doce campanadas. Subí por la amplia escalera de mármol, en cuyos testeros hay lienzos históricos; atravesé por un vestíbulo rodeado de vitrinas, donde se guardan gloriosas banderas y recuerdos de inválidos ilustres. Un soldado manco vino en mi auxilio.

—¿Está el Comandante general?—le pregunté.

—No, señor. Está enfermo—me contestó.

—¿Y el general segundo jefe?...

—¿Don Eusebio Calonge?...

—Sí, señor—aseguré, incierto.

—Está presidiendo los exámenes—repuso.

—Haga el favor de pasarle esta tarjeta.

Y le entregué una mía.

Al momento volvió y me condujo al despacho del General. Allí esperé unos momentos Poco. En seguida una voz que dijo:

—¡El General!...

Y entró el general Calonge: fino, correcto,

con su mosca de veterano y sus blancos bigotes a lo Káiser.

—¡Mi General!...

Y le expliqué el objeto de mi visita.

—Estoy examinando a estos muchachos—me dijo—, no puedo acompañar a usted a que recorra el establecimiento. Pero aquí, el capitán de inválidos, don Ricardo Monet, a quien le presento—dijo, señalándome un joven militar que lo acompañaba—, le dará cuantos datos desee y le enseñará el edificio.

—Con mucho gusto—accedió, sonriente, el joven capitán, que es muy moreno, de tez casi ocre, ojos azules y proporciones gallardas—. Visitaremos primero el edificio, ¿no le parece?...

—Encantado—acepté.

Me despedí del General y seguí al amable Capitán... Con su mano izquierda buscó su petaca en el pantalón y me ofreció un cigarrillo. Seguí observando cómo no movía el brazo derecho, cuya mano llevaba enguantada.

—¿Tiene usted inútil ese brazo?—le pregunté.

—Sí, señor; mire usted—y al mismo tiempo se quitó el guante y me mostró la mano amarilla, seca y deformada, como un manojo de sarmientos.

Desvié la vista con dolor en el corazón.

—Fuí herido en el Barranco del Lobo el veintisiete de julio. El batallón de Cazadores de Madrid, que era el mío, se había batido durante todo el día; ya en pie no quedaba casi nadie, y en el momento que estaba yo dándole el parte de mis bajas al comandante Ormachea, ¡zas!, una bala que me da en el codo, me parte el brazo por la articulación y hiere también al comandante... ¡Me cortó la carrera!... Hubiese preferido la muerte... Fíjese usted, yo ya represento en el mundo lo que una planta.

—¿Qué edad tiene usted, Capitán?—le pregunté, rápido, para alejar su pesimismo.

—Veintisiete años...

—¿Es usted casado?...

—Sí, señor; me casé a mi vuelta de la guerra y tengo un hijo que, si llega a hombre, quiero que sea también militar, como su padre y su abuelo.

Miré con admiración al abnegado.

—¿Luego su padre de usted es militar?...

—Era general. Ya murió.

Estirpe de militares. Es la sangre la que manda.

Habíamos caminado despacio por un pasillo oscuro y descendíamos por una escalera es-

trecha, con los escalones carcomidos, más propia para trepar por ella acróbatas que pobres cojos, ciegos y mancos.

Llegamos al comedor, pequeño, sin luz, sin aire y sin condiciones. Sobre las mesas de mármol yantaban treinta o cuarenta inválidos. Un cabo, al vernos, vino a nosotros.

—Este pobre que se acerca—me advirtió Monet entre dientes—está medio loco. Fué aquel soldado que en Melilla una bala le destrozó la cabeza; le hicieron la trepanación y se consiguió arrancarle a la muerte; pero perdió la memoria. Olvidóse hasta de leer y de su familia. Vamos, ¡de todo!

—Perdóneme, señor—me hablaba ya el cabo, con lengua estropajosa—. Yo soy un *desgraciao*; estoy loco, ¿sabe *osté*?, desde que me hirieron aquí, ¿sabe *osté*?

Y el infeliz se señalaba con el dedo un costurón como un nudo de la corteza de un árbol, que le atravesaba desde la frente hasta el cerebro.

—Me entró la bala por aquí, ¿sabe *osté*?, y me salió por aquí... Y me quedé tonto, ¡tonto! Me dan ataques, ¿sabe *osté*?

—¡Pobre muchacho! ¿Y cómo te llamas?...

—Juan Francés...

—¿Cuándo te hirieron?...

—No sé, ¿sabe *osté?*... Estaba yo en Benibuifrú y mataron a mi general, Díez Vicario.

—Pues, anda, siéntate y sigue comiendo—le ordenó cariñoso el Capitán.

Entró en el comedor un teniente coronel con el pecho lleno de cruces, el rostro rugoso, la piel parda y curtida, el bigote largo. Sus ojos turbios los bizca un poco y miran al través de unas gafas algo mohosas. Es cojo. Por pierna derecha tiene un palo atado con unas correas al muslo. Este viejo, de rostro simpático, está azotado por el temblor de los años.

—Ese es el más antiguo del Cuerpo—me dijo mi acompañante; y, al mismo tiempo, dirigiéndose a él, lo llamó:

—¡Teniente coronel Marijuán!...

Me lo presentó y nos estrechamos las manos.

—¿Qué edad tiene usted, mi Teniente coronel?

—He cumplido setenta años. Soy el más antiguo del Cuerpo.

—¿Cuándo fué usted herido?

—El cinco de diciembre del sesenta y ocho. Verá usted. Me batí en la batalla de Alcolea, de soldado raso, al lado de Novaliches. ¡Qué general! ¡Qué hombre!...

Al veterano inválido se le encendían los ojos

de luz y le brillaban las lágrimas a flor de los párpados. Continuó con fervor:

—Ascendí a sargento, y en Jerez de la Frontera, cuando los cantonales, me largaron un plomo en esta pierna...

—Cuente usted cómo fué...

—Tontamente. Entrábamos formados y desprevenidos. De pronto, al volver una calle, nos encontramos, a una distancia como de usted a mí, un pelotón de gente del pueblo, todos armados. Había mujeres, niños. ¿Cómo disparar sobre ellos? «¡No tirar!»—ordené—. Pero del pelotón enemigo partieron varias descargas, y yo me desplomé hecho un ovillo.

Hizo un gesto de conformidad con los hombros, y calló.

Nos tuvimos que apartar para que pasara un viejecito que, agarrado del brazo de un ordenanza, caminaba con pasos torpes, inseguros.

—¡Otro veterano!—me dijo el Capitán.

Pero este era más viejo y más desgraciado que el anterior. Es ciego ¡Ciego totalmente! Los globos de sus ojos lo han abandonado, y en las órbitas hueras se hunden los párpados en un horror de arrugas. Su bigote es blanco, amarilleado por el tabaco; su cabeza calva, y en su boca desdentada y gelatinosa sólo que-

da, como un recuerdo y un sarcasmo, un colmillo ennegrecido que parece un clavo viejo.

—¿Cómo se llama usted, mi veterano?—le pregunté filialmente.

—Policarpo González Cabrero, para servir a usted — me contestó, cuadrándose militarmente.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Tengo ochenta y cuatro.

—¿No ve usted nada, nada?...

—Ni el resplandor, señor; ¡si tras el pellejo del párpado no queda ojo!...

Sus últimas palabras fueron un lamento.

—¿Los perdió usted por la Patria?

Se rehizo varonil.

—¡Toma! Como buen servidor. A las ocho de la noche del año mil ochocientos cincuenta y seis. Entrábamos el regimiento de Valencia en el pueblo de Orihuela. De un balcón cayó un líquido y me cegó. Allí quedaron mis ojos.

—¿A las órdenes de quién iba usted?

—A las del general Montero de los Ríos.

—¿Quiere usted ver los dormitorios? — me preguntó Monet.

—Con mucho gusto.

Atravesamos un patinillo de unos cinco metros cuadrados. Era un tubo.

—¿Es éste el único patio que tiene la casa?...

—El único; para respiración de todo el cuartel, y para recreo de los pobres inválidos...

—Pero... aquí no puede entrar el sol nunca.

—Jamás...

Seguimos por un corredor de paredes desmoronadas. Al final, una puerta desvencijada. Empujó el Capitán y entramos. Era aquello una oscura cámara de gruesas y agrietadas paredes pujadas por la humedad, donde había una veintena de camas. Es *aquello* una cuadra, sin luz, sin oxígeno, sin vida!... La renovación del aire no puede hacerse más que por un tragaluz que hay en el techo, que comunica con otro cuartucho idéntico donde hacen oposiciones al tifus y al paludismo otros cuantos héroes de la Patria que por defenderla quedaron inútiles...

—Pero ¿éste es el dormitorio de los inválidos?—pregunté dolido.

—Sí, señor... Este y otros peores.

—¡Si esta camarucha es una cuadra!—clamé.

—En efecto: era la cuadra de este palacio, hoy convertida en dormitorio de los héroes —me contestó, frío, el Capitán.

—Pero, ¿es posible?... ¿Es posible que España, mi patria, pague así a los que se sacrificaron por su honor? ¡No! ¡No! Yo lo diré y me oirán hasta las piedras.

Y estuve a punto de llorar...

—¿Cuánto paga el Estado por esta pocilga?...

—Veinticinco mil pesetas, ahora; antes pagaba veintiocho mil.

—¡Qué barbaridad! ¿Y quién es el afortunado dueño que ha conseguido que le den tan cuantiosa renta?...

Una voz, que no sé de dónde salió, dijo:

—Una persona de gran influencia política tiene o tenía participación en la propiedad de esta casa. Él cree que estamos muy bien, y pone en juego, según dicen, esa influencia para que no salgamos de aquí.

—Ya... ya...—comenté, amargado.

Salimos. Ya en el portalón nos encontramos un oficial acompañado de un teniente coronel.

El teniente coronel era cojo, anciano, amable, sonriente y tiesecito. Sobre el pecho también ostenta varias cruces. Usa mosca, que parece una mecha de algodón colgado de la barbilla, y bigote blanco.

—¿En qué guerra quedó usted inválido?—inquirí.

—En la de Cuba, en el combate del Caney, el día primero de julio de mil ochocientos noventa y ocho. Pertenecía yo al primer batallón

de la Constitución. Nos mandaba el general Vara de Rey. Recuerdo que aquel día empezó el *gualeque*—como le llamaban los cubanos al fuego—a las cinco de la mañana. Yo, que era capitán, me encontraba en servicio de trincheras. ¡Nos coparon!... Cuando llevábamos ya once horas batiéndonos desesperadamente y de los cuatrocientos cuarenta hombres que yo mandaba había fuera de combate trescientos, una bala me partió la pierna... Allí quedé en el campo hasta que me recogieron prisionero los americanos. España me dió esta cruz—y azotó el pecho con la palma de la mano, señalando la cruz de María Cristina.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—Don Isidro Arias Martínez—se adelantó a decir el capitán Monet—; y este oficial es don José Bartomeu; fué herido cuando yo, en Melilla; ¿te acuerdas, Bartomeu?...

—¿Y dónde fué usted herido?—le pregunté al oficial.

—En el pecho. Me entró la bala por la tetilla derecha, perforándome el pulmón, y saliendo por la paletilla. Quedé inútil. No puedo andar de prisa. Me ahogo.

—¿Le ascendieron a usted?...

—No, señor. Está en trámite, pero no se resuelve mi ascenso.

—¿Por qué?... ¿Se puede hacer más por la Patria que dejar en el campo de batalla un pulmón?... Sí, sí; ya verá usted cómo el general Echagüe, que es un espíritu justo, resolverá su ascenso...

Me despedí de los infelices inválidos.

Y ahora, hablemos, Patria mía: Tú no puedes consentir que estos pobres héroes, que son tus reliquias del valor y el patriotismo, que supieron sacrificarse con abnegación admirable por tu honor, alberguen sus cuerpos descabalados en las cuadras de un caserón ruinoso. ¡No! Este puñado de hombres beneméritos necesita un cuartel donde entre el sol, el aire, ¡la alegría! Donde haya un jardín con sus bancos para que en las mañanas abrileñas se sienten los viejecitos inválidos, y bajo la caricia del sol recuerden con unción sacrosanta sus duros días de combates y de glorias, y al final tengan siempre palabras de agradecimiento para la amorosa madre por quien vertieron su sangre y quedaron inútiles para siempre. Así, jamás se arrepentirán de haber gritado al caer: ¡Viva España!

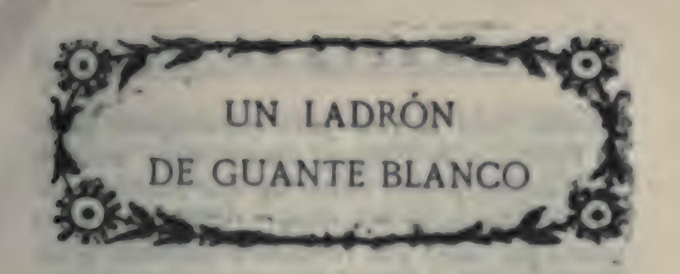
Y si el Estado no puede dedicar un millón a esta perentoria necesidad, yo lo imploro de nuestros millonarios.

Duquesa de Sevillano, duque de Tovar, conde

de Romanones, Bauer, Medinaceli, marquesas de Argüelles, de Squilache: que de entre vuestro mundo de oro salga una voz piadosa que saque al benemérito Cuerpo de Inválidos del caserón ruinoso de la calleja de la Cruzada...

.........................................

Al pasar por la plaza de Oriente escuché en la lejanía las alegres notas de la banda militar de Alabarderos... No bastaron para borrar mi penosa impresión...



# UN LADRÓN DE GUANTE BLANCO

Sentados en «El Gato Negro», entre sorbo y sorbo de café contaba el caso a Carlitos Micó y a Pepe Campúa:

—Mira: lee esta carta—le dije a Micó, mostrándole la epístola misteriosa que había recibido aquella mañana.

«A *El Caballero Audaz*:

»Muy señor mío: ¡Bien han fantaseado ustedes los periodistas con motivo de la detención de ese infeliz *colorito* que le llaman *El Rey de los ladrones*... ¡Parece mentira que en pleno siglo XX no se sepa todavía en España cómo se roba en los hoteles, y se digan cosas tan peregrinas como lo del traje de *Fantomas* y lo de la calavera iluminada!... Crea usted que, leyendo esto, le da a uno asco. ¡Y haber estado

robando toda la vida para que después, entre la Policía y la Prensa, desacrediten nuestro arte, adjudicándole tonterías que nosotros somos incapaces de cometer!... ¡Vamos!... Como siento por usted una verdadera simpatía, le escribo con el propósito de informarle un poco sobre cómo opera un ladrón de guante blanco. Es curioso, y yo puedo darle hasta lecciones prácticas, porque en esto, mi querido amigo, soy el *amo*... No hay más *Rey* ni Roque que yo. Si siente usted curiosidad por ello, acuda esta noche, a las dos y media, a la taberna «El Confesonario», siéntese tranquilamente en una mesa y espere. Yo apareceré por allí y hablaremos. Ningún daño podrá usted hacerme con una delación: estoy seguro que no; pero si tal hiciera, sería una traición que yo sabría castigar. No importa que le acompañe algún amigo, siempre que éste no sea de la Policía.

»Hasta luego se despide de usted afectuosamente su seguro servidor, *Oscar Centellas.*»

— Esto es una broma — comentó Carlitos Micó—. ¿Piensas ir?...

—¿Cómo no?... Dentro de un rato.

—¿Quieres que os acompañe?

—Encantado... ¡Ya está!...

Pasaron unos minutos, durante los cuales

Micó nos contaba cómo, hace año y medio, estando durmiendo en su cama, se presentó un individuo y le descerrajó dos tiros en la cabeza y salió huyendo. Era un asesinato frustrado de lo más repugnante.

Al poco rato nos dirigíamos a la taberna de «El Confesonario». Se halla situada en la Plaza Mayor, en el mismo arco de la escalinata que baja a la Cava de San Miguel... ¿Es este local guarida de doctores del robo?... No lo sé. El dueño es rubio y tiene mirada de águila. Al entrar nosotros hubo un instante de expectación en los grupos que rodeaban las mesas. Hasta que tomamos asiento en el fondo no volvió a reanudarse el abejorreo de las conversaciones. Eran, en su mayoría, parroquianos de gorra y pañuelo al cuello. A nuestro lado, tres individuos de gesto inquietante jugaban al *mus*.

Pasaron unos momentos; el galopín de la *tasca* nos había servido unas copas de coñac. La atmósfera era irrespirable; todo envuelto en el tul azulino del humo de los cigarros... De un grupo de la izquierda se destacó un individuo vestido de negro y vino hacia nosotros. Era alto, delgado, joven—unos treinta años—, de aspecto simpático. La gorra, graciosamente echada sobre los ojos, y el pañuelo anudado al cuello, no armonizaba con su porte distin-

guido; más que de golfo, tenía aspecto de viajero.

—Buenas noches, señores—nos dijo, y al mismo tiempo que nos tendía su mano, larga y pulida, fué nombrándonos.

—¿Qué tal, *Caballero Audaz*; y usted, señor Campúa; y usted, señor Micó?...

Y al advertir la cara de sorpresa que poníamos al vér que sabía nuestros nombres de antemano, exclamó sonriendo, al mismo tiempo que acercaba una banqueta y tomaba asiento:

—Bueno; ya estamos los cabales... Yo soy el mismo a quien vienen ustedes a buscar... Desde hace media hora me tenían anunciada la visita de ustedes tres.

—¿Quién?...—le pregunté yo.

—¿Quién? ¿Quién iba a ser?... El mismo que le llevó a usted esta mañana mi carta, que le ha seguido todo el día. No se puede uno descuidar un momento... A lo mejor...

—Comprendido. Pero, ¿usted quién es?...

En voz baja, exclamó:

—Ahora mismo no soy nada; pero he sido el *Emperador* de los ladrones de hoteles.—Revistió de cierta gravedad sus palabras.—La guerra europea me obliga a estar ahora excedente.

—¿Cómo se llama usted?...

—De nombre, como usted quiera; de apodo,

los *compañeros* en España me conocen por *El Viajero*... La Policía no ha conseguido ficharme ni aquí ni en ninguna parte.

—¿*Trabaja* usted solo?...

—Con otro *santo* que aparece mi ayuda de cámara... Estamos en sociedad, y ya tenemos más de un millón de francos.

—¿Y mujeres?

—¡Oh, no! Las mujeres estorban para estas cosas.

Hizo un silencio, nos ofreció un cigarrillo y después prosiguió:

—En todo el mundo no hay ladrón que vista el frac mejor que yo; por eso, estos días me he reído *la mar* leyendo las tonterías que han dicho los periódicos con motivo de ese pobre *Fantomas*. ¡Vaya un rey de ladrones gracioso!... Ese es más infeliz que una torrija. El individuo que se retrata de mil maneras, como ese ha hecho, ni es ladrón ni sabe lo que se trae entre manos. Yo jamás he puesto mi cara delante de un objetivo, ni lo haré hasta que me *retire*.

*El Viajero*, al decir esto, hizo con la mano derecha un pícaro ademán de rapiña. Era simpático como él solo. Continuó:

—Y hablar de *maillot* y de calavera iluminada, ¿no es gracioso?... ¿Qué idea tendrá la Po-

licía y la Prensa de cómo se roba en un hotel? Eso es cosa de película... La realidad es bien distinta. Yo llevo doce años dedicado a este pícaro y emocionante *arte*—pues bien mirado resulta un arte—sin haber tenido un *tropiezo*, y he cometido robos de importancia.

—¿En España?...

—No, señor; en España no se puede *operar* más que en un par de hoteles, porque el movimiento de viajeros es muy escaso.

—Veamos cómo opera usted...

—Yo me presento en un hotel convertido en un joven millonario. No me falta detalle: magnífico equipaje, varios talonarios de cheques de diversos Bancos del mundo y un ayuda de cámara de mi confianza, hombre que me hablará con gran respeto y siempre estará pendiente de mi gesto. Debo aparentar, ante todo, ser un hombre austero, que gusta de hablar poco, y cuyo único deleite es el arte. Mi ayuda de cámara se encargará de cundir que yo tengo un Banco en Londres y otro en América, que poseo una fortuna fabulosa y que tiro a las armas maravillosamente. Al llegar a un hotel, pido las mejores habitaciones que haya para mí, y para el criado, una cercana a las mías. Simulo que me instalo en ellas, y tanto yo como mi compañero lo que hacemos es prepararlas

para dar en ellas el golpe. Con una sierrecita especial cortamos el cerrojo o pestillo, de forma que dé la sensación de que cierra y no sea así. También las maderas del balcón las acondicionamos de manera que no encajen herméticamente, con el fin de que siempre penetre una poca de claridad. Una vez hecha esta operación, pedimos al dueño del hotel trasladarnos de cuarto por cualquier causa...: los timbres, el calor, la luz, etc. Yo, durante el día, me dedico a visitar monumentos y museos, acompañado de un guía, que ha de sacar la impresión de que yo soy un *primo* de marca mayor. Cuando vuelvo, *mi compañero*, que pasó el día en el hotel limpiándome la ropa, me da cuenta, por escrito, de los viajeros que han ocupado los dos cuartos que nosotros dejamos preparados...

—¿Por qué por escrito?—preguntó Micó.

—¡Las paredes oyen!...—murmuró intencionadamente—. Durante la cena, a la cual yo asisto siempre de frac, observo a mis víctimas... Y es tal la práctica que tengo, que con esta ligera observación me sobra para saber qué clase de personas son ricas, pobres, cobardes, valientes, si usan armas, si duermen profundamente y demás. Terminada la cena, yo, así vestido de etiqueta, me voy al teatro, y mi

falso criado, mientras, observa el movimiento, los cuartos y prepara las herramientas necesarias.

—¿Cómo llevan ustedes las herramientas?

—Nadie que registrase nuestro equipaje podría adivinarlo. Dos estuches que, a la simple vista, son juegos de aseo de manos, y al combinarse las piezas del uno con las del otro dan por resultado pinzas americanas, fresas de acero, ganzúas y todo lo necesario... Bueno: regreso yo al hotel a las dos en punto, y mi criado, que me ha esperado con el achaque de desnudarme, me informa de cuándo se acostaron nuestras víctimas... Y ya, ¡a operar!...

—¿Disfrazado?...

—¡Quiá, hombre!... ¡¡Qué me he de disfrazar!! ¡Ni yo ni nadie!... Lo más que hago es levantarme la solapa y el cuello del frac. ¿A quién se le va a ocurrir vestirse de máscara para andar por los pasillos de un hotel?... Le *echarían a uno mano* en seguida. ¡Cuántas veces al ir o al regresar de una *operación* me he encontrado con gente en los pasillos, que al verme vestido de etiqueta no han sospechado nada! ¿Qué hubiese ocurrido si voy disfrazado de diablillo? Pues bien: antes de salir para efectuar el robo estoy en mi cuarto una hora completamente a oscuras y con los ojos abiertos, y

a veces meto la cabeza dentro de un armario y así paso la hora. Esta es una operación necesaria para estimular la vista y que los ojos vean perfectamente en la relativa oscuridad del cuarto donde se va a operar...

—¿Pero no lleva usted linterna?

—¡Qué ocurrencia! ¿Acaso cree usted que voy a entrar en un cuarto colocándole un rayo de luz en el rostro a la víctima, como ha dicho un periódico? ¡¡Qué disparate!!

—Siga usted—le invité.

—Sobre las tres de la madrugada me dirijo a uno de los cuartos preparados. Con las pinzas americanas, que al mismo tiempo que aprisionan el extremo de la llave acallan el ruido de la cerradura, le hago girar a la llave hasta que la deshecho; el paso queda franco; desde ese momento todo es cuestión de cautela y de oído. Con la boca abierta para oir mejor la respiración del paciente, me tiro al suelo. Yo tengo hecho, como todos los que se dedican a esto, un estudio perfecto de la respiración durante el sueño. Con segundos de diferencia advierto el tiempo que va a estar durmiendo una persona y si tiene el sueño profundo o ligero... Ya en esta situación, yo soy el dueño del cuarto. Arrastrándome, arrastrándome, registro todo y me guardo lo que quiero,

y lo que no, se lo dejo de regalo al confiado durmiente.

—¿Y si el *perjudicado* se despierta y enciende la luz?

—Esto nunca ocurre... Una persona que está durmiendo y es despertada por un ruido, si ese ruido no continúa no llega ni a enterarse de lo que le despertó, así es que no se le ocurre encender la luz.

—¿Pero y si un nuevo ruido la pone en alerta?

—Tampoco esta vez enciende; escucha un ratito, y si por tercera vez lo percibe, entonces busca en balde la pera eléctrica, y digo en balde, porque yo he tenido buen cuidado en quitarla del alcance de sus manos.

—¿No puede darse el caso de que grite?

—Este es el caso extremo..., y entonces hay que huir.

—Sí; pero le verán a usted correr por los pasillos.

Sonrió mi inocencia...

Jamás. Mi criado, al primer grito de la víctima, produce un circuito y deja a oscuras toda la zona del hotel donde operamos. Protegidos por las tinieblas, nos metemos en nuestros lechos. ¡Y que vayan a averiguar quiénes fueron los ladrones! Ahora le diré a usted que un

buen operador jamás debe alarmar al paciente. ¡Yo no he tenido ni un caso!... Se me despertaron algunas veces; pero esperé hasta que volvieron al sueño. Mi maestro, Franz Liveny —un norteamericano que ha muerto millonario—, empleaba los gases magnéticos, por medio de los cuales el sueño natural del paciente se convertía en hipnótico.

Yo estaba un poco admirado de lo lógico que resultaba todo aquello. Campúa le preguntó:

—Díganos usted, en confianza: ¿cómo deberemos prevenirnos contra los ladrones de hoteles?

—Muy fácilmente: aunque me perjudica, voy a decirlo. Cuando viajen ustedes, en vez de echar cerrojos, llaves y pestillos, pongan detrás de la puerta un mueble: la mesilla de noche, el lavabo o una simple silla... Cuando nosotros, al empujar, producimos el menor ruido, desistimos del *golpe*. A Carolina Otero le robé yo un collar de perlas que vendí en cuatrocientas mil pesetas... Cuarenta y siete perlas que me tragué dentro del mismo cuarto y que *guardé* en los intestinos cuarenta y dos horas. Desde entonces *La Otero*, cuando viaja, no lleva ni una joya buena... Ahora les diré a ustedes una cosa, si me prometen guardar el secreto.

—Prometido—contestamos los tres a una.

—Pues que ando detrás de un magnífico collar de brillantes.

—¿Sobre qué cuello se luce?...

*El Viajero* se acercó a mí hasta ponerme los labios en el oído, y murmuró confidencialmente:

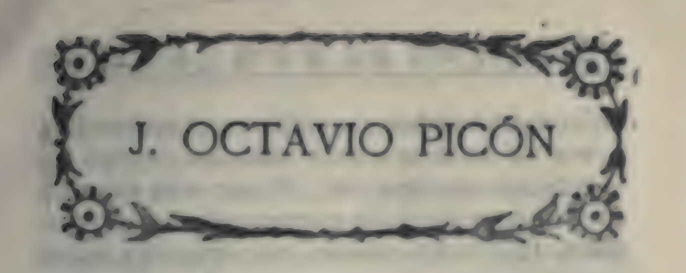
—Sobre el cuello de Adelita Lulú...

Compadecimos a la gentil artista.

Dicho esto, nuestro confidente el ladrón interrumpió su diálogo, exclamando con acento indeciso, al mismo tiempo que se dirigía a la puerta:

—Con permiso de ustedes... Voy un momento... ya vuelvo...

Pasaron horas y horas... Eran las siete de la mañana y el simpático *Viajero* no había vuelto...



# J. OCTAVIO PICÓN

El ascensor nos deja en su piso. Una mujer de edad nos abre la puerta y, pasando por unos corredores, donde hay lienzos, tapices, plantas y muebles antiguos, llegamos al despacho del insigne novelista, y allí esperamos su presencia.

Este despacho, que es muy amplio, tiene dos balcones: uno viene a caer sobre la Carrera de San Jerónimo; el otro, sobre la calle de Fernanflor. Por los dos penetra la luz clara, la luz de las alturas. De las paredes penden lienzos de Sorolla y de Sala. En los estantes, los volúmenes aparecen colocados con escrupulosa simetría y lujosamente encuadernados. Se enfilan todos los lomos, sin que ni uno siquiera sobresalga un milímetro más que los otros. Hemos de pensar, viendo esta habitación, que don Ja-

cinto es un hombre exquisitamente ordenado... Sobre su mesa aparecen todos los papeles recogidos en montoncitos... Ni una sola cuartilla se ha escurrido de la cartera o de los pisapapeles. El cronista siente una verdadera admiración por este hombre, que está pendiente de la tiranía del orden.

Y llegó don Jacinto Octavio Picón, acompañado de su hijo, nuestro predilecto amigo el diputado *idóneo* don Jacinto Felipe. Durante unos minutos, todo son obligadas galanterías y recíprocas palabras halagüeñas. Los minutos que en todas las presentaciones se emplean para pulsar el espíritu del interlocutor. Durante ellos formamos en nuestra mente el juicio que nos merece el presentado. «Este hombre es antipático, pero listo» —pensamos prevenidos—. O «Este señor es un buen hombre. Y yo que creía...» Y ocurre muchas veces que hombres que fueron ídolos para nosotros, que los veníamos admirando con exaltación desde la niñez, cuando los tratamos al correr del tiempo, al cruzar con ellos las primeras palabras todo el pedestal de admiración que en nuestro espíritu levantaron sus libros se derrumba... ¡Y qué decepción tan amarga!... Yo recuerdo, lectores míos, que el día que me presentaron a Núñez de Arce me ocurrió algo

así, y cuando salí de su casa me ahogaba la amargura y ¡lloré!

Don Jacinto Octavio Picón es un hombre menudo, seco y nervioso. La mirada escrutadora de sus ojos azules inquieta un poco. Es verdad que yo me prevengo siempre contra las personas que tienen los ojos claros. Usa largo bigote de mosquetero y una gran mosca colgada del labio inferior. Pocas canas tiene en sus lacios cabellos, que peina hacía atrás. Su mandíbula inferior se adelanta a todas sus facciones dándole al rostro ese gesto especial que carac, teriza a los Austria.

Viste impecable, hasta el detalle del cuello alto del frac y la pequeña corbata de lazo. Usa grandes quevedos de concha, que le dan a su rostro, seco y huesudo, un gran parecido con el archiduque Alberto de Rubens.

Comenzamos una conversación de cosas indiferentes, nosotros procuramos intercalar preguntas de sustancia informativa.

—Y qué, ¿trabaja usted ahora mucho, maestro?...

—En literatura—nos dice—he abierto un compás de descanso después de publicar mi última novela: *Sacramento*. Porque yo no soy continuo para laborar. Cuando estoy haciendo un libro, le dedico todas las mañanas hasta que

lo termino; pero, una vez terminado, me gusta descansar una temporadita.

—¿A qué edad empezó usted a escribir?...

—A los veintitrés años, o sea cuando me hice abogado y ya no tenía que dedicar el tiempo, como antes, a los libros de texto. Yo empecé a escribir artículos de pintura en *El Globo*, que entonces era de Castelar. Después pasé a *El Imparcial*, y allí continué mi labor de crítico artístico de teatros y escribí algunos cuentos.

El maestro se levanta para buscar unos cigarros; nosotros le seguimos con el diálogo.

—¿Cuál fué la primera novela que publicó usted?...

—*Lázaro* fué mi primera obra seria—contesta, al mismo tiempo que nos ofrece un habano.

—Muchas gracias, maestro. Y diga usted: ¿cuál de sus novelas es la que más se ha vendido?...

Duda un instante.

—No sé cuál... Me parece que *Dulce y sabrosa*.

—¿Es la que ha hecho usted con más cariño?...

—Yo en mis libros he puesto, al hacerlos, igual cantidad de ilusión y de entusiasmo...

—Sin embargo—insistimos—, tendrá usted preferencia por alguno...

—Le diré a usted: *El Enemigo*..., casi, casi... es el que me gusta más.

—¿No ha caído usted en la tentación de hacer teatro?...

—¡Nunca!...

—¿Qué año entró usted en la Academia?...

—Entré... Verá usted—rememora, entornando los ojos, y después, recordando, agrega rápido—: Entré el año mil novecientos. Eso es...; en la vacante de Castelar.

—Y, a propósito, maestro: ¿usted qué opina sobre si doña Emilia puede entrar en la Academia o no?...

—Yo, aunque siento una gran admiración y afecto por doña Emilia, opino que de la Academia no pueden formar parte las señoras —dijo en tono convencido.

—Pero es el caso que ya hay un precedente; en el siglo diez y ocho hubo ya una académica...

—Quiá, no, señor. Doña María Isidra de Guzmán y Lacerda, que es a la que seguramente se refiere usted, fué académica *honoraria*... sin derecho a tomar parte en las juntas, ni a tener voz ni voto. Entonces, como el Rey hacía lo que quería, se le antojó premiar cierto

trabajo de la señora de Guzmán dándole el título de académico honorario; pero no llegó ni a tomar posesión del sillón.

—¿Y en qué funda usted su oposición?...

—La fundo en muchas cosas: primera y principalmente, en que estaríamos cohibidos, no podríamos discutir... La falta de libertad de lenguaje... ¡y muchas razones más que se oponen a ello!...

Te confieso, lector, que estos sencillos juicios del consagrado novelista me dejaron un momento perplejo. Confundíanse y libraban empeñado combate en mi imaginación con otros argumentos de más consistencia que en pro de las futuras académicas emplearon *Azorín*, Pío Baroja, Dicenta, Valle-Inclán y otros intelectuales también consagrados, aunque no hayan conseguido que la docta casa solariega les haya recibido en su seno. Y me es justo consignar que no se bastaron las palabras de don Jacinto para arrancar de raíz los razonamientos adversarios.

—¿Y esa dice usted que es la principal razón que le anima a oponerse a que doña Emilia forme parte de la Academia?...—vuelvo a preguntarle, lentamente.

—Yo no personalizo, ni, por lo tanto, quiero herir susceptibilidades... No hablemos de doña

Emilia; hablemos de los inconvenientes que hay, a mi juicio, para que la mujer sea académica, y uno de los principales es el que le he dicho.

El cronista no pudo menos de considerar paradójico—aunque no le pareciera nuevo—el caso del insigne padre de *La hijastra del amor*: se ha pasado la vida literaria idealizando a la mujer y justificando sus deslices y defendiéndola contra todas las injusticias del sexo contrario, en mostrarse espíritu culto, tolerante, de ideales avanzados, y cuando llega la ocasión de ayudar a realizar sus predicaciones, se nos muestra rezagado, al revés que Vázquez Mella. ¿Por qué? ¡Misterio!

Al notar que enoja esta conversación al novelista, la dejamos terminar en sus labios. El empieza otro tema.

—Ahora estoy muy preocupado y me da mucho trabajo el Patronato del Museo del Prado, del cual el duque de Alba es presidente y yo vicepresidente.

—Creo que proyectan ustedes una gran obra...

—En efecto: los cuadros que contiene el Museo son tantos, y abundan de tal modo los de mérito excepcional, que obras que en otras pinacotecas estarían en sitios de honor se ha-

llan aquí colocadas en pasillos, tránsitos y corredores.

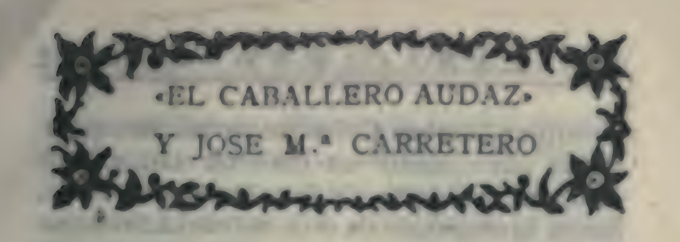
—Cierto; y es una pena—lamentamos.

—Pero consiste en que hoy la falta de espacio hace imposible toda alteración en la distribución de cada sala. Como consecuencia de esto, una de las principales preocupaciones del Patronato ha sido procurar la ampliación del edificio del Museo. Había que estudiar esta obra y la forma de hacerla sin que se tuviese que cerrar el Museo un solo día. Ya hemos encontrado una fórmula y un proyecto que aumenta en más de veinte el número de salas, las cuales, por su disposición, iluminación y ornamentación podrán competir con las de los mejores Museos de Europa. Ya los planos están aprobados e incluída en el presupuesto la cantidad de un millón doscientas mil pesetas necesaria para esta reforma, y muy pronto se empezará la obra...

—¿Usted vive de los libros, don Jacinto?—inquirimos, no queriendo dejar olvidada esta pregunta.

Tal vez a don Jacinto le ha causado sorpresa; pero, rápido y amable, nos ha respuesto:

—Si, señor; de la *literatura* y de lo poco que tengo.




A pesar de mi *audacia*, quedé abrumado y sobrecogido ante José María Carretero... Vosotros, los que conocéis a este hombre solamente de retratos o de verle *flâner* por la Carrera de San Jerónimo, que es su paseo predilecto, no podéis imaginaros el profundo espanto que produce encontrárselo en su casa envuelto de pies a cabeza en una bata azul que le da cierto *cachet* de oso, calzado con unas zapatillas rusas color sangre de toro, y con los largos cabellos despeinados a estilo de Cánovas Cervantes. Mientras que le contemplaba, antes de enhebrar nuestra charla, pensaba yo que por nada del mundo viviría al lado de este gran corpulento. Es una cosa sería contemplado de cerca... Yo, que he ido con Romanones de cacería, que he paseado con *Tórtola Valencia* por las calles de Madrid y me he bañado con don

Saturnino Esteban Collantes en San Sebastián, jamás experimenté un malestar tan grande como en presencia de José María Carretero. Sentía la sensación de estarme mirando en uno de esos espejos convexos que hay en la calle del Gato. ¡Palabra de honor!

Pasamos a su despacho, y yo tenía unas ganas locas de que se dejara caer en una silla o en el suelo para poder comunicarme con él cómodamente... Además de ser insultante la estatura de Carretero, él la administra de una manera ofensiva... Tras las primeras palabras que cruza con su interlocutor, acostumbra a echarle un brazo por los hombros y casi a escondérselo bajo su sobaco, que es una tienda de campaña. Esas delicadas y corteses discusiones que se tienen antes de entrar o salir en una habitación: «Usted primero», «No, usted antes», «De ninguna manera», Carretero las resuelve dando un cariñoso empujón, y allá va la visita como disparada por un obús. Esto hizo conmigo en el pasillo de su casa, y fuí a caer sobre un sillón de su despacho, que es un rinconcito de anarquía artística, donde hay libros y periódicos por todas partes. En las paredes, dibujos de Romero de Torres, de Sala, de Benlliure, de Sancha, de Marín, de Blay, de Oroz, de Tovar, de *D'Hoy*, de Zamora, de

Rubio, de Galván, alternando con las maravillosas aguas fuertes de Baroja y de Néstor. Sobre su mesa, y entre el desorden de libros, se alzan dos retratos: el de su hermano Manolo, que murió hace años, y el de una damita de expresión bondadosa que, sonriendo eternamente, parece alentar al escritor en la ingrata lucha por la vida. Estos debían ser los dos amores más grandes del periodista. Hay cosas que no es necesario preguntarlas. En un cuadro, y al lado de su fotografía, hay dos cartas escritas de puño y letra de don Antonio Maura; son dos cartas de maestro que quiere hacer discípulos. Por todas partes, retratos de artistas, literatos, toreros, políticos.

Carretero es joven; una juventud de veintiséis a veintiocho años. A primera vista resulta un poco antipático, no sé deciros si por su demasiada estatura o por un aire de suprema indiferencia que adopta ante todo el mundo y ante todas las cosas. Sus facciones son abultadas e incorrectas, algunas con desproporción; su nariz, por ejemplo, tiene algo de la de Bergamín, claro que no es tan fea, pero tiene algo: la longitud y la rebeldía a estar en el centro de la cara. Fijaos. ¿No? Sus ojos son grandes y claros, pero de un color indefinido: ojos de pájaro; hay también en ellos una expresión de

cansancio y de melancolía de hombre que ha visto mucho y que ha vivido muy de prisa la vida. Sin embargo, si os he de ser sincero, tengo que anotar que su mirada inspira confianza: es una mirada que sabe esperar a que las almas vengan a ella, en vez de ir ella a las almas. Su frente, levemente encogida en el entrecejo, es una continua interrogación. Conforme iba hablando Carretero, iba, para mi caletre, rectificando mi juicio: «Este hombre no es tan antipático como parece de lejos.» Reíos cuanto queráis, pero esa es la verdad lisa y llana. ¿Os voy a engañar yo? La charla de Carretero no es muy flúida: parece que tiene gente dentro de la boca y que cuando habla le sujetan de vez en cuando la lengua; pero es muy sincera y muy mundana. Si en su ceceo andaluz titubea un poco, suple con una sonrisa la expresión de su voz y sigue adelante... Y mientras habla, no para de interrogar a su interlocutor con sus ojos inexpresivos. A la simple vista se le nota que es hombre más acostumbrado a oír que a exponer.

Yo, un poco cohibido, porque no todos los días cae un pez de este calibre corporal, comencé diciéndole:

—La verdad es, amigo Carretero, que tiene usted una estaturita superior.

—Sí, exageradilla—asintió él con marcado malhumor que yo noté; pero, no obstante, insistí, porque mi misión es molestar a todo el mundo:

—Tendrá usted muy cerca de los dos metros, ¿verdad?

—Por ahí, por ahí—respondió él mordiendo nerviosamente el residuo de un cigarro que de continuo cuelga de sus labios.

—¿Tal vez dos metros cinco centímetros?

—Tal vez.

—¿Seguramente dormirá usted en una cama hecha a medida, verdad?

—Sí, señor; a medida y confección esmerada; pero, dígame usted, ¿todas sus *audacias* se concretan a preguntar las mismas tonterías que todo el mundo me pregunta? Yo me someto—prosiguió—a la tortura de su interrogatorio si usted, a su vez, me promete someterse al mío; de esta manera yo me vengaré en usted de los monografiados que no quedaron satisfechos de su pluma.

—Conforme—respondí.

—Saque usted el lápiz y las cuartillas.

Sonreí esta inocente advertencia.

—No me hace falta: yo sé oír y conservar perfectamente aislado y clasificado todo lo que he oído hasta que lo llevo a las cuartillas. Si

acaso, alguna vez, cuando el individuo me es poco familiar, tomo nota, más que de su conversación, de sus gestos. Jamás el alma nuestra está en lo que decimos, sino en cómo lo decimos, en la expresión de nuestro rostro al decirlo. Además, con unas cuartillas y un lápiz en las manos nunca se puede infundir confianza en el interrogado, y ésta debe ser la primera preocupación del periodista: que el político o el actor o el criminal sometidos a su interviú vean en él un amigo. Yo, para celebrar una conversación y que le hicieran unas fotografías a la hija del desventurado capitán Sánchez, tuve que hablarle de amor y prometerle que aquella misma noche la raptaría de su celda. Cuando don Antonio Maura quedó abandonado de su partido y adoptó el temporal apartamiento de la política y de la vida pública, yo quise hacerle una interviú. El amigo que me sirvió de embajador para solicitarla volvió fracasado. Don Antonio había tomado la resolución de no hablar de nada de política con nadie, y menos con un periodista; era un contratiempo, pero yo no me arredré. Pedí comunicación telefónica con el caudillo caído: «Deseo ser recibido por usted para hablarle de un asunto profesional», le dije. «Ah, si es para un asunto profesional, venga usted mañana, de

doce a dos.» Fuí. «¿En qué pleito puedo serle útil?», me preguntó don Antonio en cuanto nos saludamos. «No se trata de un pleito, don Antonio», le dije yo un poco turbado. «¿Pues no me ha dicho usted que iba a hablarme de un asunto profesional?» «En efecto, profesional es; pero no precisamente de su profesión, sino de la mía.» Lo demás de aquella entrevista, en mi último libro está. Sólo recuerdo que de lo que hablamos don Antonio y yo no tomé ante él ni la más insignificante nota, y, sin embargo, su testimonio dice que todo fué exacto.

Callé. En el rostro mofletudo y pecoso de Carretero comenzaba a dibujarse su interés por mí.

—Vamos a ver, amigo: ¿cuántas interviús lleva usted hechas en su vida?—me preguntó de improviso.

—¡Uf! No sé; unas quinientas.

—¿Y le gusta a usted mucho ese género de periodismo?

—Hombre, hace usted unas preguntas tontas. Yo, cuando comencé a cultivar la interviú, tenía ya resuelta mi vida literaria; así, pues, no adopté esta postura por alcanzar popularidad ni por cosechar pesetas, no, sino por vocación; soy un poco curioso y me gusta bucear en las vidas ajenas. Al mismo tiempo, entendía

yo, y sigo entendiéndolo, que entrar en las almas de los hombres triunfadores, verlos de cerca y mostrárselos al público tal como son, sin envolverlos en el tul del halago, resulta muy interesante. Además, esto puede ser la base para una Historia de España literaria y artística de nuestros tiempos.

—Eso estaría bien si usted fuese absolutamente sincero.

—Procuro serlo casi siempre; precisamente esta sinceridad me ha costado algunos disgustillos de poca monta con los monografiados.

—¿Algún desafío?

—No recuerdo.

—¿Alguna rectificación?

—Eso, jamás; aunque a regañadientes muchos, todos ratificaron sus conversaciones. Recuerdo que en una interviú que le hice a un reverendo padre agustino, al describirlo físicamente creo que decía que su nariz era larga y un poco arrebolada; bueno, pues mi buen padre, que indudablemente tenía la vanidad de su belleza, me escribió una carta muy indignado, diciéndome que sus amigos protestaban de que yo hubiese menoscabado la perfección de sus facciones, y que, por lo demás, la entrevista era fiel; y yo, amigo Carretero, le digo a usted, en confianza, que no mentí ni exageré: la nariz

del reverendo padre era tal como yo la había descrito.

—¿Y por qué cuando tropieza usted con algún defectillo así no lo pasa por alto?

—Esa es una galantería que apenas la uso con las señoras. La originalidad mía, si es que la tengo, consiste en desposeerme en absoluto de la sugestión del triunfador y mostrárselo a mis lectores tal como es. De esta manera, cuando, dentro de cien años, se busquen en la historia estas almas que trazó mi pobre pluma, se hallarán lo menos falseadas posible y sin ningún retoque.

—¿Sufrirá usted algunos desencantos al acercarse al hombre afamado?

—Casi siempre; muy pocos son los triunfadores que al hablar con ellos de silla a silla siguen sosteniéndose sobre el pedestal a que los elevó su obra. De cerca, todos se disminuyen; muchos se desvanecen; más de una vez, después de haber celebrado mi entrevista con uno de esos ídolos populares, he llorado de desencanto.

—¿Cuál es la interviú que ha hecho usted con más cariño?

—Todas, mientras las coordino.

—¿Y la que más le ha gustado después de hecha?

—Tengo varias que, cuando quiero hablar con el interesado, las leo y me dan la misma emoción del momento en que la celebramos: la de Galdós, la de Valle Inclán, la de Manolo Bueno...

—¿Estas son las que más le satisfacen?

—No, señor; tengo tres preferidas sobre todas: la de la Duquesa de Canalejas, la de don Jaime de Borbón y la de la Princesita de Kapurtala.

—¿La de don Jaime fué fantasía o realidad?

Esta curiosidad de Carretero me pareció impertinente.

—Pregúnteselo usted a don Juan Vázquez Mella—evadí.

—Estoy pensando yo, *Caballero Audaz*, que el éxito de su popularidad lo debe usted principalmente a su seudónimo, ¿no?

—Muchas gracias; tal vez lleve usted razón. Lo raro es que llamándose usted Carretero, que ya es un apellidito que se las trae, y escribiendo desde mucho antes que yo, no haya usted conseguido esa popularidad todavía; hay que pensar que hasta que atropelle usted a alguien no la conseguirá.

Este chistecito molestó a Carretero; yo no hice caso y le pregunté:

—¿Y usted qué hace?

—Lo que puedo: crónicas, cuentos y, sobre todo, una novela que se titula *Carne mortal*.

—¿Cuántos libros lleva usted escritos?

—Cuatro; entre ellos, dos novelas.

—¿Y se vendieron?

—Esa curiosidad puede usted satisfacerla en las librerías.

—¿Y no le gusta hacer teatro?

—Sí, señor; pero le tengo un pánico espantoso; a los diez y siete años estrené una obra en Romea, de cuyo éxito no me acuerdo; lo que no olvido jamás es una anécdota que me ocurrió esa noche.

Cuéntemela usted, que yo guardaré el secreto.

—La obra se llamaba *El Redimido*, y era una comedia romántica con adobos dramáticos. El protagonista estaba enfermo y se pasaba todo el acto quejándose en escena; pues bien: en uno de los momentos más culminantes de sus lamentaciones y más dramático de la obra, un chico del anfiteatro, que, desgraciadamente, tenía buen corazón, soltó el trapo a llorar. El público comenzó a sisearle imponiéndole silencio. El chico seguía llorando; de pronto, el silencio dramático del ambiente fué rasgado por una voz castizamente chulapona que decía: «¡Que se calle ese rorro, que hay un enfermo!»

Aquel gracioso espectador, que fué muy aplaudido por cierto, aplastó con su ocurrencia el efecto dramático de mi obra.

—Veo que es usted como todos los autores malos: siempre encuentran un editor responsable de sus fracasos.

—Es posible—repuso Carretero con indiferencia—; la cuestión es pasar el rato.

Yo proseguí mi interrogatorio:

—Vamos a ver, amigo mío: ¿en qué parte de Andalucía nació usted?

—En Montilla, que es un pueblecito muy blanco que se alza en la sierra de Córdoba. Mi padre era un hidalgo que labraba sus tierras, se preocupaba de sus políticos predilectos y me tomaba las lecciones del bachillerato. Un día, cuando yo tenía doce años, se presentó el fantasma de la filoxera y asoló las vides; mi pobre padre quedaba arruinado; entonces, en aquellos momentos de angustia suprema, tendieron la vista buscando el horizonte por donde había de volar yo para ganarme la vida por mi cuenta. Aquí, en Madrid, estaba mi hermano Manolo terminando su carrera: «Pues a Madrid», dijeron; y una noche muy oscura, cuando en el cielo no había ni una estrella a que confiar mi suerte, abandoné mi familia y mi pueblo, facturado en un coche de tercera y

encargado, por mis escasos años, a la vigilación de una pareja de la Guardia civil. Nunca he llorado ni lloraré tan desoladamente como aquella noche. De la tenebrosa oscuridad de la estación de Montilla, donde habían quedado mis padres sumidos en la angustia, pasé a la deslumbradora luz y al desconcertante bullicio de la Puerta del Sol. Había que trabajar... ¡Pues a trabajar! Yo sentía gran entusiasmo por la fotografía, y conseguí entrar de aprendiz en la casa de Compañy, con el sueldo de dos pesetas fuertes semanales. Seguramente por mi tipo, que era delicadito, casi afeminado, me destinaron a las órdenes del operador. Y ¿sabe usted quién era el operador, *Caballero Audaz?*

—No, señor.

—Pues ese camarada tan artista y tan simpático con quien hace usted las informaciones para *La Esfera:* Pepe Campúa, que tenía entonces allí veinticinco años y veinticinco pesetas diarias de sueldo. Apunto este detalle, porque una de las cosas que no podía explicarme era la diferencia de sueldo que existía entre Campúa y yo. Fuí aplicadito, y llegué a ser ayudante, con siete reales diarios. Al mismo tiempo mi hermano y yo cultivábamos la amistad de aquel gran patricio que se llamó don

Alberto Aguilera. Yo, por las noches, le escribía la correspondencia; un día vino de alcalde y me redimió de mi calvario llevándome al Ayuntamiento, que es el lugar de Madrid que más cariño tiene mío. Allí comencé a emborronar cuartillas; entre varios amigos fundamos un periódico titulado *A E I*, y en él salieron mis primeros balbuceos literarios, que creo eran poesías; claro que no tengo que decirle a usted que muy malas. Un día hice un cuento; cogí la calle de Fuencarral arriba y, después de andar dos horas, llegué a la antigua redacción de *Nuevo Mundo*. Pregunté por el director; no estaba; pero salió el redactor jefe, que era un joven caballero de porte noble, al que quise leerle mi cuento; él se resistió, un poco aterrado: «Déjemelo usted; lo leeré, y si me gusta se le publicará; esté tranquilo.» Abandoné la redacción un poco desconfiado. Pasaron quince días, un mes, dos meses; yo había perdido toda esperanza; un jueves iba en un tranvía, y un señor a mi lado hojeaba un *Nuevo Mundo;* a hurtadillas yo lo curioseaba también. De pronto creí desmayarme: había leído el título de mi cuento; en mi locura, le arrebaté al señor el periódico; el señor protestó airado; me insultó...; en fin...: el delirio. Al día siguiente fuí a dar un abrazo al

redactor jefe que se había hecho cargo de mi trabajo; entonces supe que se llamaba Verdugo. Para mí, aquel apellido en un creador de mis ilusiones literarias resultaba una paradoja. Desde aquel momento, gracias a él, que es un espíritu castellano vaciado en un molde andaluz, mi firma comenzó a verse en las páginas de *Nuevo Mundo* y *Por Esos Mundos*. Hace de esto doce años. Un día, Zavala, que es uno de los hombres más completos y más depurados intelectualmente de la creación—y al cual, si lo encuentra en algún banquete, debe usted de invitarle a que hable, porque dirá cosas muy interesantes—, quiso conocerme para felicitarme personalmente por algo mío que le había gustado; tenía yo entonces quince años y él treinta y cinco; tal vez por eso desde el primer momento me trató como un padre, y yo, por dictado del corazón, le vengo queriendo desde entonces como un hijo.

Hizo una pausa José María Carretero; de improviso, me preguntó:

—Y usted, *Caballero Audaz*, ¿a quién le debe su notoriedad?

—Obra ha sido de Paco Verdugo. Confiado en su entrañable amistad, me dejé llevar por su talento; él me ha colocado donde estoy, y

él es el responsable de mi vanidad en estos momentos. *Prensa Gráfica* no es una casa editorial donde estoy empleado: es un paraíso de trabajo; es mi misma casa, donde todos son afectos; el único sitio donde soy sincero, porque estoy seguro del cariño de todos. Si algún día dejara de existir *Prensa Gráfica*, el *Caballero Audaz* rompería su pluma de periodista.

—Pues créame usted que la Prensa no perdería una gran cosa.

—Conforme. ¿Y qué más?

—Que le estoy observando a usted, y no veo por ninguna parte asomar ese periodista a la moderna de que hablan sus buenos amigos.

—Ni yo en usted veo nada interesante para hacer una interviú. Palabra de honor. Veremos a ver si entre la maraña de tonterías que me ha dicho encuentro algo de relieve.

—Esa es la obligación de usted.

—Vamos con las últimas preguntas. ¿Qué es lo que le interesa a usted más de la vida?

—La vida misma; vivirla intensamente, con todas sus emociones, sin preocuparme para nada de los juicios y conceptos del prójimo.

—Esa teoría es algo egoísta...

—¡Qué quiere usted, mi amigo! Si en vez de darnos una vida nos dieran dos, yo con mucho gusto sacrificaría una de ellas al bien parecer

de las gentes, y la otra a las exigencias de mi espíritu. ¡Pero como no nos dan más que una! ¡Hay que vivir!... Lo demás es una mascarada.

—¿Qué es lo que más le inquieta a usted?

—El desfile de las horas, de los días y de los años, lo que más me tortura es la idea de que algún día me habrá abandonado la juventud, y, como el «Don Juan» de Campoamor, caeré prisionero de los parches porosos y de las bayetas amarillas... En resumen: yo creo que lo que más me inquieta, como a todo el mundo, es acercarme al misterio de la otra vida... El arcano del más allá es la clave de nuestro instinto de conservación.

—¿Y lo que más le interesa?

—¡Oh! ¡La mujer! No hay emoción parecida a la que nos proporcionan unos bellos ojos femeninos cuando nos acarician. Una cabecita de mujer refugiada sobre un pecho varonil es la esencia del arte y el símbolo de la vida... Creo que estén conformes conmigo todos los hombres. ¿No?... Vivimos para ellas. ¿Por qué no hemos de decirlo y demostrarlo a todas horas? Hasta en la historia de Cristo, lo más humano, lo más interesante, lo más poético, fué la redención de Magdalena, la piedad de Verónica y la augusta desolación de María. Yo,

ante casi todas las mujeres, me explico la pasión de Armando Duval y las lágrimas del caballero Des Grieux.

—Pare usted el carro, porque veo que se vuelve usted loco hablando de eso. ¿Cuál es su dramaturgo preferido?

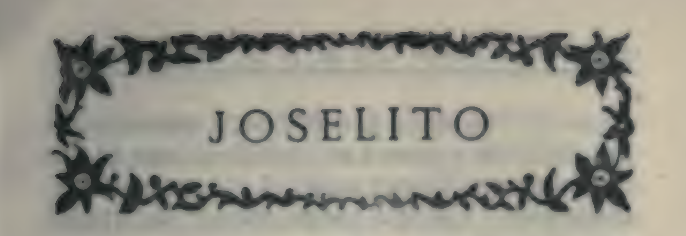
—No ha de hacerme usted personalizar... Mi obra teatral predilecta es *La garra;* las novelas que he leído con más gusto, *Doña Perfecta* y *El otro;* el libro de poesías que me acompaña con frecuencia, *El Caballero de la Muerte;* el cuento que más me impresionó, *El sabor de la sangre;* el cuadro que hubiese robado, *El poema de Córdoba;* el periódico que me entusiasma, *La Esfera*. Créame usted, amigo: el país que produce estas joyas no necesita de tutelas, ni de regeneraciones, ni de traducciones. Es un país que camina con paso seguro.

—¿Cuál es la suprema aspiración que alienta usted?

—¿Soy sincero...?

—Séalo.

—Pues... yo acaricio la idea de reunirme una noche en fraternal comida con un centenar de amigos y brindar por la gloria artística y literaria de nuestra España.



# JOSELITO

—Yo, como soy más *delgaillo*, iré de yema en medio de vosotros dos—dijo Joselito, al mismo tiempo que se acoplaba entre el simpatiquísimo Ramón Peña y yo. Después preguntó con una ingenuidad muy infantil:

—¿Vais ustedes bien?

—Bien—respondimos.

—Ea, pues andando. ¡A la Aldovea!...—ordenó al mecánico.

Y el magnífico *rolls royce* comenzó a deslizarse silenciosa y majestuosamente, como si una ráfaga de aire lo empujase. Dejamos atrás la plaza de Oriente y la calle del Arenal... En el reloj de la puerta del Sol eran las diez...

—Hemos sido puntuales—comentó, algo sorprendido, Peña.

—Yo nunca llego tarde a nada que se relacione con los toros—exclamó Joselito—. Cuan-

do en Sevilla tengo que madrugar para ir a algún tentadero, nunca se ha dado el caso de que me tenga que llamar nadie. A mi madre le extraña esto. ¡Y es que tengo una afición a todas estas cosas!...

Calló el niño torero. Ahora el *auto* corría velocísimo por la ancha y blanca carretera... De vez en cuando la sirena lanzaba un desgarrador gemido.

—¿Usted sabe conducir el *auto?*—le pregunté a Joselito.

—Sí, señor; el *Hispano* que tengo en Sevilla lo llevo yo siempre.

—¿Y le gusta a usted?...

Se quedó un momento perplejo, como haciéndose la pregunta a sí mismo; después exclamó con sinceridad:

—Sí; pero, vamos, no es una gran cosa... Yo creo que los toros no me dejan a mí sitio para que me guste nada del mundo...

—¿Y acosar y derribar?...

—Muchísimo; pero eso es también asunto de toros.

—¿Y las mujeres?...

*Gallito* se echó a reír como un chiquillo; después, un poco azorado, exclamó:

—Hombre, hombre; ¡qué preguntitas tiene usted! Las mujeres me gustan más que nada:

eso por sabido se calla; como que si yo no torease más que para hombres, ya me había cortado la coleta... Algunas veces, en esas tardes fatales que tiene uno, cuando casi con las lágrimas saltadas se dejan los trastos de matar y se refugia uno en la barrera..., al volver la cara al tendido, en medio de la hostilidad de los que gritan, se tropiezan nuestros ojos con los ojos bonitos de una *gachí*, que con la caricia de su mirada compasiva quiere consolarnos... A mí me ha ocurrido algunas veces esto, y entonces me he ido al toro, como un jabato, con el capote, y animado por el calor de los ojos de la desconocida, he levantado al público haciendo todo lo que sabía y algo más. Mandan mucho *flúido* unos ojos gitanos. ¿Verdad, Ramón?...

—No me hagas hablar de eso, que este *Caballero* es capaz de buscarme un disgusto con mi mujer—exclamó cómicamente Peña—. Tú, como eres solterito...

—¿Tiene usted novia, José?...

—Formal; lo que se llama novia no tengo ahora.

—¿Ni la tuvo usted?...

El torero titubeó un momento; después, un poco entristecido, murmuró:

—Yo no sé si esto debo decirlo; pero, en fin,

allá va. Sí, señor; tuve novia formal. En cuanto me cogió cariño, siempre estaba dándome la *tabarra* con que me retirase... Yo la quería mucho; pero, vamos, esto del toreo ¡es muy serio!... Y para no hacerla más sufrir, corté con ella.

La conversación de Joselito tenía calor, emoción e interés... Hablaba con un fino ceceo andaluz que le daba gracia a su charla... Nada de chabacanerías, ni de palabras bastas, ni de andaluzadas de mal gusto... Siempre correcto, discurría con una lógica increíble a su edad.

—Entonces ¿está usted libre? —le dije en broma.

—Completamente...

—Pues no sé qué había yo oído decir que existía entre una eminente artista interviuvada por mí hace tiempo, y usted—insinué maliciosamente.

El rostro juvenil de Joselito se puso rojo... Protestó rápido...

—¡Hombre, por Dios, no diga usted esas cosas!...

—Hágase usted cuenta que no he dicho nada; pero, ¿tampoco es cierto que una *estrella* de varietés, que por cierto canta muy bien *El Ladrón*, le alegra a usted la vida?...

—*¡Gachó*, qué malo es usted!... ¡Qué malito,

*Josú!* No vaya usted a poner nada de esas cosas en su artículo.

—¡Ca, hombre, ca! Pero, dígame, ¿recibirá usted muchas cartas de niñas atacadas de amor por usted?...

—Algunas caen..., sí, señor... Yo acostumbro a contestarlas a todas; pero jamás me aprovecho de buenas a primeras de una conquista hecha con el traje de luces... Como a mí no me interese la *gachí* y yo note que después de tratarme no le intereso yo a ella, ¡no hay de qué!... El traje de luces puesto en un pelele hace conquistas; pero esas no son para mí; sin embargo, una mujer que me escribe con frecuencia firmándose «Una mujer fea», y a la que no conozco, porque no da la cara, me tiene intrigado; daría yo algo por saber quién es.

—Y si tuviera usted una novia que le cogiera por el corazón, ¿dejaría usted el toreo por ella?

Joselito afirmó resueltamente:

—Hoy por hoy, no. ¿No ve usted que la afición es en mí más fuerte que yo?... Ahora bien: dentro de unos pocos años, si yo he perdido facultades y vienen detrás empujando, entonces sí, desde luego...

—¿Y hasta entonces no se casará usted?...

—Hasta entonces... Y no crean ustedes que, a pesar de mis pocos años, yo siento dentro de mí la emoción de la vida del hogar... Una vida de campo..., labrando una dehesa, de ganado manso, por supuesto, y sin perder una corrida de toros como espectador... Esa es la idea que, como suprema dicha de mi vida, acaricio para lo porvenir.

—Con sinceridad, Joselito: ¿si volviera usted a nacer?...

*Maravilla*, antes de terminar, adivinando mi pregunta, me interrumpió:

—Si mil veces naciera, mil veces sería torero. Yo no veo nada más bonito, más artístico ni más emocionante que el toreo...

—Muy peligroso para los espíritus compasivos como el mío - comentó Peña, burlón.

—No lo creas—combatió Joselito seriamente—. A fuerza de andar con toros todos los días, terminas por creer que no hacen nada.

—Sí; pero luego viene la cornada y te saca de ese error.

—¿Cuántas cornadas ha recibido usted, José?

—Tres cornalones serios... Para eso dicen que yo soy un torero que no ha sido castigado por los toros. ¡No sé qué más quieren!...

—Entonces, ¿usted no se cambiaría por nadie del mundo?

—Yo, por nadie—repuso el torero firmísimo—. Ni emperadores, ni reyes, ni generales, han saboreado el triunfo de una buena tarde en el redondel de la plaza de toros de Madrid. Eso es el delirio; a mí me parece que no hay nada comparable.

Joselito calló para rememorar en silencio sus tardes de triunfo... Yo le pregunté:

—¿Cuáles tardes, durante sus años de torero, dejaron en usted mejor recuerdo?

—El día en que me dieron la primera oreja en la plaza de Madrid y otra tarde buena, buena, que usted recordará seguramente, fué la en que brindé el toro a una niñita de cinco años... Para mí han sido las dos mejores...

—¿Y las peores?

—Eso más vale no recordarlo—contestó riéndose—. Una en Valencia y otra en Madrid... ¡Caballeros, qué suplicio! ¡A cualquiera le regalo yo el *paquete* que me tocó a mí en Valencia! Pero el peor rato que he pasado en mi vida fué la tarde que, estando toreando con Rafael, me lo cogió un toro en Algeciras... ¡Cómo sufrí aquella tarde!... Cuando le vi caer al suelo manando sangre, no sabía si llorar, si gritar, si arrojarme sobre el toro... En fin: perdí hasta el habla durante un rato.

—Pero luego estuvo usted colosal.

—En efecto, estuve bien; pero no sé cómo, porque yo la única idea que tenía era la de acabar pronto para abrazar a mi hermano... Hay que tener en cuenta las cosas; para mí, Rafael no es un hermano; ha sido siempre un padre. ¡Como yo me quedé huérfano tan pequeño, pues lo que pasa, él ha sido en mi casa el padre de todos!

—¿Entonces, cuando torea usted con él sufrirá mucho?

Joselito hizo un gesto de desaliento.

—¡Una barbaridad!... Como que yo prefiero que los toros difíciles me salgan a mí en vez de a él, y que si ha de haber alguna cornada, me toque a mí... Después de todo, yo soy más joven y no estoy tan trabajado como él.

—Él, en cambio, parece tranquilo aunque esté usted con el toro.

—Es que él tiene mucha flema y mucha confianza en mis facultades.

—Según eso, ¿a su hermano es al que quiere usted más de su familia?

—No, señor; quiero a mi madre más; pero con mucha diferencia.

Hubo una pausa de respeto para el recuerdo de las pobres madres de estos valientes que allá, transidas de dolor, esperan la vuelta del hijo aventurero pasando y repasando

cuentas de un rosario ante una imagen sagrada...

Joselito tendía su mirada noble a todo lo largo de la carretera... Sus ojos grandes y negros, llenos de sana alegría y de curiosidad infantil, estaban perplejos... Seguramente evocaban la silueta de la madre...

Por entre el cuello de piel de la zamarra se veía la blanca pechera de la camisa, lujosamente bordada, sujeta con los botones de brillantes. A su rostro largo y sano daba una nota de clásica flamenquería el airoso sombrero de ala ancha color plomo que él lleva graciosamente torcido hacia el lado izquierdo. De vez en cuando, a Peña o a mí nos daba un azotito en las piernas con sus manos largas, delgadas y muy pulidas, al mismo tiempo que entre broma y broma nos recordaba nuestro compromiso de torear aquella tarde en la Aldovea.

—Allá vamos a ver los hombres... No tengáis vosotros cuidado de que yo me enfade por que vuestro toreo no sea el mío... Cada uno hace lo que sabe...

Peña se quejaba de una pierna.

—¡Ventajas, no!—exclama José riéndose.

Y seguía corriendo el *auto*.

A mí el torero me interesa; sin embargo,

hay que reconocer que la mayoría de los toreros han sido y son silenciosos, déspotas y brutos. Alguien dice que Rafael Guerra tiene talento natural; no sé; yo le he tratado y siempre me ha parecido un hombre de cuadra. Antes de hablar con Joselito, le tenía clasificado entre esta mayoría de seres admirables en la plaza, pero intratables en la intimidad; además, no me era simpático del todo, por los rumores que llegaban hasta mí de que estaba engreído y endiosado. Esto en un águila taurina que, de buenas a primeras, se remonta hasta el mundo por donde ruedan los astros, no es extraño; pero molesta, ¿verdad?

A las primeras palabras que he cruzado con *Maravilla*, he rectificado mi juicio. Joselito es un muchacho muy simpático y muy locuaz, lleno de alegría y de nobleza. Su conversación es muy sincera y muy oportuna; jamás dice una palabra que no guarde la más perfecta armonía con la manera de expresarse los demás. Muchos señoritos de la aristocracia quisieran poseer su gentil soltura y su amena charla. A pesar de los pocos años, sabe siempre su sitio, y, lo que es más difícil todavía, escuchar y hablar a tiempo. Es un gran observador, y no le pasa inadvertido ni el más insignificante gesto de su interlocutor.

—¿Sabe usted una cosa, Joselito?—le dije sin poder callar mi pensamiento.

—¿El qué?—inquirió él.

—Que tratado es usted mucho más simpático que en la plaza.

—Más vale así...—Hizo un silencio y continuó—: Pues crea usted que lo siento. Eso mismo me lo dice mucha gente. Yo no sé qué idea tienen de mi manera de ser... Se ha cundido por ahí que yo soy orgulloso y serio... Ya ve usted, orgulloso... ¿de qué?... Serio, tal vez sea un poco; pero es que yo no sé reírme sin gana y sólo por agradar al público... Además, soy serio por fuerza; yo, desde los catorce años, he tenido que alternar con hombres muy hombres, y nunca he querido que viesen en mí a un chaval, sino a otro hombre.

—¿A qué edad empezó usted a torear?

—A los catorce años.

—¿Quién le había enseñado a usted?

—Nadie... El toreo no se aprende... Yo no había visto jamás un toro de lidia, y la primera vez que me puse delante de él hice las mismas suertes que hago hoy... Es una cosa especial que uno no sabe explicarse, y que parece que ya estuvo uno en otro mundo donde le enseñaron a torear.

—¿Cuál fué el primer dinero que ganó usted toreando?

—Eso yà lo ha contado *Don Pío*. Nos marchamos contratados a Portugal, ganando los jefes de cuadrilla diez reales semanales, con la obligación de torear los domingos... Ese fué el primer dinero que cogí del toreo. ¡Creo que no fué mal ganado!

—¿A los cuántos años de andar rodando por provincias vino usted a Madrid?

—A los cuatro años de viajar en tercera y torear en todas partes...

—¿Qué emoción le produjo a usted la primer salida al ruedo de la corte?

—¡Mecachis en la mar!.. Que si no van delante los alguacilillos, no doy con la presidencia... Iba ciego de alegría, de incertidumbre, de miedo, ¡qué sé yo!

—¿Ante qué público le gusta a usted más torear?

—En Madrid... El público de aquí es el más justo y el que sabe más de toros. ¡Claro, como ve más corridas que ninguno!... Cuando por ahí en provincias me toca un bicho bravo, con el cual puedo lucirme, en seguida pienso: «Quién te hubiese cogido en Madrid en un día sin aire.»

—¿Qué toros lidia usted más a gusto?

Joselito fué a hablar, pero se detuvo.

—Es muy comprometido decirlo, porque se puede armar un *cisco* entre los ganaderos...

—¿Cuanto dinero tiene usted ya ahorrado?

—Poco... ¡No ve usted que gasto mucho! Mi cuadrilla es muy buena y la pago muy bien. Además, los llevo a todos en primera y paran en buenos hoteles... A mí cada corrida no me baja de dos mil pesetas de gasto.

—Bueno, pero usted, ¿cuánto es lo menos que cobra por torear?

—Lo menos seis mil quinientas pesetas; pero generalmente son siete mil o siete mil quinientas.

—Pues ya ve usted: Tendrá ahorrados unos cuatro o cinco millones de pesetas.

Joselito hizo un espantijo:

—¡Quite usted de ahí!

—Y la vez que más ha cobrado usted, ¿cuándo ha sido?

—En Madrid. Veinte mil pesetas, la tarde de los siete toros...

—¿Es usted religioso?

—Sí, señor. Sin ser beato, creo en Dios con todas las veras de mi alma, y, sobre todo, tengo una fe ciega en la Virgen de la Esperanza.

Al decir esto, metióse una mano en el pecho y sacó un manojo de medallas. Primero que nada, las besó.

—¿Ve usted?—me dijo después, mostrándome una de ellas casi doblada y medio suelta del arete de brillantes—. Esta Virgen de la Esperanza la llevaba puesta una tarde que el toro me echó mano en San Sebastián. Está doblada de la cornada que me dió el bicho, y que, si no se pone por medio la medalla, me parte el corazón... No la he puesto derecha, porque para mí es así una reliquia.

Besó las medallas otra vez, una a una, con unción religiosa, y volvió a guardarlas en su pecho.

—¿Cuál de sus compañeros le gusta más toreando?

—Muchos... A mí me parece que ahora se torea más cerca y mejor que se ha toreado nunca... Esto no lo diga usted.

—¿Usted ha visto torear a la generación anterior a la suya?

—Y he toreado con casi todos, menos con Guerra; pero también le he visto torear muchas veces después de retirado.

—¿Con cuál compañero le gusta a usted más alternar?

—Aparte de las simpatías personales que

tenga con uno o con otro, en la plaza me da igual.

—Y de sus competencias con Belmonte y Gaona, ¿qué me dice usted?

—Esas competencias no existen más que en la fantasía del aficionado; por lo demás, si las hay, son nobles. Mire usted: desde que se echa el cerrojo de la plaza de toros, cada artista va a ver si queda mejor que los compañeros. Esto es muy natural y ocurre en todas las profesiones. Usted, cuando vea a alguno que se le mete en su terreno, apretará más que un dolor; pero esto no quiere decir que sea usted enemigo de él; por lo demás, a mí me gusta vivir entre mis compañeros, y no hay ninguno que pueda decir que yo le perjudiqué en tanto así ni que le hice una mala acción. Al contrario: muchas veces he terciado entre ellos para arreglar disgustos y tonterías... Ante los toros he procurado siempre, como todos, quedar mejor que ninguno; pero yo le juro a usted, por mi salud, que cuando he tenido mala suerte y he estado mal, jamás se me ha ocurrido la idea de que mis compañeros quedasen peor que yo... ¿Para qué? Aquella tarde era de ellos... ¡Ya vendría la de Joselito!

—Sin embargo, alguna cuestión habrá tenido con ellos.

—Nunca.

—¿Cómo le gusta a usted más torear, de capa o de muleta?

—De muleta.

—Para usted, ¿cuál es el momento más emocionante durante una corrida?

—Los segundos que median desde que el clarín da la salida de mi toro hasta que el bicho pisa la arena... Yo no soy jugador; pero debe ser una sensación igual a la que siente el jugador cuando está esperando su carta... Si el toro es bravo, nos volvemos locos de alegría; si es manso, se nos ahoga con un pelo.

—¿Siente usted miedo ante el toro alguna vez?

—Muchas veces... Pero hay que disimularlo, porque como se aperciba el bicho o el público, está uno *perdío*.

El automóvil se detuvo. Estábamos ante la señorial puerta castellana del soto de la Aldovea...

Para contaros las peripecias agradables de esa jornada sería necesario llenar otras veinte cuartillas... ¡Y eso, no!...

* * *

Joselito, tendido en la cama, escuchaba cómo unos y otros daban su opinión sobre la faena de la tarde...

—Y eso que te iba a comer Gaona—le dijo un aficionado.

José se concretó a contestar:

—Nadie se come a nadie.

Dirigiéndose después a mí, como si nada de lo que se hablase alrededor de su cama tuviese valor para él, me dijo:

—Oye, José Mari: Hoy he recibido ¡seis cartas de *gachís!*... Mira.

Y me enseñó un montón de sobres coquetones y perfumados, donde estaba encerrado el secreto de unas misivas ardientes y apasionadas, capaces de quitar la vocación a un santo. Yo leí la primera por curiosidad. Estaba escrita con una letra fina, larga e igual: letra de moda, enseñada en las Ursulinas o en las Damas Negras.

«Señor D. José Gómez, *Gallito*.

»Joselito: Atrevimiento es en mí dirigirme a usted sin que hayamos hablado jamás. Antes de hacerlo lo he meditado mucho; pero, al fin, he sido dominada por los impulsos de mi corazón. Desde que toreó usted por primera vez en Madrid, no he dejado de verle una tarde... Yo no sé si su simpatía o su valor me han ido ilusio-

nando con la idea de que algún día hablaremos...

»¿Quiere usted?... En tal caso, y para que yo no me tire una *plancha*, en la primera corrida que toree usted en Madrid ejecute en su primer toro la suerte de *el galleo*... Esto querrá decir que desea usted conocerme, y entonces yo le facilitaré medios...

»Espera impaciente la resolución del más simpático de los toreros su admiradora,

*Dalia Azul.*»

José, con la cabeza apoyada sobre la mano derecha, escuchaba la lectura de la carta sonriendo satisfecho como un niño mimado.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Qué sé yo; si me acuerdo, *gallearé*... Después de todo, a mí, ¿qué más me da?... Pero, chico, lo que me trae a mal traer es esa que se firma *Una mujer muy fea*, y que no consigo saber quién es... Este año ya me anuncia que estará en la feria de Sevilla... ¡Si fuese quien yo me figuro!... ¡Qué bien íbamos a estar!...

Y Joselito hacía un guiño pícaro de satisfacción íntima...

La alcoba se iba llenando de aficionados... El duque de Tovar, Darío López, Arpe, *Minuto*,

Belluga y veinte más... Con todos gastaba Joselito una broma de buen género.

La habitación era espaciosa.

En el centro estaba la cama dorada... Sobre la mesilla de noche, el teléfono... Alrededor del lecho, butacas de rejilla y panzudas sillas volantes. A los pies, cerca del balcón, el baúl, y sobre él, el *neceser* de viaje abierto. Al lado, el tocador... Comunicaba esta habitación con otra más pequeña, en la cual, y alrededor de un velador y de una botella de Jerez, medio repartida en seis *chatos*, discutían varios amigos y realzaban las proezas del muchacho, más maestro y más valiente que ningún torero.

*Caracol*, el mozo de estoques, iba y venía del baúl a un armario grande, preparando los trajes y el equipaje del maestro.

—Ya es menester que te vayas moviendo—le dijo a Joselito—. ¿No oyes, tú?

—¿Pues qué hora es?

—Las siete...

—¿Le has dado el kilométrico a...?

—Ya tiene todo preparado...

El timbre del teléfono puso silencio en todos...

José cogió el aparato:

—A *vé*, ¿quién es?...—preguntó—. ¡Ah!... Eres tú, *Rafaé?*... ¡Bien!... Gaona también ha

estado bueno... A mí me tocó aquel toro cárdeno, alto de pitones, que nos llamó tanto la atención en la dehesa, ¿te acuerdas?... ¿Y mamá? ¡Hola, mamá!... Sin novedad... Me estoy ya vistiendo para salir. Hasta mañana. Adiós.

—Es mi gente—me explicó *Gallito*—, que me hablan por teléfono desde mi casa de Sevilla siempre que toreo y donde quiera que toree.

Después se sentó en la cama y comenzó a vestirse... Cada prenda que iba necesitando se la reclamaba a *Caracol*.

—*Caracó*..., los calcetines... *Caracó*..., las botas... *Caracó*..., la camiseta...

Y *Caracol*, como un autómata, iba obedeciendo... En unos minutos quedó el torero flamencamente vestido... Con su traje azul, su camisa bordada y su airoso sombrero de ala ancha.

—¿Cómo es que tú nunca usas sombrero flexible y camisa floja?—le pregunté.

—No me gusta... Además, el torero, en todas las épocas, se ha diferenciado de los demás por su manera de vestir... ¿Por qué ahora no?... Esta ropa responde algo al espíritu de la fiesta, y este sombrero es el que se usa en mi Sevilla de mi alma, y yo no lo sustituyo por ningún *bombín*. El torero debe vestir siempre como to-

rero; lo demás son cursilerías y pamplinas... O se es torero o se es diplomático... El que lleva en las venas sangre torera también debe llevar apego a todas las graciosas flamenquerías que adornan este arte... Si no, di conmigo que son toreros de conveniencia.

Después, dirigiéndose a todos los amigos, gritó:

—Vámonos, señores...

En la plaza de Oriente había más de mil personas esperando la salida del niño lidiador. Al aparecer en el portal Joselito, prorrumpieron en vivas al ¡mejor torero!

Él reía, siempre reía. Los golfos le rodeaban, le cogían las manos y le daban tirones de la americana... Él se dejaba hacer con una indiferencia amable.

—Chico—me dijo en voz baja—, qué ganas tengo de que el uso del aeroplano sea un hecho.

Se despidió de todos y subimos los dos al coche.

—Son las siete y media; nos queda aún cerca de una hora. ¿Adónde vamos?...

Yo hice un gesto de indiferencia. Después le pregunté:

—Oye, José: de todas las horas del día, ¿cuál es la que más te gusta?

—Esta de siete a ocho... Es la hora en que

disfruto de la vida. Las demás las paso entre viajar, comer, dormir y torear. No te creas que la vida del torero de cartel es muy envidiable. No paramos. De peligro en peligro, de tren en tren y muchas veces de bronca en bronca... No nos queda tiempo ni de mirar a una mujer...

—Tú, sin embargo, en eso último no te descuidas mucho.

—No lo creas... En cuanto empiezo la temporada, ni acercarme a unas faldas... La cosa es mortal... La cogida que tuve en Barcelona fué por causa de unos ojos negros...

—¿Que te llamaron la atención en la plaza?

—No; que había pasado toda la noche anterior mirándome en ellos... Hay veces que se prefiere una cornada a desperdiciar ciertas cosas...

—Claro que cuando pasa la temporada, te desquitarás.

—Figúrate...

—José, ¿cuál es el día más feliz que has tenido en tu vida?...

—La tarde que me dieron la primera oreja en Madrid. Yo, te lo confieso, estaba llorando de emoción, y si me hubiese muerto en aquel momento, me hubiese muerto feliz completamente.

—Tú, ¿qué vida haces en Sevilla?

—Ya la verás. ¿No vas a venir a la feria?...

—Sí...

—Pues entonces...

El coche iba por la Carrera de San Jerónimo. Toda la gente de los coches y de a pie se volvía a contemplar al torero de moda, que aquella tarde, en una de sus faenas inenarrables, había electrizado en un loco entusiasmo a la multitud. «¡Adiós, Joselito!... *¡Gallito!*... ¡El más grande!»

Él, con el ala del sombrero casi a ras de las cejas, miraba indiferente al público.

—¿Te gusta esta expectación que por la calle despierta tu presencia?

—Mira: me gusta y no me gusta. La agradezco, porque es la demostración de que uno es *algo*; pero me azora un poco... Muchas veces quisiera pasar inadvertido... No te creas, es un martirio... A mí, si me gusta una artista de un teatro, no puedo ir dos noches a verla trabajar, porque la gente inventa una historia; si al pasar por mi lado me llama la atención una mujer y simpatizamos, no puedo seguirla ni abordarla... Durante el día casi no puedo andar a pie, porque me siguen los golfos y muchos curiosos.

—En dónde llamas más la atención, ¿en Madrid, Barcelona o Sevilla?

—En Madrid y en Sevilla...

—Después de ser torero famoso, ¿no te ha sucedido tropezarte con alguien que no te conozca?

—Sí, verás; a propósito de eso te voy a contar una anécdota curiosa. Iba yo en automóvil de Sevilla a Jerez, donde toreaba al día siguiente. Por una avería del coche, o porque teníamos ganas de refrescar, no recuerdo bien, hicimos alto en una tienda de vinos a la salida de un pueblo ya cerca de Jerez. Al lado del sitio donde nosotros tomamos asiento había un grupo de arrieros. Dos de ellos estaban empeñados en una discusión sobre si Belmonte era mejor torero que yo, o yo mejor que Belmonte. ¡Tonterías! Ninguno del grupo ni de la tienda me conoció, puesto que siguieron discutiendo acaloradamente.

»Yo escuchaba en silencio. Chico, aquellos hombres se iban a matar por nosotros... Al fin, el partidario de Belmonte, dirigiéndose a mí, me dijo:

»—No sabe este *tío* una patata de toros... ¿*Usté* ve qué tonterías dice? Que si *Gallito* es el *mejó* torero, que si pone las banderillas como *Dió*, que toma a los toros de muleta como la

*Vígen*... Vamos a *ví*, señorito, ¿*usté* es aficionado?

»—Regular—contesté yo.

»—Pero, ¿*usté* habrá visto *toreá* a esos dos nenes?...

»—Alguna vez...

»—Y ¿*usté* irá a las corridas de mañana y pasado?

»—A eso voy a Jerez.

»—Luego sabe *usté* lo que se trae entre manos... Pues dé *usté* su opinión. ¿Qué torero le gusta a *usté* más, *Gallito* o Belmonte?

»Miré al gallista, que me observaba fijamente, y, aunque con un poco de temor, exclamé:

»—¡Hombre..., a mí me gusta más Belmonte, la verdad!...

»El partidario mío saltó como un tigre, y dando un puñetazo en la mesa, gritó:

»—*Usté* lo que es es un pollo de pan *pringao* que no ha visto los toros más que en chuletas... ¡Así está la afición!...

»—Pero, ¿usted ha visto torear a *Gallito?*—le interrogué.

»—No, *señó*—me contestó—, ni a Belmonte tampoco; me pasa lo mismo que a éste; pero, por lo que cuenta mi amo, ese *Gallito* hace lo que nadie.

»Yo no pude contener la risa. Dos hombres que discutían y estaban a punto de pegarse por dos toreros que no habían visto torear.

»—Miren ustedes—les dije, dándoles un billete de cinco duros—. Ahí va eso para que vayan ustedes los dos juntos a las corridas de feria, y allí, sobre el tendido, se pongan ustedes de acuerdo sobre cuál es mejor... Pasado mañana, a esta misma hora, pasaré yo por aquí, y ya veremos si me da usted la razón—le dije al gallista—. Belmonte le gustará a usted más.

»Excuso decirte la alegría de aquellos dos hombres...

»Despachamos aquellas dos corridas, en las cuales tanto Belmonte como yo quedamos bien, ¡bien!

»Cuando a los dos días llegué al ventorro, estaban los dos arrieros esperándome...

»—¿Qué tal?—les pregunté, sin apearme del *auto*.

»—Vaya un guasón que está hecho *usté*, hijo de mi *arma*—gritó el gallista—; ahora soy *entoavía* más gallista que el Papa; y lo malo es que no tengo ya con quién discutir, porque éste se ha *venío* a mi bando...»

—¿Tiene gracia?—me preguntó *Gallito* cuando hubo terminado de contarme la anécdota.

—¡Ya lo creo!—comenté yo.

—¿Quieres que nos lleguemos a casa de Menchero?

—Vamos allá—acepté.

—Oye: para en casa de «el alfombrista»—le dijo al cochero.

Allí estaba Menchero en el centro de la tienda, rodeado de revisteros y aficionados, hablando de «su torero».

Joaquín Menchero es uno de los hombres más simpáticos de Madrid. Yo no sé si es andaluz, pero habla en castizo sevillano... *Gallito* le quiere como a un padre.

—¡Aquí hay dos hombres!—gritó al vernos llegar a José y a mí.

Y entre bromas y carcajadas pasamos allí un cuarto de hora. Volvimos al coche, la Carrera de San Jerónimo estaba llena de gente esperando la salida de *Maravilla*...

—¡A la estación del Mediodía!—ordenó al cochero.

—Te quiere mucho Joaquín Menchero—le dije.

—Mucho—exclamó él—. Y yo a él como si fuese mi hermano... Es un hombre especial... No es amigo mío porque sea buen torero, sino porque sí..., porque me quiere... No sabes lo que alivia eso de pensar en las tardes en que uno está mal, muy mal, y que amigos y ene-

migos *se vienen encima:* «aquí tengo yo un amigo de verdad, que tan amigo es cuando quedo bien como cuando quedo mal.» Eso me pasa a mí con Joaquín. Siempre está igual; por eso le quiero tanto.

Llegábamos a la estación.

# ÍNDICE

# ÍNDICE

# LO QUE SÉ POR MÍ
## (CONFESIONES DEL SIGLO)
### ÍNDICE DE LOS TOMOS PUBLICADOS

**Indice de la primera serie.**



**Indice de la segunda serie.**

## Indice de la tercera serie.



## Indice de la cuarta serie.

## Indice de la quinta serie.



## Indice de la sexta serie.



## Indice de la séptima serie.

## Indice de la octava serie.



## Indice de la novena serie.

**Indice de la décima y última serie.**

# OBRAS

DE

# "EL CABALLERO AUDAZ"

EDITADAS POR «MUNDO LATINO»

---

Desamor (novela).
La virgen desnuda (novela).
La bien pagada (novela).
En carne viva.
La sin ventura (novela).
El divino pecado.
Emocionario.—Almas y paisajes.
De pecado en pecado (novelas).
Lo que sé por mí (interviús con celebridades contemporáneas).—Diez series.
Con el pie en el corazón (novela).
Hombre de amor (novela).

## PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Un hombre solo (novela).
Horas de la Corte.—Ambientes.
El jefe político (novela).
Vírgenes y cortesanas (novelas).



